

# MICHAEL DIBDIN

## La última aventura de Sherlock Holmes



los archivos de baker street

Lectulandia

Otoño de 1988. Las crónicas periodísticas registran detalles estremecedores sobre los crímenes ocurridos en el East End de Londres. Tres mujeres jóvenes, pobres, de moral dudosa, han aparecido apuñaladas en la calles de Whitechapel. El asesino se encarnizado con los cuerpos, mutilándolos salvajemente. Para colmo se permite el lujo de enviar notas burlonas al Yard firmadas como Jack el destripador...

**Lectulandia**

Michael Dibdin

# **La última aventura de Sherlock Holmes**

**Valdemar: Los Archivos de Baker Street - 12**

ePub r1.0  
Titivillus 01.03.16

Título original: *The last Sherlock Holmes Story*

Michael Dibdin, 1978

Traducción: Carlos Gardini

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Prólogo

EL 16 de febrero de 1926, John Herbert Watson, doctor en medicina —mucho más conocido como el *doctor Watson* de los cuentos de Sherlock Holmes de Arthur Conan Doyle— murió a causa de las lesiones que sufrió en una caída en su casa de Hampshire, cerca de Lyndhurst. Tenía setenta y tres años. Con la lectura del testamento se descubrió que Watson había dispuesto en un codicilo que unos papeles quedaran bajo custodia de sus banqueros por no menos de cincuenta años y no fueran puestos en conocimiento del público antes de ese lapso.

El mundo donde se crió Watson ya había sido barrido por la Gran Guerra, en la que también él desempeñó un papel pequeño pero honroso. El mundo impetuoso e inestable que lo reemplazó pronto fue a su vez pesado en la balanza y condenado. De sus cenizas moribundas, tras cuarenta años de dolores de parto, nació al fin el siglo xx. La nueva era llegó a la adolescencia y luego a la madurez. Se extendió por la tierra volviendo irreconocible cuanto tocaba. Este niño prodigio celebraba su trigésimo cumpleaños cuando, en el verano de 1976, una pesada caja metálica fue rescatada —como el tesoro de un naufragio legendario— de las bóvedas donde había yacido en silencio durante medio siglo. Nadie tenía idea del contenido. La opinión general convenía en que los papeles consistían en notas inéditas acerca de los casos en los que Watson había colaborado con Sherlock Holmes y que por diversas razones no se habían publicado previamente. Por tanto reinaba un gran interés en el sombrío despacho revestido de paneles donde el gerente del banco, en presencia del sobrino nieto de Watson, alzó la mellada tapa con la inscripción «John H. Watson, doctor en medicina, exmédico del ejército». La caja contenía, al margen de otros artículos de interés puramente personal, un fajo lacrado de 164 páginas de oficio dactilografiadas, firmado y fechado en octubre de 1922.

Algo era evidente a primera vista: el documento del doctor Watson no era una recopilación de notas sino una narración continua. Al cabo de ciertas discusiones se decidió que lo más pertinente era leerla en voz alta ante los testigos para poder juzgar su relevancia. Así fue como lo que más tarde un integrante de la perpleja audiencia denominó «una bomba de tiempo criminológica» hizo su primera aparición en público en la voz escrupulosa de un viejo experto en finanzas. Pero esto no atenuó la fuerza de la explosión. Pocos días después de esa ceremoniosa lectura, empezaron a circular rumores acerca de la naturaleza exacta de las revelaciones de «los papeles de Watson». Casi simultáneamente, varios sectores unidos sólo en su determinación de que los papeles nunca se publicaran formaron un grupo poderoso y enérgico. Sus métodos eran arteros e ingeniosos a la vez, y abarcaban desde la persuasión personal hasta la tentativa de incendio premeditado. Uno de nuestros más célebres

admiradores de Holmes envió una larga carta donde revelaba el «hecho bien documentado» de que Watson fue «prácticamente un psicótico y un mitómano desde 1919», imploraba que «se arrojara un velo de discreción sobre sus patéticos desvaríos», afirmaba que la publicación «sería tan ridícula como una entrevista de la BBC a un maniático que declarara ser Napoleón», y finalmente nos amenazaba con «la veracísima posibilidad de un litigio prolongado y costoso si este libelo estrambótico llega a ver la luz del día». Afortunadamente no toda la correspondencia que recibimos era tan estridente. Una de nuestras cartas predilectas es la que nos envió un tal S. Holmes de Sussex, quien negó con vehemencia la noticia de su muerte explayándose acerca de las virtudes de una «dieta milagrosa» sobre la base de jalea real y añadiendo que estaba dispuesto a dejarnos publicar su monografía sobre el tema siempre que le pagáramos una tarifa satisfactoria.

El contenido de este libro sin duda será extremadamente controvertido. Las afirmaciones de Watson resultarán profundamente chocantes para la mayoría. Muchos por cierto preferirán rechazarlas antes que renunciar a las convicciones de toda una vida. Otros, en el mejor de los casos, lamentarán que dos de los grandes misterios del crimen se hayan resuelto definitivamente, e intentarán desacreditar la solución. Es cierto que ya no hay modo de confirmar las declaraciones de Watson. Pero cada una de sus alusiones a acontecimientos conocidos ha sido confrontada con los hechos —que en buena medida no eran de conocimiento público en 1922— por nuestros investigadores y podemos certificar que no existen incongruencias obvias. Los detractores pueden opinar lo que gusten, pero no pueden negar que la presente versión se ajusta a las evidencias. Su veracidad es cuando menos posible. Creemos que tras una consideración cautelosa muchos lectores tal vez terminen por compartir nuestra convicción de que en verdad es altamente probable.

La preparación del texto dactilografiado para la imprenta no ha sido dificultosa. La intervención editorial se redujo a la discreta corrección de unos pocos solecismos, la división del original en capítulos, y el añadido de indispensables notas a pie de página. Al margen de estos retoques mínimos se dejó que el trabajo hablara por sí mismo, función que en efecto cumple pese a cuanto diga el autor.

## Introducción

*Era el otoño de 1888, y uno de esos días que Sherlock Holmes calificaba de «insalubre». El cielo gris y ominoso presagiaba la lluvia que caía a desgana en chaparrones intermitentes. Apenas soplaba una ráfaga de viento. En esa época yo aún compartía con Holmes la casa de la calle Baker, y en la mañana de que hablo acabábamos de terminar el desayuno. Yo fumaba de pie frente a la ventana y miraba la calle. Holmes yacía tendido en el sofá frente al hogar vacío, un diario abierto sobre las rodillas y una pipa apretada entre los dientes. Aunque era un día lúgubre, hacía demasiado calor para encender el fuego y alegrar un poco ese cuarto desolado. Finalmente una airada exclamación de Holmes quebró el silencio. Arrojó el diario a un lado, y sus dedos largos y pálidos serpentearon en busca del frasco de cocaína y las agujas. En ese preciso instante sonó la campanilla. Se oyó un intercambio de murmullos y unos pasos apresurados que subían las escaleras. La puerta se abrió y...*

NO, esto no funciona de ninguna manera. Creí que mi relato sería más persuasivo si intentaba cuando menos evocar a A.C.D., pero ni eso puedo lograr. ¡Ah, qué narración magistral haría él! Apresando al lector con las palabras iniciales y lanzándolo a una animosa visita guiada por la trama; equivocando las fechas, tropezando con los hechos, confundiendo los nombres, y todo con tal brillantez que a nadie se le ocurriría formular preguntas embarazosas ni dudar por un momento que se está oyendo la verdad y nada más que la verdad. Mientras que probablemente yo seré abucheado como un soñador senil y un chapucero que inventa historias ineficaces. Pero mi propósito no es convencer a nadie. Dejo eso en manos de los literatos. Yo soy médico y soldado; cuanto puedo hacer es redactar mi informe.

Pero de inmediato me topo con un problema con el que A.C.D. jamás soñó: no puedo saber quién está leyéndome. Estas palabras no serán impresas por lo menos hasta 1972. ¿Qué hombres hollarán la tierra en esa fecha fabulosa? Tal vez entonces nadie haya oído hablar de Jack el Destripador ni de Sherlock Holmes. ¿Cómo puedo saberlo? Sin embargo debo proseguir, y si digo demasiado, o demasiado poco para vuestra comprensión, sin duda disculparéis a un viejo que vive sus últimos días en una época de barbarie, una edad tenebrosa. Por mi parte, trataré de ser lo más explícito posible. Hoy día nadie parece leer a Clark Russell<sup>[1]</sup>; en cincuenta años más la obra de A.C.D. quizá también caiga en el olvido. Pero sin duda un editor animoso puede exhumar los cuentos de Holmes de alguna de nuestras mayores bibliotecas y añadir a este texto las aclaraciones necesarias para su comprensión. Lo que ni siquiera ese editor animoso podrá descubrir es la relación entre los cuentos y la realidad, y las circunstancias en que fueron escritos.

Hacía casi cuatro años que yo vivía con Sherlock Holmes cuando un común conocido en el mundo médico me presentó a A.C.D. En ese momento él iniciaba su práctica en Southsea, cerca de Portsmouth, y nos encontramos durante uno de sus más que infrecuentes viajes a la ciudad. Nos entendimos de inmediato. En principio compartíamos un común interés por la medicina, pero eso no era todo. Tal vez Holmes lo sintetizó mejor, con el ingenio mordaz que le era característico, cuando señaló que A.C.D. era más que un mero profesional de la medicina, mientras que yo era algo menos. Lo cierto es que terminamos por entablar cierta amistad, y un tiempo después invité a A.C.D. a cenar en la calle Baker durante la ausencia de Holmes. Fue una espléndida velada, la primera de muchas otras. A.C.D. me deleitó con una serie de anécdotas interesantes (recuerdo en particular el relato humorístico de sus desventuras durante una práctica compartida en Plymouth) y yo por mi parte le referí algunas experiencias espeluznantes de mi época en Afganistán. Rodeados como estábamos por las abundantes evidencias de los excéntricos afanes de mi compañero de cuarto, era inevitable que al fin termináramos hablando de él. En esa época Sherlock Holmes era prácticamente desconocido fuera de los cerrados círculos frecuentados por la policía y los delincuentes. El público en general apenas había oído hablar de él, pues Holmes se cuidaba de que su nombre no apareciera en los informes de los casos en que había participado. De modo que yo contaba con el privilegio de disponer de un territorio virgen donde aventurarme en mi conversación, por así decirlo. Enumeré mis aventuras en compañía de Holmes, evoqué ejemplos de su casi perturbador poder de deducción e inferencia, enuncié misterios impenetrables y luego expuse sin esfuerzo cómo los había resuelto Holmes. Todo esto impresionó visiblemente a A.C.D., pero yo naturalmente no vislumbraba que el hombre que me mantenía despierto hasta horas tardías con sus preguntas y comentarios iba a ser el responsable de la actual fama internacional de Holmes.

Aunque el diálogo de esa noche había encendido una chispa en la mente de A.C.D., pasaron dos años antes que se produjera alguna consecuencia. Conversábamos acerca de Holmes cada vez que nos encontrábamos, pero sólo fue en el verano de 1887 —una fecha que ahora parece tan remota e irreal como 1972— cuando advertí que el interés de A.C.D. trascendía nuestras charlas. Me había invitado a pasar unos días en Southsea y yo acepté sin vacilar, pues Londres parecía un horno. Una tarde, mientras los tres (A.C.D. se había casado) tomábamos el té en el jardín, A.C.D. me hizo una propuesta. Aparentemente ya se había lanzado a escribir y había alcanzado un moderado éxito. Ahora pensaba en la posibilidad de escribir algo basado en uno de los casos de Holmes. Lo que tenía en mente era un tipo de cuento totalmente nuevo que combinara la realidad y la ficción. Se basaría en los hechos, tomados de mis notas acerca de los casos más interesantes de Holmes, pero le daría forma ficticia, empleando todos los recursos del arte del diálogo y la narración. A.C.D. me pidió que hablara con Holmes para sondear si le interesaba aprobar este plan. Accedí con mucha satisfacción. Hacía tiempo que lamentaba la falta de fama y

fortuna que Holmes a mi juicio merecía. Éste era sin duda un medio ideal para brindárselas. Le planteé el problema en cuanto regresé a la calle Baker. Holmes escuchó en silencio mientras le explicaba la propuesta de A.C.D. Cuando concluí, tomó su pipa de madera de cerezo y fumó calladamente varios minutos.

—¿Es capaz, este amigo de usted? —preguntó al fin.

—Su nombre no está aún en labios de todo el mundo —repuse—, pero su obra ya ha sido ampliamente aceptada en muchas publicaciones. Cuando el *Cornhill* le editó un cuento anónimo, un crítico pensó que el autor era Stevenson.

—¡No! —refunfuñó Holmes—. No me interesa en absoluto si el hombre puede vender diez mil revistas con un relato insignificante. Lo que necesito saber es si es capaz de exponer diez hechos simples sin adornarlos para hacerlos más atractivos de lo que fueron en realidad.

—Confío en su habilidad para hacer justicia a cualquier caso que usted considere adecuado ofrecerle —repliqué con cierta irritación.

Holmes pareció no haberme oído.

—¿Se contentará con que el cuento se narre a sí mismo? —murmuró—. ¿Tiene la humildad para seguir mis pasos, señalando cada eslabón de la férrea cadena de causa y efecto mediante la que obligo a la verdad a revelarse? En una palabra, ¿puede prescindir de sí mismo?

Permanecí en silencio. Holmes me miró de soslayo y luego se volvió hacia las llamas crepitantes como si las respuestas a sus preguntas estuvieran allí.

—¿Tiene usted en mente algún caso en particular? —dijo finalmente.

—Bueno, naturalmente deseaba consultarlo con usted antes de tomar alguna decisión. Pero confieso que ante todo pensé en el caso Roylott, o tal vez el caso Hope.

—Temo que el primero está fuera de cuestión. Di a la señorita Stoner la absoluta seguridad de que su intimidad sería respetada<sup>[2]</sup>.

—Entonces el otro, si le parece bien. Así no se comprometerían los intereses de nadie.

—Excepto los míos, por supuesto. Bien, cuenta usted con mi *imprimatur*. Envíe a Southsea todos los detalles de que disponemos respecto del señor Jefferson Hope, y veamos qué resulta.

Lo hice al día siguiente, con las consecuencias que todo el mundo conoce. Lo que no se conoce es la reacción de Holmes ante el *Estudio en Escarlata* de A.C.D. Admito que de inmediato presentí que el título no iba a contar con la aprobación de mi amigo. Su propia sugerencia, que yo comuniqué oportunamente a A.C.D., había sido *Hacia una praxis definitiva de la antropología criminal aplicada: algunas notas acerca de los asesinatos Stangerson-Drebber de 1881*. Sin embargo me pareció que al margen de este detalle ni siquiera Holmes podía encontrar motivo de queja. A.C.D. había presentado el caso como un extracto de mis *Reminiscencias* (por supuesto inexistentes), creándome así una reputación literaria que habría de

otorgarme un modesto prestigio en años posteriores. Pero dentro de esta cáscara ficticia la yema de los hechos se había preservado intacta. Desde luego, A.C.D. no se había circunscrito a mis notas. Había alterado varios detalles circunstanciales para favorecer la tensión dramática, y también había añadido una larga parrafada de su cosecha para justificar la venganza de Hope con un motivo suficientemente sórdido. Pero consideré que tales mejoras estaban dentro de los límites de la ciencia poética y anhelé que Holmes aprobara la aventura que protagonizábamos los dos.

Por mi parte, yo estaba cautivado por la narración. Compré un ejemplar en la calle Oxford y empecé a leerla mientras me dirigía a casa. Dos veces estuve a punto de ser tumbado por indignados peatones, y al fin me refugié en un parque cercano y terminé de leerla justo cuando empezaba a anochecer. Había pasado más de tres horas leyendo sin la más ligera percepción del transcurso del tiempo. Me apresuré a regresar a la calle Baker ansioso de compartir mi satisfacción con Holmes. Para mi gran asombro, lo encontré enfrascado en un ejemplar de la misma publicación en que yo había estado inmerso toda la tarde.

Cuando entré me dirigió una mirada penetrante.

—Bien, Watson, ¿dónde estuvo? ¿Sentado al aire libre, no es así? En el parque de la plaza Manchester, a menos que me equivoque demasiado. No es la época más apropiada, diría yo. ¿Acaso le daba vergüenza volver a casa después de ver las torpezas que ha cometido ese dichoso doctor letrado?

—¿Vergüenza, Holmes? ¡Por cierto que no! ¡Debo decir que no esperaba nada semejante! En cuanto al relato, me parece prominente.

Fue una expresión bastante infortunada, pero los giros norteamericanos empleados por A.C.D. en la última mitad del cuento habían afectado mi vocabulario. Holmes me clavó los ojos, y un filo acerado me traspasó el alma.

—¿Prominente? Bueno, confieso que no es el primer término que se me ocurrió. Pero tal vez no sea inadecuado, si con él usted quiere sugerir algo hinchado o deforme, algo inflado hasta que se ha vuelto irreconocible, una insidiosa perversión de todo cuanto sostengo...

—Pero Holmes...

—Estaba preparado para una relativa desfiguración. Me había resignado a cierta carencia de fidelidad en la reproducción de los detalles más sutiles. Había desechado la posibilidad de ver mis métodos y principios ejemplificados en su entera complejidad.

—Pero Holmes...

—Sin embargo, de ningún modo estaba dispuesto a que mi investigación fuera transformada en la excrecencia más grotesca y prescindible que haya brotado en la escena literaria desde la invención de la imprenta.

—Pero Holmes...

—¿La pericia médica de ese colega de usted está a la altura del genio que lo inspira? En ese caso, compadezco a sus pacientes. No me sorprendería en lo más

mínimo enterarme de que amputó una pierna porque el hombre se quejaba de insolación. Una mera prescripción de bicarbonato de sodio sería desde luego demasiado prosaica para satisfacer la afición del señor Doyle al sensacionalismo.

—Pero Holmes, ¿qué hizo él para merecer estos reproches? Ha expuesto admirablemente la incomparable habilidad de usted para la investigación. Ha mostrado cómo usted tenía éxito donde han fracasado las autoridades. Ha celebrado el triunfo total de los métodos y las técnicas de usted. ¿Qué más puede pedirse?

—Nada más Watson, pero bastante menos. Para empezar, ¿qué hace ese parloteo adolescente acerca de desiertos de sal y mormones asesinos metido en medio de mi caso, como una nariz impertinente en una tienda de antigüedades?

—Bueno, tenía que dramatizar...

—¿De veras? ¿Y cuánto hace que padece de esa compulsión? ¿Le vino de pronto, o adquirió el hábito paulatinamente? Me imagino que es ese mórbido afán de delirar lo que explica la escena, realmente notoria, en que cuatro hombres tienen que refrenar a Hope, que además está medio muerto a causa de un aneurisma, para que no se precipite por nuestra ventana.

—No veo nada de malo en eso —grité acaloradamente—. ¡Caramba, Holmes, no irá usted a objetarle cada detalle! Trasladó la escena del arresto de la cochera a nuestro cuarto simplemente para condensar la acción y volverla más efectiva. Todo está perfectamente en orden. ¡Demonios, en el drama clásico era una exigencia! Creo que el recurso se denomina unidad de lugar.

Holmes sonrió dulcemente.

—Qué interesante —ronroneó—. Usted es siempre tan instructivo, amigo mío. Quizá tenga la bondad de aclararme cuál es el recurso, ignoro si clásico o no, que indujo a Jefferson Hope a presentarse esa noche en un domicilio al cual había rehusado venir veinticuatro horas antes, sospechando atinadamente una trampa.

No supe qué responder. A decir verdad, había caído a tal punto bajo el hechizo de A.C.D. que este error fundamental se me había escapado por completo. Holmes observó mi confusión con una expresión sardónica.

—Quien subestima a mis oponentes me subestima a mí —concluyó dejando el texto a un lado—. No quiero saber más de ese truhán. La asociación ha terminado.

Yo estaba bastante familiarizado con el carácter de Holmes para comprender la futilidad de toda discusión. No se habló más del asunto, y empecé a rumiar cómo le comunicaría la noticia a A.C.D. No fue una tarea difícil. La desilusión de Holmes con *Estudio en Escarlata* fue plenamente compartida por el autor, aunque por otras razones. Después de las dificultades que le había provocado la publicación de la obra, tuvo que soportar una indiferencia casi total hacia el producto de sus afanes; un destino, me confió, peor que una recepción desfavorable. Tras haber probado suerte con esta novedad y comprobar su fracaso, decidió volver nuevamente a un producto convencional que no tardó en brindarle un éxito mucho más considerable. De modo que en ese momento sobraban razones para pensar que la asociación en efecto había

terminado.

A.C.D. de hecho no abordó otra pieza semejante hasta dos años después. El caso que trató entonces fue el que Holmes y yo debimos enfrentar en el verano de 1888, y es ahí donde empieza mi propia narración. Aunque la aventura que A.C.D. denominaría *El signo de los Cuatro* en el momento no pareció sino un misterio más de la larga serie cuya resolución se había encomendado a Holmes, retrospectivamente es claro que estampó una marca divisoria en la vida de Holmes y en sus relaciones conmigo. El motivo no es difícil de averiguar, y no tiene ninguna relación con Jonathan Small ni con el tesoro de Agra, por el que se derramó tanta sangre. Pero en el curso de las investigaciones de Holmes yo conocí a Mary Morstan, la dama cuyo padre, al desaparecer, había desencadenado todos los acontecimientos subsiguientes, y me enamoré de ella. Afortunadamente mis sentimientos fueron correspondidos, y en el momento oportuno anuncié a Holmes nuestro compromiso.

Su respuesta me dejó perplejo. No esperaba verlo exultante ante la noticia, pero me asombró que fuera incapaz hasta de ocultar su disgusto. Incluso hoy puedo oír su gruñido y las frías palabras que siguieron.

—En realidad no puedo felicitarlo.

Lo menos que puedo decir es que esta afirmación produjo una situación extremadamente embarazosa. No supe cómo responderle. De todas maneras, al fin logré articular una broma diciéndole que todos parecían felices del éxito de Holmes en el caso Sholto, excepto el mismo Holmes.

—Es usted quien ha resuelto todo el asunto —exclamé—. Y el resultado es que yo consigo una esposa y la policía cosecha los laureles. ¿Qué es lo que le queda a usted?

—A mí —respondió con un rostro torvo y una voz lúgubre— me queda el frasco de cocaína.

¿Cómo pude pasar por alto ese implícito ruego? ¿Cómo pude no comprenderlo? Me sorprende haber sido tan ciego. Aunque tal vez nada de lo que hubiera hecho habría cambiado las cosas. Tal vez lo que debería ocurrir habría ocurrido de todas maneras. Tal vez los hechos arraigaban en regiones más profundas y tenebrosas de las que estaban al alcance de mi influencia. Tal vez. Tal vez.

Esto es lo que me digo a mí mismo. El corazón me dice que traicioné a mi mejor amigo en su hora de necesidad, y no sé cómo responderle.

# Uno

MIS notas —que trataré de seguir con el mínimo de digresiones en lo que resta de esta narración— revelan que la mañana del viernes del 28 de septiembre de 1888 Sherlock Holmes recibió un telegrama. Esto no era de por sí un hecho llamativo. En ese momento los telegramas iban y venían con tanta frecuencia en el 221 B de la calle Baker que a veces me pregunto cuántos empleados mantenía Holmes permanentemente ocupados con la marea de mensajes que recibía y despachaba. Esta circunstancia derivaba de un problema que hacía años venía desarrollándose en relación con las prácticas profesionales de Holmes.

El problema era simple, inevitable y aparentemente insoluble. Sucede que el delito, como toda actividad humana, sigue un número limitado de pautas. Para un experto, el noventa y nueve por ciento de los crímenes pueden ser inmediatamente clasificados dentro de una u otra especie. No hay misterio que resolver, no hay acertijo para devanarse los sesos. Todo cuanto se requiere para capturar al culpable es un trabajo duro y un poco de suerte. Tales crímenes halagan los sentimientos de la policía, cuya capacidad para los trabajos duros nunca fue puesta en duda, pero para Holmes eran anatema. Lo primero que preguntaba cuando le pedían hacerse cargo de una investigación era si presentaba rasgos de interés. En ese caso, se afanaba en resolver la tarea con todas sus energías, fuera el cliente una marquesa o un barrendero, la tarifa equivaliera al rescate de un rey o a la limosna de un mendigo. Pero si faltaba ese requisito esencial nada podía inducirlo a intervenir, y si lo obligaban, como sucedió con el escándalo Aldershot en el 86, los responsables pronto descubrían a pesar de ellos que Holmes, si no lograban interesarlo, era apenas una sombra del hombre cuyas facultades mentales parecían casi sobrenaturales cuando estaba en plena actividad.

Sherlock Holmes empezó a trabajar como detective consultor en 1877, unos cuatro años antes de que yo lo conociera. Los casos no eran frecuentes, pero en esa época cada uno representaba un nuevo desafío y era encarado con entusiasmo. Diez años después las cosas eran muy diferentes. Como todos los intelectos superiores, Holmes rehusaba explorar dos veces el mismo terreno, y así llegó el momento en que pasaba menos tiempo resolviendo crímenes que lamentando, echado en un sillón de nuestro cuarto, la mediocridad y falta de iniciativa de nuestros delincuentes británicos. En esos momentos a menudo me recordaba a un ahíto emperador de los últimos días de Roma, desdeñoso de la capacidad de sus súbditos para crear un espectáculo lo bastante pródigo o extraño para distraerlo. Fue entonces cuando empezó a recurrir a la cocaína. Al principio la droga no era más que un expediente ocasional del que Holmes se valía cuando todas las demás armas contra el *ennui* habían fracasado. Me parecía un hábito indecente, pero aun así preferible a la otra

posibilidad: salvajes e imprevisibles estallidos de energía nerviosa en los que atacaba los muebles a latigazos, o bien aliviaba la intolerable frustración de su alma de una manera aún menos deseable. Recuerdo vividamente la ocasión en que se sentó con un revólver y una caja de cartuchos y empezó a disparar contra la pared hasta que le mejoró el aspecto con la inscripción V.R.<sup>[3]</sup> y una corona dibujada con agujeros de bala. Holmes era un individuo cuyo equilibrio oscilaba delicadamente entre la razón y la histeria. Gustaba de compararse a sí mismo con un motor acelerado, capaz de explotar en pedazos si no se lo acopla a la tarea para la cual se lo diseñó. En ausencia de esa tarea, la droga parecía actuar como un regulador, de modo que yo estaba dispuesto a pasar por alto ese hábito. Al principio parecía un remedio aceptable para la enfermedad crónica de Holmes.

Pero a medida que los casos interesantes se volvían menos frecuentes ese vicio ocasional se agudizó cada vez más, hasta que en el periodo al que aludo Holmes se inyectaba regularmente en la sangre una dosis bastante alta tres veces por día<sup>[4]</sup>. No sé si el lector está familiarizado con los efectos de la cocaína. En 1972 puede que la droga haya desaparecido para siempre de la faz de la tierra, o tal vez sea administrada a los niños llorones para tranquilizarlos. Aunque no tiene el efecto físicamente deletéreo del opio, la cocaína es una sustancia fuerte y peligrosa cuando se la utiliza sin discriminación para el placer personal y no —como sin duda pretendió la Naturaleza— para el alivio del dolor. El ánimo de quien la emplea asciende de inmediato a alturas desconocidas para luego zambullirse en la más profunda lasitud, lo cual de por sí exige una renovación de la dosis. La ansiedad por la droga pronto se transforma en un vicioso desvarío. Las pautas sociales y morales se desmoronan, pues nada puede ofrecer satisfacciones que rivalicen con las que se obtienen sin esfuerzo en el círculo cerrado de la propia mente. Finalmente, el adicto deja de considerarse un miembro de la raza humana, y por lo general también deja de comportarse como tal. El mundo y sus habitantes se transforman en una imitación pálida y fraudulenta de sus propias fantasías, y él los trata como un niño malcriado a los juguetes que han dejado de divertirlo. Así era el peligroso aliado al que Sherlock Holmes había acudido en busca de alivio, y en cuanto advertí hasta qué punto había llegado su dependencia de la droga luché con todas mis fuerzas para rescatarlo. Pero fue inútil. Fueran cuales fuesen mis argumentos, la respuesta era siempre la misma:

—Querido Watson, nada me complacería tanto como dejarla. ¡Sólo tráigame trabajo! Encuéntreme un problema donde ejercitar mi intelecto y le dejaré jugar a los dardos con mis agujas.

Para esto yo no tenía respuesta. Su propio y prodigioso genio había sumido a Holmes en un atolladero. Al haber resuelto todos los problemas, había creado uno que parecía de verdad insoluble.

Pero aunque las llamas no ardieran tan fuerte tampoco se habían apagado, y como la fama de Holmes ahora estaba en el cénit todo el mundo solicitaba su consejo. De ahí los telegramas.

Cada mañana, después de haber desayunado, sacudía su indolencia para ojear los periódicos, echar un vistazo a su correspondencia y luego dirigir crípticos mensajes a direcciones diversas. «¿Cuántos peldaños tenía la escalerilla?», decía tal vez una carta, o «si faltaba la leche, su hombre es Furneaux». Estos anuncios sibilinos eran despachados diariamente a todas las regiones de nuestras islas, y en algunos casos también al continente. Por lo general eran recibidos con gratitud, en ocasiones con incredulidad, pero rara vez en vano. Las inferencias de Holmes eran casi siempre correctas, y cuando no lo eran indefectiblemente se deducía que se había distorsionado u ocultado un dato. No se piense que estos triunfos vicarios brindaban a Holmes el mínimo placer. Era un ritual que se obligaba a celebrar cotidianamente, como un deber tedioso pero necesario, antes de volver a sumirse en su absorta contemplación.

De modo que sentí tanto asombro como deleite cuando mi amigo —después de leer el telegrama al que me he referido— le garrapateó una respuesta al mensajero, soltó una breve carcajada, y empezó a pasearse de un lado al otro como en otros tiempos.

—¿Un caso, Holmes? —pregunté esperanzado. Su última investigación, el horror de Cushing, había sido concluida más de un mes antes<sup>[5]</sup>.

—En cierto modo —dijo él, alcanzándome el formulario al pasar.

El telegrama era de uno de los viejos contactos de Holmes en Scotland Yard. Leí: «¿Ha sabido usted de esos asesinatos en Whitechapel? Si está libre lo llamaré más tarde. Tenemos novedades. G. Lestrade».

Miré algo sorprendido a Holmes, quien se echó a reír.

—Quizá usted no ha percibido, Watson, que he sumado a mis otras habilidades cierta pericia para interpretar el dialecto de Scotland Yard. Es un idioma interesante, aunque su relación con el inglés tal como lo conocemos no es demasiado estrecha. Este telegrama es un buen ejemplo. Un neófito jamás sospecharía que bajo esta máscara de despreocupación se oculta un hombre desesperado, un hombre acorralado y asediado por el periodismo, el público y sus superiores, un hombre a punto de enloquecer que suplica ayuda. Traducido a nuestra lengua común, el mensaje de Lestrade significa: «Tres mujeres brutalmente asesinadas el mes pasado en Whitechapel —se esperan nuevos asesinatos—. Todos los sospechosos liberados por falta de pruebas —absolutamente desconcertado—. Usted es nuestra última esperanza —¡Le imploro que venga a verme!».

—¿Y usted respondió que sí?

—Desde luego. Jamás hay que perderse el espectáculo de la policía *in loco clientis*. Además, este caso es bastante interesante. ¿Ha oído hablar de él, no?

En realidad era una pregunta puramente retórica. Ese fatídico otoño nadie en el reino podía no haberse enterado de los terribles sucesos que acaecían en el East End. La gente no hablaba de otra cosa.

—Realmente no pensé que usted lo consideraría digno de investigar, Holmes —

respondí—. Parece bastante sórdido y repulsivo. Yo diría que no está en la línea de usted.

—Por cierto que es sórdido y repulsivo, pero lo redimen ciertas características extraordinariamente interesantes, como espero poder demostrarle. ¿Tendría la amabilidad de alcanzarme el volumen rojo del estante de arriba? Debo confesar que el *cri de coeur* de Lestrade no me ha sorprendido del todo. Hace varias semanas que espero algo semejante, y por esa razón estuve compilando algunos recortes sobre el tema. Nunca conviene que las fuerzas de la ley lo sorprendan a uno en desventaja. Les agudiza la sensación de superioridad que les es inherente. Ahora bien, si usted está de acuerdo, expondré los hechos tan breve y claramente como pueda. A mí me será muy beneficioso, pues me refrescará los datos sobre el caso.

—No podría desear nada mejor —dije con absoluta sinceridad. La frialdad que nos distanciaba desde el anuncio de mi compromiso se había disipado de golpe. La nube que yo temía hubiera empañado para siempre el ánimo de Holmes de pronto se había evaporado. ¡El juego se reiniciaba una vez más!

Holmes ojeó con una mano el libro de apuntes, mientras con la otra tomaba la zapatilla persa donde guardaba el tabaco.

—¡Veamos! «Otro pavoroso asesinato en Whitechapel». ¡Humm! «Horribles atrocidades de un maniaco». ¡Caramba! «Reinado del terror en el este de Londres». «La policía impotente». ¡Demonios! «Escenas aterradoras». «Detalles de la investigación». «Manchas de sangre en los adoquines». ¡Bien! El cuarto poder sin duda ha estado a sus anchas. Pero una vez que se limpian los espumarajos y *los frissons*, la verdad del asunto puede ser transcrita en una sola hoja de papel... como ésta. Pero antes de examinar los asesinatos individualmente deberíamos destacar los rasgos importantes que tienen en común. Todas las víctimas eran mujeres pobres de moral dudosa. Las tres eran de mediana edad, no demasiado atractivas, y ni siquiera tenían unos peniques para alquilar un cuarto. Así tenían que pasar la noche en las calles, donde fueron asesinadas a pocos cientos de yardas la una de la otra en las primeras horas de la mañana. Esto nos plantea la interesante cuestión de un motivo, o más bien de la falta de motivos. ¿Quién tendría razones para matar a estas patéticas mujerzuelas? El robo está fuera de cuestión, y la idea de que cualquiera de ellas fuera objeto de un *crime passionel* es lisa y llanamente grotesca. Pero existe otro misterio aún mayor, que también indica que los tres asesinatos fueron obra de la misma persona. El arma utilizada fue en todos los casos un cuchillo, y se empuñó no solamente para matar sino para mutilar. La primera víctima, Tabram, recibió reiteradas puñaladas en el vientre. Las otras dos fueron degolladas y luego destripadas. Eso fue lo primero que me llamó la atención, pues ese detalle pone el caso fuera de los límites de lo ordinario. Aquí hay un recorte del *Star* que describe el cadáver de Nicholls, la segunda víctima. Tomé el volumen abierto y leí lo siguiente:

La garganta está abierta en dos tajos mediante un instrumento filoso, pero

utilizado de manera feroz e implacable. Hay un tajo bajo la oreja izquierda que llega casi al centro de la garganta. Hacia la mitad, sin embargo, se abre otro que asoma debajo de la otra oreja, cavando un agujero ancho y horrible, y casi separando la cabeza del cuerpo. Esta herida espantosa, sin embargo, se vuelve insignificante comparada con la otra. Ningún asesinato se perpetró con más encarnizamiento o brutalidad. El cuchillo, que debe de haber sido grande y puntiagudo, fue clavado en la parte baja del abdomen de la occisa y luego impulsado hacia arriba, pero no una sino dos veces. El primer tajo giraba a la derecha, rasgando los genitales y pasando por encima de la cadera izquierda, pero el segundo fue directamente hacia arriba a lo largo del centro del cuerpo, llegando al esternón.

—¡Por Dios, Holmes! ¿Qué clase de hombre pudo...?

—Todo a su tiempo, Watson, todo a su tiempo. Ya tengo alguna idea, pero éstas son aguas profundas. Sería mejor no teorizar anticipándose a los hechos.

—Si no lo hubiera leído en el periódico, no lo habría creído posible. ¡En esta época! ¡En Inglaterra! ¡De todas las infamias a las que usted tuvo que enfrentarse, ésta ha de ser sin duda la más abominable!

—Indudable. Este asesino, sea quien fuere, no es por cierto un criminal cualquiera. Pero continuemos. La Tabram fue asesinada el siete del mes pasado, y la Nicholls el treinta y uno. Ocho días después se descubrió un tercer cadáver, detrás de una casa de la calle Hanbury. ¿Dónde están mis notas sobre la investigación? Sí: «La garganta había sido seccionada. Había dos tajos claramente distinguibles. Daba la impresión de un intento de separar los huesos del cuello». Cito la declaración del doctor Philips, el cirujano de la policía que examinó a la víctima: «Había otras diversas mutilaciones del cuerpo pero soy de la opinión de que fueron posteriores a la muerte. Creo que es mejor que no me demore en más detalles acerca de estas mutilaciones, pues sólo dañarían los sentimientos del jurado y del público». ¡Caramba! Extraños escrúpulos, podría decirse, dadas las circunstancias. El forense evidentemente no los tuvo, pues cuando se reinició la investigación insistió en ese punto. En las palabras de *Illustrated Police News*, «el testigo luego detalló las terribles heridas infligidas a la muchacha y describió las partes del cuerpo que el autor del asesinato se había llevado consigo». Es todo cuanto nos dirá este órgano eminente, el *ensor morum* de nuestra clase semianalfabeta. Su reticencia fue compartida por el resto de la prensa diaria, incluido el *Times*, que calificó el testimonio del doctor Philips de «totalmente impublicable». En realidad, me habría visto forzado a llamar a Lestrade en busca de una aclaración si no fuera porque usted, mi querido Watson, aún conserva ese tenue lazo con el mundo de la medicina: una suscripción al *Lancet*. Esa excelente revista especializada desde luego no tenía necesidad de ahorrar detalles a los lectores, y pudo publicar la parte impublicable del testimonio del doctor Philips.

Me pasó de nuevo el libro, señalándome con un dedo huesudo uno de los recortes pegoteados.

El abdomen estaba totalmente abierto; los intestinos, cercenados de sus ligaduras mesentéricas, habían sido arrancados del cuerpo y depositados sobre el hombro del cadáver, mientras que el útero y sus apéndices, con la porción superior de la vagina, habían sido totalmente desgajados de la pelvis con los dos tercios posteriores de la vejiga. No pudo hallarse ningún rastro de estas partes.

—Ése fue el destino de la Chapman, la tercera víctima —comentó Holmes—. De paso, ¿conoce usted al doctor Philips?

—¿Pero por qué, Holmes? ¿Por qué, en el nombre del cielo?

—¡Querido amigo! El mundo médico es comparativamente reducido, al fin y al cabo. Pensé que tal vez...

—¡No, no! ¡Los asesinatos! ¡Esa espantosa e insensata mutilación! ¿Qué razón puede haber para cometer semejante atrocidad? ¿Qué provecho puede obtenerse?

Holmes me miró apartando los ojos de las páginas del libro.

—Pone usted el dedo en la llaga, Watson. Después de todo, los asesinatos son de por sí absolutamente insignificantes. Mujeres como éstas son asesinadas de uno u otro modo todas las semanas en ese distrito, y sólo los archiveros reparan en ello. Nada podría ser menos seductor para el observador analítico. Pero cuando el asesino se demora junto al cuerpo inerte de la víctima, arriesgándose deliberadamente a la captura para infligir las mutilaciones más diabólicas a la carne insensible, entonces el caso trasciende su propia sordidez y se remonta al reino de lo singular y lo inspirador.

Por cierto que yo no compartía la actitud de Holmes frente a estas monstruosas atrocidades, pero conocía lo bastante a mi amigo para que su tono insensible no me alarmara. Ni los llantos ni el castañetear de dientes servirían para llevar ante la justicia al maniaco responsable. Si alguien podía detenerlo, ése era Holmes. ¿Pero podría él arrojar luz sobre tan profunda oscuridad?

—Nadie conoce sus facultades mejor que yo, Holmes, pero confieso que no sé cómo espera ejercerlas en este caso. Aquí no hay un círculo cerrado de sospechosos a quienes examinar uno por uno, ningún motivo oculto que delate al culpable. Este monstruo ataca al azar, materializándose en la noche para acometer su horrible faena, y luego desvaneciéndose como por arte de magia. ¡Caramba, casi cualquier hombre de Londres podría ser el autor de esos asesinatos! ¡Los sospechosos podrían contarse por millones!

—Por favor, no exageremos. De esos millones, habrá muchos con una coartada para, por lo menos, una de las noches en cuestión. Y la mayoría de los otros pueden ser descartados simplemente por ser congénitamente incapaces de crímenes tan extraordinarios. Además, usted se equivoca al afirmar que el asesino no deja ninguna

pista. Sucede más bien todo lo contrario. Veamos... ¿dónde está? ¡Sí! El *Times* del jueves opinó que «existe una perfecta abundancia de pistas, siempre que se sigan». No sólo eso, sino que «se espera que la policía siga con la mayor atención la valiosa pista suministrada por el examen del forense, y como las líneas de la investigación están claramente trazadas por una información que ellos fueron incapaces de obtener por su cuenta, un fracaso implicaría una calamitosa humillación». ¡Se comprende que el pobre Lestrade haya decidido honrarnos con una visita!

—¿Pero cuál es la valiosa pista a que aluden?

—Bien, no puedo estar totalmente de acuerdo en cuanto a su valor —rió Holmes—. Parece que el forense, en su informe final, destacó la ausencia de varios órganos del cadáver, y sugirió que el motivo de los asesinatos al fin y al cabo podía ser simplemente el dinero. En otras palabras...

Contuve el aliento.

—¡Burke y Hare<sup>[6]</sup>!

—Precisamente. La resurrección del robo de cadáveres. Es una teoría ingeniosa, y Baxter hizo bien en mencionarla. Pero dudo que la policía llegue muy lejos si la toma al pie de la letra... y al fin y al cabo, así toma siempre las cosas. Pero si no me equivoco, aquí viene Lestrade a plantearnos el caso en persona. ¿Advirtió usted que es posible distinguir treinta y tres oficios y profesiones diferentes por el sonido de los pasos? Una vez pensé en publicar una pequeña monografía al respecto. ¡Ah, entre, inspector! La silla de junco está libre. Entiendo que finalmente ha resuelto solicitar mi ayuda para terminar con estos asesinatos en Whitechapel.

Lestrade frunció el entrecejo.

—No sé de dónde sacó esa idea, señor Holmes. Simplemente pasaba por aquí, y sabiendo cuánto le interesan a usted estos asuntos pensé que...

—Comprendo. Amabilísimo, por cierto. Pero cuéntenos cómo anda esa investigación. Sin duda pronto habrá un arresto... cuando no dos o tres.

—Oh, no puedo divulgar esa información. ¡No esperará eso de mí, señor Holmes! Ésta es sólo una visita privada.

—¡Vamos, vamos! —exclamó cordialmente Holmes—. No hay necesidad de ser tímido. ¡No sea blando conmigo! Admito que es un golpe enterarme de que puede arreglárselas sin mí, pero me repondré. ¿Quién es el culpable? Todos nos desvivimos por saberlo.

Lestrade se rascó las pobladas patillas con una uña carcomida.

—No diré que ya localizamos al culpable, pero tenemos nuestras sospechas y en cuanto se confirmen actuaremos sin vacilación.

—¡Por supuesto! ¡Muy inteligente! Después del fiasco con ese tal Pizer naturalmente querrán ustedes ser cautelosos. Entiendo que él ha iniciado una acción legal. Fue el sargento Thicke quien lo arrestó, ¿verdad? Es curioso cómo algunos nombres se fijan en la memoria.

—¿De qué se trata, Holmes? —pregunté—. ¿Quién es Pizer?

Holmes se volvió hacia Lestrade, y con gesto histriónico dio a entender que el terreno pertenecía al inspector, quien carraspeó y agitó los pies nerviosamente.

—John Pizer, también conocido como *Delantal de Cuero*, fue nuestro primer sospechoso en el asesinato de la Chapman. Hallamos un delantal de cuero junto al cadáver. Esto despertó nuestras sospechas. Después nos enteramos de que la Nicholls había sido amiga de un hombre conocido por el mismo alias. Basándose en esta información, un sargento de la división H allanó el edificio de la calle Mulberry, donde efectuó el arresto de...

—Lamentablemente —interrumpió Holmes—, el sujeto en cuestión disponía de una coartada irreprochable para las noches de los asesinatos, y al día siguiente quedó en libertad.

—Es fácil demostrar sagacidad después de los hechos —replicó Lestrade con un dejo de amargura.

—Verdad. Pero al menos me parece obvio que nuestro hombre no es un zapatero tembloroso que al oír que sospechan de él se encierra en su cuarto aterrado por el *pogrom*. Pero dejémoslo de lado. No me interesa demorarme en los fracasos de usted, mi querido inspector. La vida es demasiado corta. ¿En qué estado se encuentran actualmente sus investigaciones? ¿Ha seguido usted las interesantes sugerencias del doctor Baxter?

Lestrade sonrió burlonamente.

—Entre nosotros, señor Holmes, el forense haría mejor en atenerse a su trabajo y dejar la investigación a quienes están adecuadamente calificados para emprenderla.

—Absolutamente de acuerdo. Pero sin duda él sabía que yo no había sido invitado a participar.

Por un momento ambos detectives, el oficial y el profesional, se miraron fijamente. Luego Lestrade parpadeó y esbozó una sonrisa.

—Oh, es usted incorregible. Siempre tan gracioso. Ja, ja.

—Muy amable, inspector. Pero veo que corro peligro de monopolizar la conversación. El cable de usted, creo, mencionaba novedades.

Una expresión taimada cruzó la cara de Lestrade.

—¿Qué diría si le anunciara que tengo en el bolsillo una carta que creemos pertenece al asesino?

Si el funcionario de Scotland Yard había esperado producir un efecto, fue recompensado con un silencio expectante. Holmes se inclinó hacia delante, ahora totalmente serio y alerta.

—Diría que me gustaría muchísimo ver esa carta.

Lestrade hundió la mano en el abrigo y con un ademán ostentoso extrajo un sobre que entregó a Holmes. Mi amigo sacó del sobre una hoja de papel. La leyó con absoluta concentración y luego me la pasó a mí. Era una carta escrita con buena letra, en tinta roja. Decía lo siguiente:

25 de septiembre de 1888

Querido jefe:

A cada momento me entero de que acaban de capturarme, pero todavía no logran ponerme a buen recaudo. Me causa gracia que se muestren tan listos y alardeen de haber encontrado la pista. Esa historia de Delantal de Cuero me hizo desternillar de risa. Me propongo terminar con las rameritas y no dejaré de despanzurrarlas hasta que me engrillen. El último trabajo fue magnífico. La damisela no tuvo ni tiempo de gritar. Cómo harán ahora para pescarme. Amo mi trabajo y quiero empezar de nuevo. Pronto oirán de mí y de mis graciosas travesuras. Guardé un poco del líquido *rojo* verdadero en una botella de cerveza de jengibre después del último trabajo para usarlo en mis cartas pero se puso espeso como la cola y no me sirve. Espero que la tinta roja sea igualmente adecuada *ja, ja*. En mi próxima faena arrancaré las orejas de la damisela y las enviaré a la policía para que se diviertan qué les parece. Conserve esta carta hasta que me ponga nuevamente en campaña, luego denla a publicidad. Mi cuchillo está tan bonito y filoso que pondré manos a la obra en cuanto tenga una oportunidad. Buena suerte.

Sinceramente suyo

Jack el Destripador

Llámenme simplemente por mi nombre de trabajo.

A la carta se habían añadido unos renglones cruzados, a manera de posdata.

No fui lo bastante listo para despachar la presente antes de lavarme la tinta roja de las manos maldita sea. Nadie lo pescó. Ahora dicen que soy médico *jajá*.

Devolví el extraordinario documento a Holmes, que estudiaba atentamente el sobre con su lupa.

—El papel no nos da ningún indicio —murmuró—. La carta está fechada el día 25, pero el sello de correos dice 27. ¿Por qué no la despachó antes? ¡Hum! «Conserve esta carta hasta que me ponga nuevamente en campaña, luego denla a publicidad». ¡Demonios! ¡Temía que la prensa no tuviera la paciencia necesaria! ¿Comprenden, desde luego, lo que esto significa?

Lestrade y yo miramos en silencio a Holmes, que golpeteaba la carta con las yemas de los dedos.

—¡Caray, nos está diciendo que intentará otro asesinato en una de estas noches!

—Oh, ¿eso es todo? —rió Lestrade—. Por un momento creí que había hecho algún hallazgo. Sé leer tan bien como usted, señor Holmes, pero ¿por qué habríamos de creer en lo que nos dice? Lo más probable es que sea una treta.

Holmes sacudió la cabeza con impaciencia.

—No importa lo que dice. ¡Observe lo que hace! Si sólo deseara confundirnos habría despachado la carta en cuanto la escribí, el martes. ¿Para qué demorarse? En cambio retiene la carta deliberadamente hasta el jueves, y luego insiste en que la prensa no la dé a publicidad hasta que él «se ponga nuevamente en campaña». Eso tiene que significar que él sabe sin duda alguna que se cometerá otro asesinato, y en pocos días. Luego esta carta podrá ser publicada con el máximo efecto. Este hombre trata de sembrar el pánico sistemáticamente, y comprende muy bien que nada es tan necesario como una sincronización adecuada.

—¡Vamos, Holmes! —protesté—. Sin duda usted pasa por alto que el autor de la carta es un individuo tosco y ramplón. Usted está transformándolo en un hombre inteligente y sofisticado cuando es más que obvio que se trata de un rufián vulgar e inculto.

—Está usted más sagaz que de costumbre, Watson. ¡«Más que obvio», sin duda! Ahora bien, me atrevo a afirmar que conozco más rufianes vulgares e incultos que usted, y puedo asegurarle que ninguno de ellos pergeñaría jamás un escrito semejante. Por el contrario, como escribir no les es natural, lo típico es que escriban con muy poca naturalidad. El estilo invariablemente es torpe, la dicción rígida e inhibida. Pero quien firma Jack el Destripador es de una especie totalmente diferente. Recurre a sus jergas y solecismos para producir un efecto, como si estuviera escribiendo anuncios de la última marca de píldoras para el hígado. Ciertamente desea que el público lo tome por un violento patán de la clase baja, lo que no hace sino reforzar mi convicción de que es en realidad un caballero; pulcro en el hablar, pulcro en el vestir, y muy probablemente un personaje respetabilísimo en un amplio círculo de conocidos.

Lestrade me miró en silencio, guiñándome el ojo. Me costó abstenerme de responder a ese gesto. La descripción de Holmes era tan absolutamente opuesta a las opiniones en boga —y también al sentido común ordinario— que no pude evitar preguntarme si no estaba gastándonos una broma para reírse a costa de nosotros. Pero sus rasgos no delataban ningún indicio de ironía. En realidad estaba más serio que de costumbre.

—¡Evidencias! —exclamó—. ¡Eso es lo que necesito... evidencias! No las que él elige proporcionarnos en su carta, ni las que quedan después de que una horda de gentes mórbidamente curiosas han pisoteado la escena del crimen a seis peniques por cabeza. No, si nuestro hombre logra llevar a cabo su amenaza, tengo que estar presente.

Se volvió a Lestrade.

—¿Qué medidas preventivas ha tomado usted?

—¿Medidas? ¡Bueno, cada agente disponible ha sido destacado en Whitechapel! Mi única preocupación es que el asesino comprenderá que la zona se ha vuelto demasiado peligrosa y actuará en otra parte. Si probara suerte en Bethnal Green o Stepney podría recorrer varias millas sin encontrar un policía.

—Sus temores son completamente infundados, Lestrade. Hasta ahora todas las tácticas del homicida tienen el expreso designio de crear una confrontación entre él y las autoridades... una confrontación en la que se propone vencer. ¿Por qué otra razón iba a comunicarle a usted sus intenciones? Actuar en otra zona equivaldría a admitir su derrota. Además, la carta demuestra a las claras que él comparte el mal concepto que el público, lamentablemente, tiene en la actualidad de la policía.

—Encontrará una muy calurosa bienvenida si vuelve, se lo puedo prometer —aseguró tozudamente Lestrade—. Además de las patrullas y los grupos de vigilancia, tenemos una pequeña sorpresa en la manga. Si el asesino no es cauteloso, puede cometer el tropiezo de asaltar a uno de mis agentes.

—¿Uno de sus agentes?

—Eso dije, señor Holmes. Es absolutamente confidencial, desde luego, pero tal vez le interese saber que cada noche uno de nuestros mejores hombres patrulla las calles de Whitechapel con atuendos femeninos como señuelos para captar a este maniaco.

Un momento de silencio tenso siguió a esta revelación, y luego Holmes y yo soltamos al unísono una irrefrenable carcajada. Lestrade enrojeció visiblemente.

—¡No le veo nada de cómico! —barbotó—. Cuando se trata de proteger al público y de aprehender delincuentes, tengo el orgullo de decir que la Policía Metropolitana no reconoce límites al cumplimiento de su deber.

—Querido amigo, discúlpenos —exclamó Holmes—. Estoy seguro de que el doctor Watson comparte mi opinión de que el coraje y la devoción de los colegas de usted no merecen sino el mayor de los respetos. Es sólo que cuesta acostumbrarse a imaginar a esos agentes corpulentos y velludos vestidos con faldas de hilo y sombreros de terciopelo.

El rostro de Lestrade era un retrato de la virtud ofendida.

—Parece que nada le complace, señor Holmes. Nunca se cansa de criticarnos por actuar ateniéndonos al reglamento, pero en cuanto intentamos algo fuera de lo común se nos ríe en la cara. Bien, tengo asuntos más urgentes que sentarme a bromear con ustedes, caballeros. De haber sabido que no les interesaba colaborar con nosotros en este caso, no los habría molestado.

Se puso en pie. Holmes también se levantó.

—Se equivoca al pensar que el caso no me interesa, inspector —dijo en tono conciliador—. Al contrario, nada me complacería más que tomar parte en la investigación. Como he dicho, pienso que es muy probable que el homicida ataque de nuevo dentro de las próximas noches. Por tanto es imperativo trazar un plan. Si lo cree conveniente, propongo que esta tarde nos encontremos en Scotland Yard para discutir una estrategia.

Convenientemente aplacado por esta propuesta, Lestrade se fue de mejor humor. Holmes lo acompañó hasta la puerta y regresó a la habitación con una expresión de franca alegría.

—¡Ah, qué tonificante es el bueno de Lestrade, sin duda alguna! —exclamó—. Créame, Watson, si alguna vez piensa que se está haciendo viejo y estúpido, la mejor cura que conozco es la compañía de un detective de Su Majestad. Realmente tendrían que estar disponibles por hora para que los doctores puedan prescribirlos como remedio.

—Sin duda usted es algo rudo —objeté—. Me parece que las autoridades han hecho todo lo que se espera de ellas.

—¡Exactamente, amigo mío! Eso es lo que más me divierte. Hacen precisamente lo que se espera de ellas, como juguetes mecánicos. Debo admitir, sin embargo, que el último golpe de Lestrade es algo que yo no había previsto. ¡Policías con faldas! Espero que estén muy alerta, o no pasará mucho tiempo antes de que los periódicos anuncien el descubrimiento del cadáver horriblemente mutilado de un policía vestido con harapos de prostituta en el callejón Spitalfields. ¡Imagínese usted, mi querido Watson!

No pude sino deplorar esta broma cruel, y procuré dar a la conversación un curso más apropiado.

—¡Muy bien, Holmes! Usted ridiculiza sin piedad a las autoridades, pero ¿cuál es su propia solución? Se niega a arrojar siquiera un poco de luz, pero se burla de los demás por tropezar en la oscuridad. Me parece una actitud muy censurable.

—¡Bien dicho, viejo amigo! Sin duda he prodigado mis burlas, y es verdad que conozco la identidad del homicida tanto como Lestrade. Pero al menos tengo una idea más clara de qué clase de hombre es.

—Es una bestia, un salvaje. Eso está totalmente claro.

Holmes me escrutó con la mirada.

—Creo que usted tiene una teoría doctor. ¡Expóngala, pues! El escenario está a disposición de todos.

—De acuerdo. Creo que el asesino de estas pobres mujeres es un demonio como Tonga<sup>[7]</sup>. Advierto que los homicidios se han cometido siempre cerca del puerto. Supongo que este nativo trabaja a bordo de un buque extranjero. Recién llegado de su tierra bárbara, recorre Londres a su antojo. Enloquecido por la embriaguez, vagabundea de noche por las calles. Luego, al tropezarse con alguna desdichada sin dinero acurrucada en un portal, la mata impulsado por su bestial frenesí. Después se escabulle de nuevo en su barco, que zarpa con las primeras luces. De ese modo se le pierde la pista, y cuando el barco regresa unas semanas más tarde puede permitirse otro baño de sangre con toda impunidad.

Holmes aplaudió con entusiasmo.

—¡Brillante, doctor! ¡Realmente espléndido! Si yo anduviera en busca de una teoría, sin duda aceptaría la de usted antes que cualquiera de las que he oído. En realidad existen aún más pruebas que pueden servir para respaldarla. La disposición de los objetos alrededor del cadáver podría ser explicada como un rito pagano.

—No sé nada al respecto.

—El asesino le quitó los anillos de los dedos y los depositó cuidadosamente a los pies de la víctima, junto con unas pocas monedas. Al lado de la cabeza dejó parte de una cartera, y usted ha oído el testimonio del doctor Philips acerca de los intestinos colgados del hombro derecho. ¿No le sugiere una especie de sacrificio ritual?

Me costaba dar crédito a mis oídos. Con cada nuevo detalle el caso parecía más oscuro e insondable.

—Es algo diabólico —exclamé.

—Sin duda el propósito ha sido que dé esa impresión. Incidentalmente, una de las inquilinas de la pensión que frecuentaba la Chapman identificó la cartera como propiedad de la occisa. La había visto esa misma noche con ella, más temprano, pero en ese momento no tenía la marca que se halló después, cuando la encontraron junto a la cabeza de la Chapman.

—¿Qué marca?

—La letra «M». Una «M» mayúscula. Eso parecería dar cuenta del salvaje frenético que propone usted, Watson.

—Quizás uno de sus compañeros de a bordo le había enseñado algunas letras —sugerí sin convicción—. O quizá...

Se me apagó la voz. Holmes asintió.

—Sí, *quizás*. Ahí tiene usted la clave de todo este asunto: *Quizás*. ¿Ha oído hablar de la navaja de Occam?

—¿Qué? —Ese viraje brusco me sorprendió—. Creo que no. ¿Es uno de los nuevos modelos de seguridad?

—De ningún modo. Está en uso desde hace más de quinientos años. Es un axioma filosófico. En su forma original reza: *Entia non sunt multiplicanda*.

—Ya veo.

—En otras palabras, no hay que multiplicar los entes innecesariamente. ¡Pues bien, doctor! ¿Cuántas teorías se necesitan para resolver un problema?

Me erguí en el asiento y traté de ordenar las ideas.

—¿Cuántas se necesitan? Bueno, sólo una. Mientras sea la correcta, desde luego.

—¡Precisamente! Pero cuando nos detenemos a examinar estos asesinatos de Whitechapel, ¿qué nos encontramos? ¡Puñados de teorías! ¡Teorías por veintenas! ¡Podrían rematarse en la plaza pública! No hay hombre que no tenga la suya y no pasa una hora sin que surja una nueva. Sometamos estas prolíficas hipótesis al borde filoso del viejo Guillermo de Occam. ¿Son necesarias para explicar los hechos? No. ¿Nos dan más posibilidades de aprehender al criminal? No. ¿Nos permiten predecir qué hará probablemente en el futuro? No. ¿Entonces de qué sirven? La respuesta es que a nosotros no nos sirven de nada en absoluto, pero para el asesino son valiosísimas.

Mientras Holmes exponía su argumento, el tono de su voz ganaba en vehemencia y sus ademanes en intensidad. Finalmente se levantó de un brinco y se puso a caminar por el cuarto.

—Dije que tenía una idea clara de qué clase de hombre era, Watson. Tal vez ahora usted empiece a entrever el perfil. Quítese de la cabeza todas las nociones convencionales. Nos estamos enfrentando a un artista del engaño con un don inquietante para manejar la opinión pública. Conoce ese órgano tanto como un gran músico conoce su instrumento, y puede hacerle tocar cualquier popurrí de aires populares que le sirva para encubrir los tonos exaltados de su sordo *leitmotiv*. ¿Le asombra a usted que Lestrade y compañía me hagan reír? Este homicida de Whitechapel está tan lejos del alcance de ellos como la polifonía de Lassus de la concurrencia del teatro Savoy. En verdad, Watson, y lo diré sin el menor asomo de inmodestia, dudo que aparte de mí exista en Londres un hombre capaz de desenredar las desconcertantes telarañas de ese astuto demonio, de revelar el ingenio diabólico que se oculta en todo esto. ¡Es por cierto un oponente formidable! ¡Al fin tengo un adversario enteramente digno de mis facultades! Su destrucción coronará adecuadamente el trabajo de toda mi vida. Y si fracaso... ¡Pero no! No debo fracasar. ¡Es imposible! Las consecuencias serían catastróficas.

Nunca había visto a Holmes tan agitado como al pronunciar estas últimas palabras. Era como si por primera vez dudara de sus propios poderes. Al cabo de un momento fue nuevamente dueño de sí mismo y desbordaba energía, pero ese atisbo de su interioridad me perturbó mucho más que las espantosas noticias que había oído esa mañana.

Holmes pasó la tarde en Scotland Yard y regresó a cenar con el ánimo introspectivo y taciturno. Después de la comida, que transcurrió en silencio, se retiró a la mesa manchada de ácido del rincón y estuvo trabajando con sus retortas y tubos de ensayo. Yo salí a caminar y me acosté temprano. A la mañana siguiente el cuarto apestaba a un compuesto hediondo para cuya preparación Holmes evidentemente había permanecido despierto hasta horas tardías. No hubo indicios de Holmes hasta casi el mediodía, cuando salió de su habitación vestido como el harapiento más andrajoso que pueda concebirse y anunció fríamente que pasaría tres días en Whitechapel.

—¿Se propone excluirme del caso? —grité desolado.

—No, no. Pero no puede ayudarme en esta ocasión. No tema, sin embargo, no se perderá ningún paso de la aventura.

—¿Al menos no podría seguirlo de cerca?

—¡No, Watson! De nada serviría, viejo amigo. Pasaré el tiempo mezclándome con las gentes de la zona. Como ve, me haré pasar por un congénere. Ahora bien, convendrá conmigo en que el talento dramático de usted no se extiende mucho más allá que el ocasional recitado de «El niño estaba de pie en la cubierta ardiente» en Navidad, mientras que yo debo ir y venir por locales donde ni la policía se atreve a entrar. Si esos sujetos sospecharan por un instante que soy «de afuera» habría muchas posibilidades de que dejara el lugar horizontalmente.

—De acuerdo, Holmes, pero no pretenderá que permanezca aquí ociosamente

mientras usted lucha a solas con ese demonio.

—De ninguna manera. Al contrario, si las cosas resultan como espero necesitaré muchísimo su ayuda. Como sabe, tengo una serie de pequeños refugios en diversas partes de Londres, y uno de ellos está situado convenientemente cerca del escenario de estos crímenes. Me propongo instalarme allí. Es demasiado pequeño para albergarnos a los dos, un mísero tugurio, pero Lestrade me llamará si se descubre un asesinato, y de inmediato despacharé un coche para que lo traslade a usted al lugar.

También sirven, dice el poema<sup>[8]</sup>, quienes permanecen alerta y esperan. Tal vez el servicio que ellos prestan es en realidad el más arduo. Sin duda esa era mi impresión mientras sentado a solas en la calle Baker observaba el fuego preguntándome cuáles serían las actividades de Holmes y los riesgos a que se enfrentaba y cuáles serían los resultados. A las once encendí mi bujía y subí a acostarme. Me tendí en la cama totalmente vestido y al cabo de un rato me venció el sueño.

Alas dos y media unos golpes en la puerta de mi dormitorio me despertaron de pronto. Agradecí la interrupción, pues acababa de tener un sueño fantástico y terrible donde yo, cuchillo en mano, parecía seguir a una mujer por una calle sórdida. Ante esas fantasmagorías indeseables hasta el despertar más brusco es recibido con alivio. A la puerta encontré a Billy, el hijo de la señora Hudson, vestido con un abrigo de lana y temblando de frío y excitación.

—Un coche lo espera abajo, señor —dijo el muchacho—. El señor Holmes lo mandó buscar, viendo que pareciera como si hubiera habido otro horrible asesinato.

La situación había sido excesiva para la gramática de Billy, pero el sentido no podía ser más claro. Tomé el sombrero y el abrigo y corrí escaleras abajo. Pero pronto tuve la impresión de que me había librado de mis sueños para entrar en un mundo igualmente espectral y opresivo. El cabriolé brincaba y se bamboleaba por calles desiertas. Un viento helado barría la ciudad. ¿Cuántos de los millones que trabajan diariamente en Londres le han visto jamás esa otra cara? Es un reflejo siniestro de la metrópoli inquieta y bulliciosa. Todo es lo mismo, pero no es lo mismo. Sin duda parecerá un capricho de mi imaginación, pero vista desde ese coche que carreteaba calle abajo la ciudad tenía el aspecto de una calavera. Las mismas calles parecían terribles, el escenario apropiado para estos crímenes más que terribles.

El cochero sólo había dicho que el asesinato había sido en Aldgate.

—No me dejaron acercarme al cuerpo. Dijeron que no tenía nada de bonito.

Atravesamos Holborn y Cheapside, dejamos atrás el Banco de Inglaterra y nos internamos en la calle Leadenhall. Aquí el cochero refrenó finalmente nuestra furiosa carrera y doblamos a la izquierda metiéndonos en un callejón angosto. Después de un trecho viramos de nuevo y nos detuvimos. El cochero se apeó de un salto.

—Llegamos —vociferó.

Enfrente, una calle cortada desembocaba en una plaza pequeña donde había un grupo de personas reunidas bajo un farol. Cuando me acerqué, un policía surgió de las sombras y me preguntó qué hacía en ese lugar. Expliqué que era un colaborador

del señor Sherlock Holmes y me condujo hacia el grupo del farol y me presentó a un inspector de policía. El oficial negó estar al tanto del paradero de Holmes, pero al enterarse de que yo era médico me presentó a su vez a un cirujano de la policía, un tal doctor Brown, que esperaba que se realizaran los procedimientos para trasladar el cadáver a la morgue. Fue él quien me invitó a ver los restos.

—Ignoro cuál será su experiencia, doctor Watson —observó—, pero me sorprendería que haya visto jamás algo semejante.

Me guió a través de la plaza hacia un rincón oscuro. En el empedrado yacía una masa informe. El cirujano la alumbró con la linterna y se agachó para levantar el paño de lona sucia que cubría los despojos. Era el cadáver de una mujer. Le habían seccionado la garganta de una manera horrenda, y la cara estaba brutalmente desfigurada. Tenía trozos de tejido sanguinolento amontonados en el cuello. Luego el doctor Brown retiró la lona por completo, exponiendo las partes inferiores del cuerpo.

Por un momento corrí el riesgo de ponerme en ridículo ante un colega. Y sin embargo el cadáver no presentaba ninguna novedad a ojos habituados a presenciar innumerables disecciones. No eran las heridas en sí mismas las que causaban tanta impresión —el abdomen abierto, las entrañas desgarradas, los coágulos de sangre seca— sino la terrible violencia con que se las había infligido. Ninguna declaración oficial podía siquiera sugerir lo que se sentía de inmediato al ver el cadáver de esa pobre mujer. El cuchillo había sido clavado con tremenda fuerza en la entrepierna y luego empujado hacia arriba, rasgando las carnes hasta que lo detuvo el esternón. La firma de la carta que Lestrade nos había mostrado me vino a la mente con toda su insidiosa exactitud: la mujer había sido literalmente destripada. Todos los que estaban presentes esa mañana eran médicos o policías, habituados por profesión a espectáculos espantosos, y sin embargo todos habían abandonado conspicuamente el rincón donde yacía el cuerpo y se habían apiñado en el otro lado de la plaza como buscando protección. Supe que cada hombre había sentido lo mismo que yo al observar ese espectáculo obscuro, que algún poder oscuro había emergido de los pantanos de la historia, una monstruosidad atávica que venía a desatar horrores que sólo creíamos poder encontrar en viejos libros y cuentos campesinos y frente a los que nos sentíamos impotentes.

Brown tapó de nuevo el cuerpo y nos reunimos con los otros. Algo después trabé conversación con el agente que había descubierto el crimen. Me dijo que había pasado por la plaza en su ronda de la una y media y no había visto nada fuera de lugar.

—Quince minutos después volví a pasar, y allí estaba —declaró el hombre con solemnidad—. Hace años que soy policía, pero nunca vi nada parecido. ¡Y Dios quiera que nunca lo vea de nuevo! Allí estaba, tal como usted la vio, tendida boca arriba con la falda levantada, las piernas abiertas y las tripas al aire. Encontrar algo así sin previo aviso, le diré, a uno lo trastorna un poco. De todas maneras, corrí hasta este depósito y el sereno fue en busca de otros mientras yo permanecía con el cuerpo.

Más tarde apareció el comisionado en coche, y yo mismo se la mostré<sup>[9]</sup>.

Entretanto yo sentía una creciente inquietud por la ausencia de Holmes. Qué reconfortante sería observarlo trabajar, evaluar las evidencias que otros habían pasado por alto, elaborar y poner a prueba sus teorías, soltar frases sibilinas o encerrarse tercamente en un reservado mutismo. A su lado, sabía que el terror que se había adueñado de mi alma retrocedería y menguaría, y esta abominación al fin parecería natural y explicable y su autor tan semejante como cualquiera al común de los mortales. Cuando el agente terminó su relato, le pregunté si había visto a mi amigo. Para mi gran sorpresa se apresuró a responder:

—¿El señor Holmes? ¡Claro! Llegó aquí poco después de sir Henry. Debían de ser las dos y cuarto. Lo acompañaba un sujeto menudo con cara de zorro. Un inspector de Scotland Yard, dijo.

—Sería Lestrade —confirmé.

—Sí, señor, ése era el nombre. Venían directamente del lugar donde se cometió el otro asesinato, y...

—¿Qué? ¡Otro asesinato! ¿Está diciéndome que esta noche se perpetró otra atrocidad?

—Pues sí, señor. ¿No se enteró? Mataron otra mujer en Commercial Road East. Le cortaron la garganta igual que a ésta, como si el hombre hubiera pensado llevarse la cabeza a casa. Pero esa fue la primera. La encontraron alrededor de la una, y cuando supieron lo ocurrido aquí vinieron de inmediato.

—¿Pero ahora no están aquí?

—¡Oh no, señor! No se quedaron mucho tiempo. Primero el señor Holmes le echó un vistazo al cadáver, luego sacó la lupa, se arrodilló y se puso a caminar a gatas por toda la plaza. El hombre de Scotland Yard se quedó mirándolo con una especie de sonrisa, usted me entiende. De golpe el señor Holmes se puso de pie. «¡Por aquí!», gritó, y los dos se fueron por aquel callejón.

El hombre señaló un pasaje angosto en el extremo de la plaza. Estaba preguntándome si seguir también por ese camino, con la esperanza de encontrar a Holmes, cuando oí un trepidar de cascos y una rueda que rechinaba contra el bordillo. Con una mezcla de placer y alivio oí que me llamaba la voz de mi amigo. Me lancé hacia el cabriolé. Holmes abrió las puertas y me ayudó a subir.

—¡A la calle Goulston, cochero! —exclamó, y nos pusimos en marcha—. ¡Se nos escapó, Watson! Ya lo teníamos cercado, pero de algún modo se nos escabulló. Le seguimos la pista hasta la calle Dorset, y allí lo perdimos. Lestrade está registrando todos los albergues de la zona.

—¡Entonces aún pueden capturarlo!

—Temo que no. Un refugio semejante sería demasiado público para satisfacer las exigencias de nuestro hombre. Sin duda Lestrade a lo sumo conseguirá sacar de la cama a un buen número de miserables muertos de sueño. No, temo que el asesino se nos escapó esta vez. Aquí ya no hay nada que hacer. Sólo quiero mostrarle a usted

algo interesante, y luego nos iremos a casa.

La voz sonaba hueca y en general se le notaba exhausto y desalentado. Al cabo de un corto trayecto el coche se detuvo en una calle lóbrega y sombría compuesta por casas de pensión altas construidas según un modelo común. Holmes ordenó al cochero que aguardara y me condujo a la entrada de uno de los edificios, donde había un macizo individuo con un levitón. Holmes lo saludó.

—¿Alguna novedad, Halse? ¿Todavía están tratando de borrar las marcas?

—Así parece, señor Holmes. Mandé buscar un fotógrafo, pero no podemos hacer nada hasta que desaparezcan. Parece que a los de Scotland Yard les preocupa la posibilidad de un tumulto si alguien ve la inscripción.

—Creí que a Warren le habría gustado algo así —repuso Holmes con sequedad—. Reprimir tumultos es su *forte*, ¿verdad?<sup>[10]</sup>

Halse ahogó una sonrisa.

—Lo que sé es que si hubiéramos estado al otro lado de Petticoat Lane las cosas se habrían manejado de otro modo. Pero ésta es jurisdicción de la Policía Metropolitana, y allí hay un inspector esperando con una esponja de baño para borrar la inscripción en cuanto se reúna la multitud. Lo llaman preservar el orden. Prefiero no decir cómo lo llamo yo.

A estas alturas ya no pude contenerme.

—¿De qué inscripción están hablando? ¿Qué ha sucedido?

Holmes se volvió para pedirme disculpas.

—Querido amigo, le ruego que me perdone. Olvidé por completo que usted aún no estaba *au courant*. Este es el sargento Halse, detective de la policía de la City, y está echando una ojeada extraoficial, pues la zona está fuera de su jurisdicción, a los imbéciles de Scotland Yard, que parecen empeñados en borrar una de las pistas más interesantes que tenemos en este caso. ¡Véalo usted mismo!

Tomando la linterna del policía, Holmes alumbró una parte de la pared a la entrada del edificio. Había unas palabras garrapateadas en tiza sobre el revoque negro.

Los Judhyos son  
Los hombres que  
No serán  
Culpados  
En vano

—Interesante muestra de los *graffiti* de un homicida, ¿verdad? —comentó Holmes.

—Pero ¿cómo puede asegurar que lo escribió él? Cualquiera pudo ser el autor. Holmes meneó la cabeza con decisión.

—Fíjese en los trazos largos de la «d», en la curva de las «l», la «m» casi

separada y las «o» ovales. En total hay unas diecisiete características que se corresponden inequívocamente con la carta que Lestrade nos mostró el viernes. Pero tenemos pruebas más concluyentes. Se encontró un trozo de tela ensangrentada al lado de la inscripción, y no hay duda de que la cortaron del delantal de la mujer cuyos restos usted acaba de examinar en la plaza Mitre. El asesino lo utilizó para enjugarse las manos antes de trazar la inscripción.

—¡Dios mío!

—Por cierto. Bien, eso es todo. Ahora sólo nos resta regresar a la calle Baker y poner los cerebros a trabajar. Buenas noches, Halse. Trate de salvarnos de los amigos.

—Haré lo que pueda, señor Holmes.

Mientras regresábamos, atravesando esa frontera sin custodia que separa los dos grandes territorios de las dos grandes tribus que habitan Londres, Holmes conservó su hosco y perturbado silencio. Advertí que se agobiaba con recriminaciones y reproches —como si cualquier hombre pudiera triunfar donde él había fracasado— y me pareció conveniente interrumpir esa mórbida introspección.

—¡Caramba, Holmes, podría usted contarme lo que ha sucedido esta noche! Aún hay muchas cosas que ignoro.

—Por supuesto, por supuesto. Lo mejor será contarle mis experiencias siguiendo el orden en que ocurrieron. Llegué a mi refugio poco después de las diez, y pasé unas horas con mi pipa y mi Séneca de bolsillo antes de acostarme. Un enviado de Lestrade me despertó a las dos menos diez. El cuerpo de la primera víctima había sido hallado una hora antes, en un callejón lateral de la calle Berner, por un buhonero que regresaba del mercado de Sydenham. Llamó a la policía. Lestrade, que estaba en la comisaría de la calle Leman, fue avisado, y en cuanto verificó que era otro asesinato del Destapador mandó llamarme.

—¿Verificó? ¿Pero qué duda podía haber? ¿Es posible tener la más ligera duda acerca del autor de esas espantosas mutilaciones?

Holmes me encañonó con el índice.

—¡Ah! Eso es lo interesante del asesinato de la calle Berner. El cadáver no estaba mutilado.

—¿No?

—En absoluto.

—¿Entonces cómo supieron...?

—Por el corte de la garganta. Y por lo que ocurrió cuarenta minutos después en la plaza Mitre.

Percibí la situación de inmediato.

—¿Asesinó a la segunda mujer porque no pudo mutilar a la primera?

—Precisamente. La víctima de la calle Berner aún estaba caliente cuando la encontraron. Le manaba sangre de la garganta. No hacía más que unos minutos que había muerto. De hecho, es probable que el asesino aún estuviera en el callejón.

—¿Todavía estaba allí?

—Estoy seguro. ¿Por qué iba a marcharse? Póngase un momento en el lugar de él. Usted acaba de matar a su víctima y se dispone a descuartizarla, ya que el descuartizamiento es lo que justifica ese ejercicio, cuando oye un carro que se acerca por la calle. Cien a uno a que seguirá de largo, así que usted se oculta en las sombras confiando en que reiniciará la tarea de inmediato. Pero en vez de pasar de largo el carro se mete en el callejón. El caballo corcovea al oler la sangre y el conductor se apea para investigar. En ese momento, por supuesto, usted comprende que la partida terminó y se escabulle mientras el hombre se tantea en busca de los fósforos.

—Debe estar en lo cierto, Holmes —declaré—. Sin duda el asesino se ocultaba muy cerca. ¡Qué exasperante! ¡Si al menos lo hubieran visto! Tiene una suerte del demonio.

—Dudo mucho que él estuviera de acuerdo con usted —replicó Holmes—. Considere la situación en que se encontraba. He aquí un hombre que se ha propuesto aterrar al mundo civilizado con abominaciones de tal envergadura que los detalles ni siquiera pueden publicarse. Nadie sabe mejor que él hasta qué punto es necesario conservar el crescendo del horror. No es conveniente rebajarse a una mera degollina cuando el público está esperando una evisceración. Por tanto no le queda otro camino: otro asesinato, *inmediatamente*, y esta vez seguido por el destripamiento total de la víctima.

Meneé la cabeza, pasmado ante esta extraordinaria serie de acontecimientos.

—Los designios del destino son de veras extraños —declaré—. Si ese buhonero se hubiera demorado unos minutos, la pobre mujer que vi aún estaría viva e intacta.

—Sin duda, pero el argumento es pueril —repuso Holmes con severidad—. Abstengámonos de conjeturas infructuosas y consagremos nuestras energías al análisis de los hechos conocidos. Sabemos que al dejar la calle Berner el asesino caminó rumbo al oeste...

—No veo qué evidencia hay al respecto —repliqué con cierto fastidio—. Como usted dijo, transcurrieron cuarenta minutos entre un homicidio y otro. El hombre pudo tomar un camino más largo y aun así llegar a la plaza Mitre a la hora indicada. En realidad era mucho más probable que hubiera ido hacia el norte, a Spitalfields, en busca de otra víctima. En el club comentaban que la zona es una de las mejores, es decir, de las peores, en ese sentido.

—Caramba, Watson, ¿por casualidad echó mano de mi cocaína? ¡Esta mañana está brillante! Pero henos de vuelta en la calle Baker. Posterguemos unos minutos esta interesantísima discusión. Gracias, cochero, aquí está bien.

Una vez en el cuarto, Holmes se desplomó en el sillón de costumbre y encendió la pipa de cerezo.

—Tal vez prefiera acostarse, Watson. Ha sido una larga noche.

—Ahora estoy totalmente despierto.

—Usted preguntaba, creo, cómo podemos saber que el asesino no buscó su víctima en Spitalfields. La respuesta es simple. Ella no estaba en Spitalfields. Hasta la

una de la mañana estuvo encerrada bajo llave en la comisaría de Bishopgate.

—¡Santo cielo!

—Uno de los agentes que acudió a la plaza Mitre cuando se descubrió el cadáver recordó haber hablado con ella mientras la tuvieron bajo custodia. La habían arrestado a última hora de la tarde por ebriedad y holgazanería. Incidentalmente, si usted insiste en consentirse especulaciones ociosas, quizá le interese considerar que si la mujer hubiera optado por emborracharse en Whitechapel y no en Aldgate ahora no la tendríamos por tema de conversación.

—¿Dice usted que el asesino no la habría encontrado?

—No a menos que a él también lo arrestaran y lo pusieran en la misma celda. Verá usted, en Whitechapel la habría arrestado la Policía Metropolitana, cuyo comisionado, Warren, es un moralista que aboga por el cumplimiento de la ley a pies juntillas. La mujer habría pasado la noche en prisión para ser llevada a la mañana ante un magistrado. La policía de la City, en cambio, tiene por costumbre soltar a los borrachos que a la una de la mañana ya dan muestras de sobriedad. Kate Kelly, ese fue el nombre que dio la mujer, fue inspeccionada a esa hora y se la juzgó presentable. Es decir, que en el mismo momento en que nuestro mercachifle estorbaba al Destripador en la calle Berner, la próxima víctima quedaba en libertad a menos de una milla de distancia en la City. En los veinte minutos siguientes cada uno avanzó, sin saberlo, al encuentro del otro.

Holmes guardó silencio. Era como si hasta su mente fríamente racional estuviera abrumada por la sensación de que un destino implacable impregnaba cada aspecto de estos crímenes atroces. Ambos nos quedamos mirando las cenizas frías del hogar, sin duda sumidos en los mismos pensamientos, pero incapaces de expresarlos en voz alta por temor al ridículo. Lo que más me impresionaba era que todo parecía favorecer los planes del homicida. Siempre estaba en el sitio apropiado y a la hora apropiada, con la víctima a mano, mientras sus perseguidores no hacían más que rastrear los cuajarones de sangre y decir «estuvo aquí, y aquí, y aquí».

Al final me incorporé, con la esperanza de ahuyentar mediante el sueño estas ideas ominosas. Holmes me despidió con un gesto desganado y yo subí de nuevo a mi cuarto. Pero allí tampoco pude pensar en otra cosa que en el cuerpo ultrajado de esa mujer vieja y patética. La imagen me acechaba desde cada rincón de la oscuridad. Finalmente la luz del alba disolvió la pantalla donde se proyectaba ese horrible espectáculo, y me dormí.

## Dos

SI mi narración tiende a respaldar el viejo adagio de que los hechos son más extraños que la ficción, también demuestra que son mucho menos ordenados. Si éste fuera uno de los relatos de A.C.D., podéis estar seguros de que la acción sería rápida y frenética. Si mis notas mostraban que tal caso había tardado tres meses en resolverse, bastaba un plumazo para reducirlo a tres días y transformarlo en un cuento mucho más satisfactorio. Pero esto no es un cuento, y no me propongo halagar a quienes buscan distraerse ligeramente de sus preocupaciones cotidianas. Por tanto, debo consignar que durante las dos semanas que siguieron a los sucesos que acabo de describir, Holmes y yo no tuvimos ninguna otra intervención en el misterio del asesino de Whitechapel. La razón, por citar otro giro proverbial, es que sucede en un día lo que no sucede en un siglo. Desde el 2 al 12 de octubre, Holmes estuvo imprevistamente ocupado con dos casos breves y quizá superficiales. Se trató, respectivamente, de las circunstancias relacionadas con la desaparición y recuperación del famoso caballo de carreras Silver Blaze, y el insólito caso de la boda ilusoria de lord Robert St. Simon. A.C.D. más tarde incluyó ambos casos en su recopilación de cuentos basada en mis notas, y como los hechos son absolutamente ajenos a los que ahora me ocupan no me detendré a considerarlos.

Dije que durante ese período Holmes y yo no tuvimos ninguna otra intervención en los asesinatos del Destripador, pero esa afirmación exige aclaraciones. Ninguna persona letrada del país, y mucho menos un devorador de letra impresa tan ávido como Holmes, podía haber ignorado cada nueva ramificación del asunto, ya sustancial o meramente sensacionalista. Al margen de lo que significaran para los habitantes de Londres, los sucesos del 30 de septiembre fueron un regalo del cielo para la prensa. Periódicos célebres por su escasa circulación, incluidos algunos hacía tiempo desahuciados por sus consultores financieros, de pronto renacieron con ediciones especiales que fueron arrebatadas de las imprentas y ojeadas con avidez antes de que la tinta estuviera seca del todo. Y si un par de ejemplares les quedaban inexplicablemente en las manos, los vendedores no tenían más que pregonar «Asesinato, Siniestro, Horripilante, Mutilaciones, Terrible», etcétera, para agotarlos en un santiamén.

Las investigaciones sobre las dos mujeres fueron difundidas con toda la sordidez de sus detalles. Los artículos principales criticaban severamente a la policía por su incompetencia, mientras que en las columnas dedicadas a la correspondencia de los lectores se debatían calurosamente teorías relacionadas con los motivos y la identidad del asesino. Caballeros respetables que vivían en suburbios tranquilos ofrecían sus servicios a las autoridades, que ya estaban inundadas de cartas donde se acusaba a los amigos y parientes del remitente en cuestión, o bien plagadas de amenazas groseras y

a menudo ininteligibles. Estas últimas eran por lo general plagios flagrantes de la carta firmada «Jack el Destripador», que las autoridades habían reproducido en forma de afiche. Después de las investigaciones, se consideraban y cotejaban las declaraciones de los testigos, y se publicaron tres descripciones diferentes del hombre buscado. Incluso se ofreció una recompensa de 500 libras por toda información que condujera a su arresto. Pero todos los rastros resultaban falsos, todas las informaciones, callejones sin salida, y todas las pistas, circulares y ambiguas. El ánimo del público era una desagradable mezcla de odio y terror rayana con el pánico. A juzgar por las apariencias, Holmes estaba totalmente absorto, mientras tanto, en los casos a los que acabo de referirme, pero para mí era obvio que sus energías no estaban totalmente dedicadas a los problemas que ellos presentaban. Uno podría comparar su estado anímico al de un artista que hace una pausa durante la creación de un vasto cuadro épico para pintar un par de retratos —ligeros, directos, y que sólo requieren su soberbia destreza técnica— mientras su espíritu descansa de sus intensos trabajos y se dispone a un nuevo combate. En varias ocasiones trajo a colación el tema del doble asesinato, que evidentemente seguía ocupando sus reflexiones. Así, mis notas revelan que durante el desayuno del viernes 5, después que regresáramos de Dartmoor en el expreso nocturno<sup>[11]</sup>, Holmes levantó los ojos del diario con aire triunfal.

—¡Excelente! Se dirigía a Bermondsey, Watson.

—¿Qué? ¿Quién?

—Catherine Eddowes, alias Kate Kelly, la víctima de la plaza Mitre. Siempre me pregunté por qué no fue a su alojamiento de la calle Fashion cuando la dejaron en libertad. Se la vio tomar por Houndsditch. ¿Por qué?

—¿Tiene alguna importancia, Holmes? —pregunté hurañamente. Suelo estar de mal humor a primera hora de la mañana, y nada me cae peor en ese momento que un interrogatorio sustancial.

—¡Claro que importa! Todo importa en un caso tan difícil como éste. Siempre y cuando, doctor, no posea usted algún conocimiento oculto que le permita determinar qué es decisivo y qué no.

Permanecí en silencio, estudiando la clara de mi huevo.

—Mi teoría provisional —continuó Holmes en su anterior tono discursivo— era que ella se dirigía a la calle Minories para mejorar sus finanzas como mejor pudiera. Pero de acuerdo con su compañero, un tal John Kelly, ella tenía una hija que vivía en Bermondsey con quien había hablado más temprano ese sábado acerca de un préstamo de dinero. Sin duda caminaba hacia allá cuando tropezó con el homicida.

Me sentí obligado a hacer algún comentario.

—Lo que me desconcierta es el apuro del asesino. ¿Por qué no regresó a su guarida y se lavó en lugar de recorrer las calles con las manos ensangrentadas? Parece haber corrido riesgos increíbles sin justificación alguna.

—Tenía la mejor justificación del mundo —exclamó Holmes—. Habían frustrado

su tentativa, ¿ve usted? Ese judío Diemschutz, un vulgar buhonero, había interferido en sus magnos designios. Debía de estar babeante de furia cuando se alejó en busca de una víctima que reemplazara a la anterior. Tenía que demostrar a la policía y al público, y también a sí mismo, que seguía siendo la misma fuerza sobrenatural e impersonal en que lo ha transformado la prensa. Tenía que demostrar de forma contundente que su voluntad no podía ser burlada más de unos cuantos minutos. ¡Cómo debía anhelar el desquite! ¡Cómo debía arder en ansias de venganza! Usted vio los resultados.

Una vez más tuve que maravillarme ante la habilidad de Holmes para penetrar en el corazón del misterio y desenredar la tortuosa madeja del carácter del asesino.

Como antes mencioné, las autoridades habían impreso afiches después de los asesinatos, exhibiendo un facsímil de la carta que Lestrade nos había mostrado junto con una postal del mismo puño y letra que había sido recibida en la *Central News Agency* el día después de los homicidios. Una inscripción solicitaba a cualquier persona que reconociera esa caligrafía que se comunicara con las autoridades policiales. Lestrade dejó una copia del afiche en el 221 B durante una visita relacionada con el caso St. Simon. Aún la tengo, más de cuarenta años después. La carta ya la he consignado. La postal, que estaba embadurnada de sangre, decía lo siguiente:

No estaba bromeando jefecito cuando le pasé el dato, mañana tendrá noticias del trabajo del gran Jacky, esta vez por partida doble, la número uno chilló un poco, no pude terminar la faena no tuve tiempo para conseguirle las orejas a la policía. Gracias por conservar la última carta hasta que me puse en campaña.

Jack el Destripador

Holmes manoteó el cuchillo que aplastaba su correspondencia sin contestar sobre la repisa de la chimenea y luego lo clavó con furia en la madera.

—¡«Jefecito»! —barbotó—. ¡«Gran Jacky»! ¡Qué lenguaje repulsivo! ¡Y qué perversión aborrecible subyace en todo esto! Le aseguro, Watson, que me vienen náuseas sólo de pensar en este individuo. Preferiría enfrentarme a un ejército de Grimesby Roylott antes que pasar otro instante en la compañía intelectual de esta calamidad.

Se me ocurrió que la referencia del asesino a su intento de cortar las orejas de la mujer sugería un paralelo con el caso Cushing, pero no dije nada. En su actual estado de ánimo, Holmes probablemente me habría replicado con algún sarcasmo contundente, insinuando que al menos yo siempre lograba mantener los pies sobre la tierra, tal como en otra oportunidad, si yo hubiera lanzado el mismo exabrupto que él, habría sido muy capaz de invitarme sin contemplaciones a interrumpir las efusiones emocionales y atenerme a los hechos. Vivir con grandes hombres es de por sí un arte menor.

El viernes 12 de octubre Holmes presentó al señor Francis Hay Moulton y señora a lord Robert St. Simon, poniendo punto final a su investigación de lo que A.C.D. llamaría «La Aventura del Solterón Aristocrático». En la semana siguiente vi muy poco a mi amigo. Después de uno o dos días de sufrir reprimendas cada vez que entraba en el cuarto, para luego escuchar alabanzas a las bondades del aire otoñal y referencias a cuánto debían de extrañarme mis compañeros del club, me di por aludido y dejé a Holmes librado a sus propios recursos. Resultaron ser extremadamente singulares. Mis encuentros con Holmes fueron pocos y esporádicos, pero cada uno de ellos fue memorable. Una noche volvía yo a casa y lo descubría sentado en el suelo como un Buda, la mirada perdida en la atmósfera impregnada del incienso del tabaco chamuscado, un aroma por cierto nada exótico. Al día siguiente no había rastros de él, pero otra mañana irrumpía cuando estaba desayunando, totalmente ataviado como un depredador de cloacas, con hedor malsano incluido<sup>[12]</sup>. Un día después, yo acababa de salir de la calle George cuando oí lo que sonaba como un loco tocando el violín. Al acercarme al número 221, comprendí que el ruido procedía directamente de nuestra vivienda, donde Holmes hacía rechinar una y otra vez las mismas notas, creando una espantosa cacofonía desprovista de armonía y ritmo. El martes lo encontré de rodillas en el felpudo de la habitación, abriendo el cuerpo de un lechón con un bisturí de su viejo maletín médico, y luego examinando minuciosamente las incisiones con su lente de aumento. La señora Hudson asó el lechón la noche siguiente, pero tuve que cenar solo porque Holmes no había regresado de la salida que había hecho esa mañana caracterizado como oficial del Ejército de Salvación.

Al fin, un sábado por la mañana se le aplacaron los ánimos y la vida volvió a lo que en el 221 B de la calle Baker pasaba por normalidad. Al bajar encontré a mi amigo saboreando la pipa y ojeando los diarios. Murmuré un saludo y toqué la campanilla para pedir el desayuno.

—De manera, querido doctor —exclamó Holmes detrás del *Times*—, que mientras yo me agoto recorriendo Londres en busca de un asesino, ¿usted pasa las noches cenando el bistec de Simpson's y empinando el Beaune de la mejor cosecha?

Lo miré con aire culpable.

—¿Cómo anda el joven Stamford? —preguntó Holmes.

—¿Stamford? Pero... ¡Caramba Holmes! ¡Esto es increíble!

—No, hombre. Elemental. *Primo*: nuestra dueña de casa anoche me informó que usted había telegrafiado del club para comunicarle que no vendría a casa a cenar. *Secondo*: ese trozo de papel que usted dejó anoche en la repisa tiene un domicilio en Pinner y una gran mancha de vino. *Tertio*: las botas de usted están secándose a la vista de todos. Usted conoce bien mis métodos, así que desde luego no necesito explicarle el argumento absurdamente simple que liga estas tres circunstancias a mi conclusión. ¿O no?

—Bien...

—De acuerdo, le explicaré entonces. Cuando un hombre de hábitos tan regulares como usted decide en el último momento cenar fuera de casa, podemos presumir con seguridad que se encontró imprevistamente con un conocido. En este caso también podemos presumir que el encuentro tuvo lugar en el club, pues fue allí donde usted despachó el telegrama. A continuación nos preguntamos: ¿con quién pudo usted encontrarse en el club capaz de inducirlo a prescindir de la inimitable *cuisine* de la señora Hudson? Comprobará de inmediato que la respuesta sólo puede ser el joven Stamford. Usted nunca deja de quejarse acerca de la inexpressible monotonía de los otros miembros del club, y el mes pasado deploraba el hecho de que las visitas de Stamford a la institución ahora serían infrecuentes y muy esporádicas, pues acababa de instalarse como médico en Middlesex. Nada más probable, pues, que él viniera a pasar el fin de semana a la ciudad y ambos hubieran resuelto cenar en Simpson's, donde usted tomó nota del nuevo domicilio de su amigo. Temo que la explicación es tan tediosa como innecesaria.

Para entonces yo me había recobrado lo suficiente como para desempeñar mi papel.

—Pero ¿cómo sabe que fuimos a Simpson's?

Holmes sonrió con indulgencia.

—Por sus botas. Y por esa regularidad de hábitos a que antes aludí. ¡Queridísimo amigo, la volubilidad no es uno de sus defectos! Usted no tiene más que un diario, un club, un partido político, un tabaco y un sastre. Si necesita ir a un restaurante, sólo tiene uno, y es Simpson's. Mi convicción al respecto simplemente está corroborada porque sus botas muestran el rastro inequívoco de ese interesante barro arcilloso que ahora abunda en el Strand a causa de las reparaciones camineras y ocasiona molestias a los peatones.

—De acuerdo, Holmes. ¿Pero el vino? ¿Está diciéndome que puede discernir una marca de otra con sólo estudiar la mancha?

—No me cabe duda de que sería posible, pero no emprendí ninguna investigación al respecto. El delincuente británico no es tan buen bebedor como para compensar las molestias. Pero sería una locura pedir otra cosa que bistec en Simpson's y sé que la regla de oro gastronómica de usted es «Un buen bistec, Beaune con el bistec».

—Asombroso —musité—, y maravilloso.

Pero en realidad temblaba de alivio. Era cierto que la noche anterior había cenado fuera, pero no con Stamford. Mi compañía había sido Mary Morstan. Nuestro compromiso era una cuestión bastante ardua. Al margen de tediosos problemas económicos en los que no vale la pena demorarse, mi posición era prácticamente la de un hombre con dos hogares. Es verdad que Holmes había renunciado a la actitud de extremo disgusto que había adoptado al enterarse de mi propósito de contraer matrimonio. Pero nunca hablábamos del asunto; más aún, el nombre de Mary jamás se mencionó. Parecía existir el acuerdo tácito de que todo lo relacionado con mi boda simplemente sería ignorado en el 221 B de la calle Baker, y que sólo ateniéndome a

este pacto seguiría siendo *persona grata* en ese lugar. De manera que cuando Mary y yo deseábamos encontrarnos, tenía que escabullirme sigilosamente. El viernes en cuestión, cansado de visitarla en Camberwell, había invitado a Mary y a su amiga, la señora Forrester, a cenar conmigo, y sólo cuando estaba sorbiendo un B & S en el club, como aperitivo, caí en la cuenta de que había olvidado informar a la señora Hudson de mis intenciones. Una vez que envié el telegrama caminé a lo largo del Strand hasta el teatro Lyceum, en cuyo pórtico Mary y yo solíamos citarnos, por razones sentimentales<sup>[13]</sup>. Los tres nos dirigimos luego a un lugar pequeño y acogedor en Mayfair, recomendación de la señora Forrester. El vino era Chianti y el domicilio era el de la tía de la señorita Morstan, con quien ella iba a pasar el fin de semana.

Tras referir uno de los infrecuentes errores de Holmes, debería añadir que estos ejercicios no eran para él más que un juego de salón. Conocía a la perfección los puntos débiles de una inferencia falta de sustento, y en cualquier asunto de importancia sólo recurría a ella como un arma más de su formidable arsenal intelectual.

Reanudadas las relaciones normales, Holmes procedió a abrumarme con esa mezcla de observaciones irónicas, recriminaciones amables y dictámenes paternos que formaban parte de su conversación. Evidentemente estaba de buen ánimo, y supuse que esto indicaba algún éxito en sus investigaciones. En todo caso sabía que me lo revelaría en el momento oportuno, y no intenté interrogarlo. Después del desayuno me acerqué al hogar a encender un cigarrillo. Al soplar el fósforo oí gruñir a Holmes. Lo miré por el espejo. Estaba de pie frente a la ventana, mirando hacia afuera. Su figura se perfilaba alta y oscura contra la luz del sol que inundaba el cuarto.

—¿Qué ocurre Holmes? ¿Qué le pasa?

Giró sobre los talones volviéndose hacia mí. Con un estremecimiento de horror, noté que tenía los rasgos tensos y cenicientos. Me volví para observarlo, profundamente perturbado por esta crisis repentina.

—¡Holmes!

Parecía absolutamente desesperado. Habló con bastante firmeza, aunque noté que le costaba un gran esfuerzo.

—¿Puede disponer de una hora o más en este preciso instante, Watson?

—Naturalmente, pero...

—Entonces tome su sombrero y su abrigo.

Minutos más tarde caminábamos a grandes zancadas por la calle Baker y nos internábamos en York Place. Lo que afectó de forma tan dramática a mi amigo era presumiblemente algo que había visto en la calle, pero la escena circundante no presentaba a mis ojos un aspecto siniestro o inusitado. Holmes caminaba rectamente, como si tuviera anteojeras. En la esquina de Marylebone Road esta actitud hizo que un peatón lo llevara por delante, haciéndole caer el bastón. Cuando Holmes se agachó

a recogerlo, oí con verdadero asombro que soltaba un juramento.

—¡Caramba, Holmes! ¿Qué le...?

—¡Ni una palabra, Watson! ¡Si me estima usted, sígame!

Y diciendo esto se precipitó a la calle y llamó a un coche de alquiler.

—Estación Paddington, cochero, y aquí tengo una guinea para usted si llegamos en cinco minutos.

Debidamente impresionado, el cochero hizo chasquear el látigo y arrancamos de golpe. Pronto nos internamos en el populoso tránsito de la avenida. Pero en cuanto llegamos a Edgware Road, Holmes subió de un brinco al escotillón.

—¡Cochero! ¡Mi amigo estaba en un error! ¡La estación era Euston! ¡Duplicaré la guinea si llegamos a tiempo!

El cabriolé viró ágilmente frente a los vehículos que se acercaban, y un instante después desandábamos el camino por donde habíamos venido. Pero si yo pensaba que el repertorio de sorpresas de Holmes acababa de agotarse, estaba en un triste error. Habíamos recorrido más de la mitad del trayecto cuando un embotellamiento de tránsito detuvo al cabriolé. Al grito de «¡Sígame, Watson!». Holmes saltó al empedrado. Ignorando las protestas del cochero, corrí tras él, y tras salvarme de morir aplastado bajo un carretón de cerveza dejé la calle justo a tiempo para ver cómo mi amigo desaparecía en la estación ferroviaria de Portland Road<sup>[14]</sup>. Al cabo de treinta y cinco minutos de mal olor y bullicio bajo tierra, salimos de nuevo a la luz del día en el Embankment. Holmes me conducía ahora a paso firme por un laberinto de pasajes y callejones. Entramos en un hotel prestigioso por la puerta principal y salimos por la cocina, para proceder después a la inversa en un club militar igualmente famoso. Tras una prolongada serie de idas y vueltas, desembocamos finalmente en la bucólica serenidad del parque de St. James.

Si Holmes deseaba calmarse un poco y recobrar la compostura, no pudo elegir un lugar más apropiado. El parque de St. James es sin duda el sitio más tranquilizador de la tierra para un inglés. Sentándose allí, uno se encuentra en lo que parece nada menos que un jardín de la infancia, aunque mayor y mejor, rodeado por patos y árboles y calmos paseos, circundado por los macizos edificios que se alinean a lo largo de Whitehall y el Mall, contemplando con serenidad ese gran edificio al oeste desde donde la madre del Imperio vigila los actos de su dispersa familia.

—Es usted un hombre de carácter, Watson, y un verdadero soldado —dijo finalmente Holmes—. Nada es tan valioso como un amigo dispuesto a seguirlo a uno sin preguntar por qué. Advirtió usted, sin duda, que nos estaban siguiendo.

—Eso pensé. Pero ¿quién?

—¿No lo imagina?

—Por cierto que no.

—Su seudónimo profesional, como él mismo dice, es Jack el Destripador.

—¡Holmes!

Quedé pasmado. Cien preguntas se me agolparon en la mente, exigiendo

respuestas. ¿Cómo había hecho Holmes para identificar al asesino? ¿Quién era? ¿Por qué no había informado a la policía? ¿Con qué turbio propósito nos seguía por Londres?

—¿Entonces usted lo vio por la ventana?

—Exactamente.

—¿Pero dónde estaba, Holmes?

—¿Notó usted que una de las casas casi enfrentadas a nuestra vivienda estuvo desocupada durante un tiempo? Él estaba allí, en la ventana del primer piso. Casualmente eché un vistazo, y me topé justo con el hombre en quien más pensaba en ese momento. Fue, como imaginaré, una ingrata sorpresa. ¡Estaba observándonos, Watson! Debe saber que le estoy siguiendo el rastro. Es un serio inconveniente. Yo esperaba contar con la ventaja de conocer sin ser conocido. Sin duda era una esperanza vana con un individuo semejante. Pero de ahora en adelante tendré que andar con mucho cuidado. Nos enfrentamos a uno de los tres criminales más peligrosos de Europa.

—Pero ¿quién es? —estallé con impaciencia—. ¿Quién es Jack el Destripador?

Holmes guardó silencio un momento. Luego me clavó los ojos.

—¿Tal vez nunca oyó hablar del profesor Moriarty?

—Nunca.

—¡Allí reside el genio y la maravilla del asunto! —rió con amargura—. El hombre domina Londres y nadie oyó hablar de él. Eso es lo que le coloca en la cúspide de las crónicas criminales. En esos anales, la eminencia no se mide por la fama, sino por el anonimato. La notoriedad es un signo cabal de incompetencia, es un detalle que tanto el público como la prensa suelen pasar por alto. Mencione usted a grandes criminales y piensan en hombres como Palmer y Peace<sup>[15]</sup>. Pero a Palmer y Peace los colgaron. El criminal verdaderamente grande pasa desapercibido. Sus actos flotan libremente, desprendidos del autor, como hechos naturales. El crimen perfecto existe, Watson, pero una característica imprescindible de su perfección es que ignoremos quién lo cometió. De lo contrario, reconoceríamos detrás de muchos crímenes perfectos la mano del perfecto criminal... ¡el profesor Moriarty!

—¿Y cuáles fueron sus delitos?

—Su carrera ha sido extraordinaria. Es de buena cuna y tiene una educación excelente, y la naturaleza lo ha dotado con una extraordinaria habilidad matemática. A los veintiún años escribió un tratado acerca del binomio de Newton que ha tenido una gran difusión en Europa. Gracias a ese trabajo ganó la jefatura del Departamento de Matemáticas de una de nuestras universidades menores, y aparentemente le aguarda un futuro brillante. Luego renunció abruptamente a su puesto y se ocultó en un anonimato cuidadosamente cultivado.

Holmes hizo una pausa, como para moldear sus pensamientos en forma adecuadamente convincente. Esperé en silencio, sabiendo que de nada valía insistir.

—Desde hace algunos años —comenzó— he notado la presencia de un poder

detrás de los delincuentes comunes, una compleja inteligencia organizadora. Se manifestaba de diversas formas, la mayoría aparentemente insignificantes, pero que en conjunto formaban un cuadro notable. Uno de pronto se topaba con una pandilla de vulgares facinerosos ejecutando un robo que nunca podrían haber planeado. Un asesino convicto, a pocas horas del verdugo, se niega obstinadamente a dar una información que comprometería a otros, y su viuda, más tarde, recibe una gran suma de dinero de un benefactor anónimo. Otro criminal es inducido a «cantar» y toda la pandilla es capturada; nadie escapa a la redada, pero el delator sin embargo aparece días después flotando en el Támesis. En cuanto advertí lo que ocurría, y entendí el significado, consagré todas mis energías a la tentativa de identificar y entregar a la justicia al misterioso agente que actuaba detrás de estos efectos diversos. Sólo entonces atiné a valorar la habilidad con que el responsable había urdido la trama. Es una obra maestra de duplicidad, Watson. El hombre ha creado un mundo pesadillesco paralelo al nuestro, pero donde los caminos no conducen a ninguna parte, las palabras no significan nada y nadie es lo que aparenta. A pesar de mis esfuerzos, no podía reunir pruebas para condenar al profesor ante un tribunal. Usted conoce mis facultades intelectuales, pero en este hombre tuve que admitir a un igual. Mi horror ante sus crímenes era disipado por mi admiración ante su sagacidad.

»Luego, dos meses atrás, la situación cambió de nuevo. Tan abruptamente como se había retirado del mundo académico, Moriarty se retiró del bajo mundo londinense. Desde luego usted sabe que nadie conoce ese mundo como yo, y a principios de agosto advertí una gran ausencia. La mano rectora había desaparecido, y la máquina que había construido estaba derrumbándose. Moriarty había concluido sus operaciones perdiéndose de vista una vez más. Su casa estaba vacía; sus cómplices dispersos; el caos y la noche se abatieron de nuevo sobre el escenario delictivo. Yo estaba perplejo. Nada en la nefasta carrera del profesor me intrigaba tanto como esta renuncia en la cúspide del éxito, sin que ni siquiera yo pudiera amenazarlo. Parecía absolutamente inexplicable. Aquí en Londres contaba con las piezas más valiosas del mundo. «¡Qué sitio para saquear!» dijo el prusiano<sup>[16]</sup>, y Moriarty había tomado la frase al pie de la letra. Ningún otro lugar podía ofrecerle más. ¿Qué había pasado con él, entonces?

—Supongo que habría decidido tomarse unas vacaciones. Agosto es el mes tradicional, al fin y al cabo.

Holmes me miró fijamente un instante.

—Watson —dijo en voz baja—, usted nunca deja de sorprenderme. Nunca.

Se me iluminó la cara ante ese elogio imprevisto. Holmes miró a todas partes antes de continuar, pero el parque estaba desierto.

—Como estaba diciendo, la ausencia de Moriarty me tenía perplejo. Luego aparecieron estos asesinatos, y tuve otras cosas en que pensar. Sólo recientemente empecé a considerar la posibilidad de que los dos misterios estuvieran relacionados.

Estimulado por mi acierto anterior, hablé de nuevo.

—Pero sin duda era obvio, Holmes. Moriarty desapareció en agosto... el mismo mes en que se iniciaron estos terribles asesinatos. Yo habría pensado que...

—¡No, Watson, no era obvio! —El tono de Holmes era severamente reprobatorio—. Moriarty, como tal vez usted me oyó decir, era meramente un organizador. Era, por así decirlo, el Napoleón del crimen. Uno no imagina a Napoleón dejando los mapas y el antejo de campaña para ir al frente empuñando un sable. Moriarty es un hombre que actuaba indirectamente para conquistar poder y riquezas. El asesino de Whitechapel actúa de la forma más directa imaginable, pero sin ningún propósito aparente. Los dos casos no pueden ser más contrastados.

—Pero ¿por qué...? Es decir, ¿cómo...?

—¿Ahora no es tan obvio, eh, Watson? Sin embargo, creo que podemos hacernos una idea bastante precisa de lo que indujo a este Bonaparte a convertirse en destripador. Consideremos su carrera universitaria. Allí también se encontraba en una posición encumbrada donde gozaba de un éxito absoluto e indisputable. Por cierto, circularon varios rumores dudosos en el momento de su renuncia, pero he logrado demostrar que fueron iniciados por el mismo profesor, como pantalla de humo para cubrirle la retirada. Nos vemos forzados a concluir que hay algo en el carácter de Moriarty que rechaza los éxitos absolutos e indisputables. Hay algo en su temperamento que apetece el desafío como otros hombres apetece las drogas. En cuanto domina un oficio lo abandona con repulsión. Su libro *Dinámica de un asteroide* era tan abstruso que no se encontró a nadie capaz de emitir una opinión competente sobre él. Por tanto, Moriarty se volcó al crimen. Pero también aquí pronto demostró estar *hors concours*. Ni siquiera yo, el perseguidor de criminales más eminente de Europa, pude vencerlo. De manera que volvió a cambiar de rumbo. Pero esta vez fue a lo seguro. Eligió el oficio más peligroso de todos... ¡el de asesino!

—¿Está diciéndome que esa bestia mata sólo para divertirse? —exclamé horrorizado—. ¿Que asesina y mutila sólo para disipar su *ennui*?

—¡En parte, sí! Sin duda al cometer estos crímenes aborrecibles ha pensado ante todo, creo yo, en producir un conjunto de circunstancias que él no puede estabilizar, una situación de peligro personal que se agudiza constantemente. Al principio no corría riesgos. Bien podría haber sido el director de una sociedad limitada. Ocurriera lo que ocurriera, Moriarty era intocable. Pero estos asesinatos son otra cosa. La opinión pública está exaltada, y cada vez que el homicida acomete su tarea la senda está sembrada de mayores peligros. Pero eso no es todo. En primer lugar, es evidente que Moriarty ha decidido hacer de estos asesinatos una ocasión para batirse en un duelo a muerte conmigo.

—¡Con usted!

—Sí, Watson, es conmigo con quien quiere enfrentarse. De eso no hay duda alguna. El hombre quiere ponerse a prueba. Lestrade y sus polizontes obviamente no sirven en este propósito. Un hombre como Moriarty podría asesinar a toda la población femenina de Londres si el único obstáculo fuera la policía. ¡Pero yo me

interpuse en el camino, Watson! Soy un estorbo. Ha sentido mi presencia. Un hombre inferior se habría intimidado, pero no el profesor Moriarty. Me ha tirado el guante, y de ahora en adelante nos enfrentaremos cara a cara. Es un combate del que sólo uno de los dos puede salir con vida.

—Entonces esas mujeres que mata...

—¡Bah! Para él no significan más que fichas en el tablero. Las usa como usa a todos los que entran en contacto con él. Antes utilizaba asesinos vivos, ahora ramerías muertas. Para Moriarty no existe ninguna diferencia. Sólo le preocupa llevar a cabo su siniestro designio.

—¿Designio?

Holmes asintió sombríamente.

—Dije que estos asesinatos ocultan algo más que la mera búsqueda de un estímulo. Derrotarme es parte de sus planes, pero temo que va aún más lejos. Lo que se propone es el derrumbe de la civilización tal como la conocemos.

—¡Ese hombre está loco!

—Ojalá. Pero está tan cuerdo como yo, y con las mismas capacidades.

Sacudí la cabeza enfáticamente.

—No puedo creerlo, Holmes. Vi lo que le hizo a esa mujer en Aldgate. El que empuñó ese cuchillo no pudo ser un hombre en su sano juicio. Y ahora me dice usted que él sueña con derrumbar la civilización. ¿Qué es eso sino el desvarío de un maniaco?

Holmes escuchó mi protesta riendo desganadamente.

—¡Ojalá Moriarty pudiera oírlo! Lo haría usted muy feliz, pues piensa exactamente lo que él quiere que la gente piense. ¡Con qué brillantez ha logrado que todo el mundo crea que está loco! ¡Con qué arte consumado moldea la *vox populi*! Nadie sabe mejor que él el valor emocional de las ligas y las faldas. Es una combinación irresistible para los británicos.

—Pero destripar el cuerpo de una mujer...

—¡Sentimentalismo, querido Watson! ¡El más puro y elemental sentimentalismo! ¿Cuántas veces ha trabajado usted en la mesa de disección, los brazos bañados en sangre y...?

—¡Por favor, Holmes! Es totalmente diferente.

—¿En qué?, dígame usted. Los cadáveres de él estaban tan muertos como los de usted. ¿Sólo es cuerdo mutilarlos dentro de los muros de un hospital?

—¡Un mero sofisma, Holmes! —exclamé—. Cuando un médico realiza una disección lo hace por una razón encomiable, para ampliar el conocimiento humano. Pero este monstruo no tiene más razones que sus tortuosos deseos. En eso reside su falta de cordura.

—¿Y usted me acusa de sofista? Querido Watson, temo que atenta contra la lógica. Su argumento, como la O de Giotto, es notable por la perfección de su circularidad. Usted niega que nuestro hombre persiga algún propósito serio, pues sus

actos son los de un maniaco. Cuando le pregunto por qué son típicos de un maniático, me responde que por su falta de propósito. No ha demostrado nada salvo la tenacidad de las ideas recibidas por usted... respecto de lo cual, con toda franqueza, nunca tuve la más mínima duda.

—Entonces ¿cuál es el propósito de ese hombre?

—Crear el caos. Favorecer el mal.

—¡Pero antes era mucho más dañino! —exclamé—. Usted dice que dominaba por sí solo los bajos fondos. ¿Qué más podía desear? No podía llegar más lejos.

—Puede destruir la misma fibra de la civilización —replicó Holmes con gravedad—. Antes era un pilar de la sociedad, tanto como un líder de la industria o un magnate financiero. Nadie tiene mayor interés en la preservación del *status quo* que el criminal común, pues de ello depende su supervivencia. Cuando Moriarty era general del hampa, no tenía más interés en fomentar la anarquía que el señor Gladstone. Claro que sus agentes asaltaban, chantajeaban e intimidaban; incluso asesinaban de vez en cuando... pero ¿con qué fin? Unos pocos individuos sufrían y Moriarty se volvía rico. Para un hombre dado a la abstracción como el profesor tiene que haber estado muy claro que pese a todo su genio no era más que un criminal vulgar agigantado. Ahora su deseo no es magnificar la mediocridad, sino transformarse en el mismísimo instrumento del mal. ¡El mal no puede sujetarse a motivos y significaciones! Simplemente ataca a voluntad, y una mujer yace mutilada en el empedrado de Londres. Moriarty ya ha creado un reinado de terror sin parangón en este siglo. A menos que yo lo detenga, el cáncer que ha introducido en Whitechapel proliferará y crecerá hasta que las gentes no se atrevan a salir con la oscuridad y permanezcan acurrucadas alrededor del fuego, sobresaltándose al menor ruido. ¡Le aseguro, Watson, que ese hombre se propone reiniciar la Edad Oscura! ¿Qué posibilita que millones de personas vivan juntas en una ciudad como Londres? ¡La confianza! Destruya usted esa confianza y la vida moderna se vuelve imposible, nuestra gran ciudad abierta se transforma en un campamento de forasteros armados.

Se interrumpió y miró el suelo. Cuando levantó la frente, tenía los ojos inflamados por una feroz determinación.

—Bien, me ha desafiado. Acepto el desafío.

Se calló de golpe. Fijaba la mirada en el sendero por donde habíamos entrado en el parque. Yo no veía nada de interés, salvo un viejo vagabundo que examinaba el borde del lago en busca de las migajas de pan que no habían comido las aves.

—Vamos, Watson, está refrescando —la voz de Holmes había pasado de un tono discursivo a una elevada tensión—. Me iré por unos días —anunció mientras atravesábamos el puente del lago—. Si alguien pregunta por mí, diga que salí del país. En cuanto a usted, viejo compañero, cuídese. Nos enfrentamos a un sujeto que ya ha asesinado a cinco mujeres con inaudita sangre fría. Nos conviene estar constantemente en guardia.

No perdí la compostura. Fueran cuales fuesen los peligros, a nadie amenazaban

tanto como al mismo Holmes, y yo estaba resuelto a no dejarlo solo frente a ellos. Me ofrecí a acompañarlo. Se negó cortésmente. Insistí. Cuanto mayores eran los riesgos que debía correr, más razones había para que yo los corriera con él.

—A menudo usted agradeció mi colaboración en el pasado, Holmes. Si este hombre es el genio del mal que usted me describe, sería una insensatez enfrentarse a él solo.

—Sé que tiene buenas intenciones, Watson, pero este asunto no requiere la tenacidad de un bulldog sino un cerebro rápido y piernas ágiles. Usted carece de ellos. Por favor, llame a ese carruaje y ordénele que se detenga frente a este portón.

Las palabras de mi amigo me hirieron profundamente. Que pudiera hablarme de ese modo era una prueba elocuente de la tensión implacable que lo dominaba. En mi corazón le perdoné, pero accedí a su pedido fría y calladamente. Cuando el carruaje se detuvo, Holmes me alcanzó un papel donde había garrapateado una dirección.

—Entréguesela al cochero, por favor. Y dígame que se apure.

Comuniqué la orden al cochero y le entregué el papel. Luego seguí a Holmes dentro del coche. Para mi asombro, encontré el vehículo totalmente vacío. Miré desde la ventanilla mientras nos alejábamos, pero la calle estaba desierta, salvo por el viejo vagabundo que rondaba el portón. Un momento de reflexión me persuadió de que Holmes debía de haber entrado por una portezuela para salir de inmediato por la otra, utilizando el vehículo como pantalla para escabullirse hasta una calle lateral. No pude menos que desear que la estratagema le diera resultado.

La dirección a donde debía ir el cochero resultó ser el 221 de la calle Baker, y fue allí donde pasé los cuatro días siguientes, solo, sin ocupaciones, y cada vez más atenazado por sombríos presentimientos. Ignoraba qué estaba haciendo Holmes, o dónde se encontraba, y al no recibir noticias inevitablemente empecé a temer lo peor. Cada mañana me apresuraba a abrir el diario, y aunque no encontraba nada que confirmara mis temores, tampoco lograba mitigarlos. Sin duda Holmes era muy capaz de defenderse en un enfrentamiento real, pero Moriarty no parecía el tipo de individuo demasiado escrupuloso con los métodos que empleaba.

Finalmente, mientras los días transcurrían con penosa lentitud, decidí que si Holmes no había aparecido ese fin de semana llamaría a Lestrade y le expondría los hechos. Así, cuando Lestrade en persona se presentó en la calle Baker el jueves por la mañana, sólo se me ocurrió que venía a comunicarme que una tragedia terrible se había abatido sobre Holmes. Su aspecto era extrañamente grave, como corresponde al portador de malas noticias. Le salí al encuentro en el rellano de las escaleras.

—¿Qué ocurrió? —grité con vehemencia—. ¡Adelante, dígame lo peor! —Lestrade, tomado por sorpresa, perdió el equilibrio. Le aferré la manga mientras él manoteaba la barandilla—. ¡No me oculte nada! ¿Qué ha sucedido? ¡Tengo que saberlo!

El inspector recobró el equilibrio con dificultad.

—No debió hacer eso, doctor —dijo lentamente—. Si me hubiera resbalado y me

hubiera partido el cuello, usted se habría metido en un brete. Especialmente después de que encontrarán esto en mi bolsillo.

Me pasó un sobre rugoso. Estaba dirigido a mí por intermedio de Scotland Yard. Había algo extrañamente familiar en la letra. Dentro había una carta garabateada en el papel más barato. Decía:

Jefecito:

Supongo que debe darle ataques no saber nunca dónde apareceré la próxima vez ¿por qué no consulta un buen médico?

Suyo para siempre

El bueno de Jack

En cuanto leí la firma supe dónde había visto esa letra. ¡Era idéntica a la de la carta y la postal firmada por el maniaco asesino de la Eddowes y la Stride!

—Es otro mensaje del asesino.

El detective asintió.

—Y usted ha venido a consultar a Holmes —continué, sintiéndome algo ridículo después de mi comportamiento histriónico—. ¡Por supuesto! Pero temo que le decepcionaré. Él no está aquí.

—No, doctor. No vine a ver al señor Sherlock Holmes. Vine a verlo a usted.

—¿A mí? ¿Para qué?

Lestrade extrajo una pequeña tarjeta de la billetera.

—Esto venía con la carta que usted acaba de leer.

Le arrebaté la tarjeta y se me cortó la respiración. Si el objeto se me hubiera transformado en una paloma, no me habría sorprendido más. ¡Manchada de sangre, pero aún legible, sostenía en la mano una de mis propias tarjetas de visita!

Lestrade me miraba inexpresivamente.

—Pero... ¡Es una de mis tarjetas! —balbuceé.

—Sí, señor. Pudimos darnos cuenta, incluso sin la colaboración del señor Sherlock Holmes. Lo que me interesa es averiguar cómo una tarjeta de usted, señor Watson, totalmente manchada de sangre, fue enviada junto con una carta escrita, como usted mismo acaba de admitir, por el asesino de Whitechapel.

Enmudecido por el desconcierto, miré al policía. Hacía casi dos años que no veía una de esas tarjetas. Las había hecho imprimir antes de que mi relación con Holmes hubiera vuelto tan imposible como innecesaria una vida social independiente. Por suerte, la llegada de un agente con un mensaje para el detective me rescató de esa situación embarazosa. Lestrade lo leyó, luego miró al hombre de soslayo.

—Espere aquí —le ordenó. Luego, volviéndose a mí—: ¿Le molestaría que eche un vistazo al cuarto del señor Holmes, doctor?

—¿Al cuarto de Holmes? ¿Para qué?

Me pasó el mensaje que acababa de recibir. Lo leí:

Encontrará lo que precisa en la repisa de la chimenea del cuarto de Holmes. No permita que el doctor Watson abandone el edificio. Manténgalo bajo custodia.

Abberline<sup>[17]</sup>

—Desde luego, no puedo obligarle a mostrarme la habitación sin una orden de registro —continuó Lestrade dócilmente—, pero estoy seguro de que usted, un ciudadano respetuoso de la ley, no se opondrá a que yo eche un vistazo.

Me sentí como atrapado en un sueño estrambótico del que no podía despertar. Pero accedí con un murmullo, y después de entrar atravesamos el pasillo que conducía al cuarto de Holmes. Lestrade observó los retratos de criminales famosos que cubrían todas las paredes. Luego se acercó al hogar. La repisa estaba atestada con una mezcla de cartuchos de revólver, cuchillos, restos de tabaco, sellos de correo, monedas raras y cosas por el estilo. Pero había un objeto que se destacaba entre todos los demás. Era una redoma medicinal, y estaba llena hasta el borde de un líquido rojo y oscuro. Lestrade soltó un silbido.

—¡Sangre! —exclamó.

—¿Sangre? —repetí.

—Oporto —dijo una voz desde la puerta. Nos volvimos para enfrentarnos a la mirada burlona de Sherlock Holmes—. No se dejen confundir por el recipiente —prosiguió—. Es un Quinta Noval del 53, y muy sabroso, por cierto. Yo mismo lo destilé el otro día. ¡Pero no confíen en mi palabra! En el cuarto hay copas, y un fuego encendido. ¿Pasamos?

Para un observador desinteresado, Lestrade y yo habríamos presentado un espectáculo cómico mientras abandonábamos dócilmente el cuarto de Holmes. Pero ese observador no existía, como Lestrade observó enseguida.

—¡Mi agente! ¿Dónde está?

Holmes recogió un abrigo, una peluca y una barba del sofá.

—¡Aquí lo tiene!

—¡Usted!

Holmes se inclinó.

—Entonces la nota que traía era...

—Falsa.

—¿Y la carta, con la letra del asesino?

—También.

—Pero la letra...

—¡Bah! Una pobre imitación. Sólo las «p» debieron bastar para alertarlo a usted.

—¿Y mi tarjeta? —pregunté.

—Robada.

—Pero la sangre...

—Bovina. Riñón de ternera de la mejor calidad, en venta en cualquier buena carnicería.

Nos alcanzó una copa de Oporto a cada uno. Lestrade vació la suya como si fuera un remedio.

—¿Así que esto es lo que usted llama colaborar con la policía, verdad? Enviarnos tras una pista falsa cuando estamos al filo de la crispación por tratar de capturar a un maniaco homicida. ¡Debería avergonzarse de hacerme perder tiempo con bromas pueriles! Tenga en cuenta que no niego que su disfraz era muy convincente. Usted debió ser actor, señor Holmes. Lo he dicho antes...

—Y lo dirá de nuevo —interrumpió Holmes, llenando su pipa sin apresuramiento.

—¡Sin duda, señor! Sin duda. Pero el teatro es una cosa y la vida real otra. Si usted estuviera en el escenario ahora mismo le pediría un bis. Pero en estas circunstancias, no me faltan ganas de arrestarlo por hacerse pasar por policía.

—¡Pero jamás se me ocurriría hacerme pasar por policía, Lestrade! Eso se lo dejo a usted. No, simplemente deseaba traerlo aquí, y este recurso me pareció tan bueno como cualquier otro. Además, no hice más que ponerme a tono con el caso. ¿Nunca ha pensado que en todo este asunto de Whitechapel hay un rasgo inequívocamente teatral? ¿No? Bien, no importa. ¡Dejemos de lado el teatro! Escuchemos al apologista de la vida real. ¿Qué progresos ha realizado desde la última vez que nos vimos?

Lestrade extrajo un cigarrillo barato y lo encendió.

—Nuestra investigación está siguiendo varios cursos, demasiados para enumerarlos todos. Yo mismo he avanzado en varias direcciones al mismo tiempo, pero aunque hemos dado grandes pasos, aún no estamos en posición de tomar ninguna medida definitiva...

—Sea breve, Lestrade. ¿Tiene ahora más posibilidades de capturar a este asesino que hace exactamente un mes?

—No es tan simple como parece pensar, señor Holmes. Roma no se...

—¿Ha hecho usted algún progreso en un mes, Lestrade? ¿Sí o no?

—Hemos logrado descartar a algunos de los...

—¿Sí o no?

Lestrade chupó el cigarro con fuerza.

—No. Pero tenemos esperanza de...

—Desde luego, Lestrade, desde luego. La esperanza es lo último que se pierde. Pero temo que la paciencia del público británico, aunque grande, no es infinita. Otro par de muertes como la última vez y creo que usted deberá considerar seriamente las posibilidades de una carrera en la Policía Montada del Noroeste<sup>[18]</sup>.

El detective recibió el comentario con una expresión consternada que sugería que la idea no le era del todo novedosa.

—Se nos ha criticado bastante, no lo puedo negar. Todos los ciudadanos del país, desde el súbdito más humilde hasta Su Majestad misma, parecen creer que se las arreglarían mucho mejor que nosotros. Lo cierto, señor Holmes, es que se nos ha transformado en los chivos expiatorios de los pecados de este país. Han dejado que Sodoma y Gomorra florezcan en las verdes y apacibles comarcas de Inglaterra sin

prestarle la menor atención. ¡Y en cuanto ocurre algo así, nosotros somos los culpables!

—¡Aja! —exclamó Holmes—. Siempre creí detectar los rasgos de una educación disidente<sup>[19]</sup> en el carácter de usted, Lestrade. ¡Pero debe andar con cuidado! Las personas que andan por ahí comparando Whitechapel con las ciudades de la llanura, y clamando que sus habitantes han sido maldecidos por el Señor, hoy día corren el riesgo de transformarse inmediatamente en sospechosos. ¿Cómo decía él? «Me propongo terminar con las rameras y no dejaré de despanzurrarlas hasta que me engrillen».

Lestrade exhaló una nube de humo rancio.

—Yo no me propongo terminar con las rameras, señor Holmes. Son una mercancía como cualquier otra. Pero no hay duda de que este asesino puede obrar así sólo porque este comercio, y otros peores, están a la orden del día en Whitechapel. ¡Todo el distrito es un paraíso criminal! Nadie sabe nada, a nadie le interesa saber nada, y si supieran algo lo callarían. Burlar a la policía es allí una cuestión de honor. El deporte favorito de esa gente es emborracharse y tumbar a un policía. ¿Cómo quiere que hagamos algo? Con toda franqueza, creo que nos queda una sola manera de capturar a ese hombre, siempre que tengamos la suerte de sorprenderlo en el momento mismo del crimen.

Estas últimas palabras sonaron desafiantes, y sin duda Lestrade esperaba una réplica sarcástica. Obviamente, no dejó de sorprenderle que su viejo antagonista estuviera de acuerdo con él.

—Es la primera opinión sensata que oigo a un policía desde que empezaron estos asesinatos. Después de tantas patrañas acerca de atar cabos e investigar pistas y acorralar sospechosos y elaborar teorías, es un verdadero estímulo saber que por fin alguien adopta una actitud realista. Como dice usted, existe una sola manera de capturar a este hombre, y es sorprenderlo in fraganti. ¿Más Oporto?

—Esta vez con un chorro de soda, por favor. Me alegra que por una vez estemos de acuerdo, señor Holmes. Es lamentable que no podamos hacer nada. ¿Quién puede decir cuándo o cómo dará el próximo golpe?

Holmes se acercó al gabinete. Sirvió Oporto para él y para mí, y a Lestrade le preparó un *brandy* con soda.

—Yo —repuso mientras traía las bebidas. Lestrade rió cortésmente.

—¡Vamos! Todos admitimos que usted es un hombre muy listo, señor Holmes, y a veces puede discernir cosas que a otros les cuesta advertir. ¡Pero ahora va demasiado lejos! ¿Cómo puede saber cuál será el próximo paso de este maniaco?

—¡Ah, el viejo sonsonete! —murmuró Holmes—. De todas partes vienen a contemplar la obra del Destripador y gritan al unísono: «¡Los actos de un maniaco!». Sin embargo, supongamos que usted está en lo cierto y todo esto es una locura. En ese caso, le diré que hay bastante método en ella.

—¡Ja! ¡Todos sabemos cuáles son los métodos de ese hombre!

—Ahora bien, si queremos sorprender al asesino in fraganti, primero debemos saber dónde y cuándo actuará. Echemos una ojeada a su historial. Todos los asesinatos se han cometido dentro del territorio delimitado por Bishopgate al oeste, la línea ferroviaria Great Eastern al norte, la calle Sidney al este, y la avenida Ratcliff al sur. Eso es obvio. En cuanto a la cuestión del cuándo, también es obvio que todos los asesinatos han ocurrido de madrugada, entre la medianoche y las seis para ser precisos. Aunque quizá es menos obvio que existe un nítido diseño que vincula los días de los asesinatos.

—¿Qué?

—La primera muerte fue el 7 de agosto —continuó Holmes serenamente—. El 31 del mismo mes murió la Nicholls. La Chapman murió el 8 de septiembre, cuatro semanas después de la Tabram y una semana después que la Nicholls. Hasta el momento la progresión era: un asesinato, tres semanas de tregua, otro asesinato. Pero la Stride y la Eddowes fueron asesinadas el último día de septiembre, es decir, tres semanas después de la Chapman. Con eso la secuencia se repite, permitiéndonos identificarla como una simple alternancia de períodos de una y tres semanas, con un asesinato al cabo de cada uno de ellos.

Lestrade había extraído un calendario de bolsillo y lo estudiaba atentamente. Al fin alzó los ojos con una expresión de triunfo.

—¡Ja! ¡Esa secuencia se rompe no bien empieza! ¡Usted parece no haber advertido, señor Sherlock Holmes, que en la semana que siguió al doble asesinato no se cometió ningún crimen! ¿Cómo encaja el hecho en su sutil teoría?

Holmes sonrió como un mago cuyo truco acaba de provocar en la audiencia la reacción esperada.

—Encaja a la perfección, mi querido Lestrade. Sin duda usted oyó hablar de la excepción que confirma la regla. Admito que la ausencia de un crimen el 7 de octubre al principio me sorprendió. Pero en vez de rechazar la elucidación que ya empezaba a cobrar forma, recordé un principio básico de nuestro oficio: un hecho aislado que aparentemente confuta una larga cadena de razonamientos invariablemente podrá ser sometido a otra interpretación. No fue un accidente que esa semana no hubiera asesinatos, sino una consecuencia necesaria del mismo diseño. En realidad, habría sido inexplicable que el asesinato *sí* se hubiera cometido.

Lestrade sacudió la cabeza fatigosamente.

—Para mí es chino.

—¿De veras? Veamos si puedo echarle una mano. La pregunta es qué le ocurrió a la víctima del 7 de octubre. La respuesta es simplemente que ya había sido asesinada el 30 de septiembre.

—¡El doble asesinato! —exclamé.

—¡Precisamente! Dos por el precio de uno. Pero Jack el Destripador no es hombre que lleve mal sus cuentas. De modo que para compensar su exceso de ese domingo sangriento, se abstuvo a la semana siguiente. ¡Pues bien! ¿Aún piensa que

es un maniaco cuyos actos son meros impulsos azarosos?

Lestrade daba la impresión de alguien a quien le desarman el mundo pieza por pieza y luego se lo reconstruyen cabeza abajo. Se puso a contar con los dedos. Miró el cielo raso. Articulaba palabras en silencio. Finalmente miró a Holmes y suspiró profundamente.

—Así que según usted a este hombre, sea quien fuere, se le ha metido en la cabeza matar dos prostitutas por mes, la primera después de una semana y la segunda tres semanas más tarde. ¿Es eso?

—Matar no, Lestrade. ¡Mutilar! Eso es lo que él desea. Matar a las mujeres es un mero preliminar, como sacrificar un ganso para comerlo. Si con matar quedara satisfecho, después de cortarle la garganta a la Stride se hubiera ido derecho a casa. En cambio, se expuso a un enorme peligro con tal de descuartizar a gusto a la mujer de la plaza Mitre. ¿Recuerda el mensaje que dejó en la pared de la calle Goulston, ése que los inefables superiores de usted hicieron borrar antes de que pudieran fotografiarlo?

—«Los judíos son los hombres que no serán culpados en vano» —citó de memoria.

Holmes asintió.

—Se han emprendido muchísimas tentativas para explicar esas palabras —prosiguió—. La forma de escribir «judíos», J, U, D, H, Y, O, S, ha sido analizada tan doctamente como si fuera un jeroglífico egipcio, aunque cabría pensar que este hombre ya nos había dado bastante testimonio de su afición a escribir excéntricamente. Pero nadie fue capaz de demostrar quiénes son los judíos de marras, y de qué se los inculpa.

—Y supongo que a usted le parece muy simple —musitó Lestrade.

Holmes se encogió de hombros con indiferencia.

—La verdad es invariablemente simple. El problema es podar la espesura de falsedades. Los judíos aludidos son los habitantes de ese callejón de la calle Berner, y más particularmente Louis Diemschutz, el buhonero cuyo inesperado regreso impidió al asesino mutilar el cadáver de la Stride. Debe inculpárselos del nefando crimen de haber alterado el horario de nuestro hombre, lo cual le obligó a adelantar una semana el próximo asesinato. En realidad nos estaba diciendo: «Mil perdones por la confusión, pero no fue culpa mía, sino de esos judíos».

Ahora Lestrade se balanceaba en el asiento como un boxeador aturdido por los puñetazos.

—Pero ¿cómo podía saber que ese hombre era judío? —graznó—. ¿Cómo diablos podía saberlo?

—Porque en ese callejón funciona un célebre club social administrado e integrado por judíos europeos. Cien a uno a que cualquiera que entre o salga de allí a esa hora de la noche es judío. Lo que contribuye a demostrar, si acaso hacían falta más pruebas, lo bien que nuestro hombre conoce Whitechapel.

La resistencia de Lestrade se desmoronó por completo. Miró consternadamente a mi amigo.

—¿Qué hacemos?

Holmes se puso de pie.

—¡Patrullar! ¡Cerrar Whitechapel como una jaula! De acuerdo con la secuencia, el próximo asesinato será dentro de pocos días. Pero podemos determinar cuándo con más precisión. En primer lugar, todos los asesinatos se cometieron en fines de semana con la excepción del de la Tabram, que en mi opinión es una tarea de aprendiz. Para ser más específico, los días fatales, siempre descontando el de la Tabram, han sido viernes, sábado y domingo respectivamente. Todo lo cual nos sugiere que el intento se producirá el lunes. En todo caso, sólo nos quedan cuatro noches, y sólo cuatro horas por noche. Si no podemos patrullar adecuadamente una zona de una milla cuadrada durante ese período de tiempo, creo que mejor nos damos por vencidos.

Lestrade estaba ahora de nuevo en terreno familiar, y cabeceó con mayor seguridad.

—Puede hacerse.

—¡Debe hacerse, y con toda precisión! Esta tarde a las cinco proporcionaré a Scotland Yard los detalles de las medidas que considero necesarias. Entretanto usted debe reunir a todos los agentes disponibles y ordenarles que entren en servicio a medianoche.

El inspector se rascó la oreja nerviosamente.

—Por cierto que haré cuanto pueda, señor Holmes. Por mi parte me halaga aceptar sus indicaciones, comprende usted, pero mis superiores...

—Le respaldarán en todo. Quizá le interese saber que ahora gozo del rango de inspector en jefe dentro de la división de usted. Como usted dijo, la crítica al manejo que la policía ha hecho de este asunto se extiende a las esferas más altas. Mi hermano Mycroft me informó la semana pasada que era el deseo de alguien más habituado a dar órdenes que yo consagrara al caso mis energías. Obedecí con gusto, pero también porque era mi deber. No obstante, puse como condición que se adoptaran las medidas que yo juzgara convenientes. Se han tomado las disposiciones necesarias y por tanto nadie le opondrá reparos si usted cumple con mis instrucciones.

—Muy bien, señor Holmes. Comprendo absolutamente. Le espero alrededor de las cinco, señor. Buenos días.

Yo nunca había visto a Lestrade tan tratable. Holmes también había notado el cambio en la actitud del policía.

—¡Caramba, Watson! —dijo en cuanto estuvimos solos—. Este sórdido asunto al menos ha logrado enseñar a Scotland Yard sus límites naturales. Sin embargo, no tengo demasiadas esperanzas de que ese efecto sea perdurable. ¿Y ahora tendrá usted la bondad de llamar a nuestra ama de casa? Necesito urgentemente un baño, comida caliente y unas horas de sueño tranquilo. Últimamente me han faltado las tres cosas. En realidad ha sido una semana bastante agitada, por una u otra razón. Uno de mis

pequeños refugios fue incendiado a primera hora de la mañana de ayer. Los daños no fueron considerables, pero en consecuencia esa noche no pude dormir.

—¡Dios santo! ¿Quiere decirme que alguien le prendió fuego deliberadamente?

—Creo que podemos darlo por seguro, en vista de los otros tres atentados que se hicieron recientemente contra mi vida. Cualquier otra hipótesis introduciría un monstruoso factor de increíble coincidencia. ¡El profesor Moriarty no es hombre que deje crecer la hierba bajo sus pies! Primero intentó aplastarme con un furgón de reparto. Reaccioné con celeridad, pero poco después un ladrillo me cayó desde un edificio y casi me vuela los sesos. Su último intento fue mediante terceros. Anoche caminaba por una calle apartada de Islington cuando un par de esbirros me atacaron con garrotes.

—¿Por qué no me hizo caso? ¡Debió conservarme a su lado! ¡Pudieron asesinarlo!

—Oh, no eran esbirros muy competentes. Probé con ellos algunos de mis trucos con el bastón. Uno huyó y el otro fue derrotado. Me despellejé los nudillos, como ve usted, pero no sufrí ningún otro daño.

—¡Pero la próxima vez enviarán más hombres, y mejores! ¡Alguien tiene que protegerlo, Holmes! ¡No debe salir solo! ¡No lo consentiré!

Holmes sonrió ante mi vehemencia.

—¡Querido amigo! Un momento más y estará diciéndome: «Como su médico personal...». Pero no tiene por qué preocuparse. Moriarty no se propone matarme aún.

—Pero usted dijo...

—Le dije que hubo atentados contra mi vida. ¡Atentados, Watson! Si Moriarty quisiera acabar conmigo, yo ya habría reposado en una cloaca. No, sólo quiere que me mantenga en guardia. Después de todo él ha apostado la vida. Sería injusto que yo arriesgara menos que él.

Sacudí la cabeza reprobatoriamente.

—No entiendo cómo usted puede jugar limpio con un hombre de esta calaña. ¿Por qué le consiente esa diversión? ¿Por qué se demora? ¿Por qué no le habla a Lestrade y le hace arrestar? Entonces todos estaremos a salvo... usted, yo, y todas esas desdichadas.

—Entiendo sus sentimientos, Watson. Los comparto. Pero no es posible. ¿Cómo hacemos para arrestar a Moriarty? ¿Con qué pretexto? ¿Qué pruebas tenemos para acusarlo? En el fondo, todas mis sospechas son inferencias y suposiciones, pero si se las mencionara a Lestrade él se me reiría en la cara. ¡Pero Moriarty no se reiría! Consultaría a sus consejeros legales y obtendría una libertad incondicional, y luego su venganza sería espantosa. No, contentémonos con saber con quién tenemos que habérnoslas, y con que esté dispuesto a batirse en duelo conmigo. Respetemos las leyes del honor y aprovechemos nuestras ventajas. Créame, Watson... es nuestra única esperanza para derrocar la tiranía de este hombre.

Aunque a regañadientes, tuve que admitir la fuerza de los argumentos de Holmes. Pero antes de que fuera a acostarse logré arrancarle la promesa de acompañarle siempre en las horas peligrosas que le esperaban. Ya no me contentaría con esperar pacientemente en casa el desenlace de los acontecimientos. Cuando Holmes fue esa tarde a Scotland Yard, le acompañé con un revólver en el bolsillo y en el corazón la determinación de mantenerme a su lado fuera donde fuese y ocurriera lo que ocurriese. Con frecuencia me he preguntado hasta qué punto el holocausto que sobrevendría más tarde no se debió precisamente a la firmeza de mi decisión.

## Tres

UN relato detallado de las cuatro noches siguientes sería tan fastidioso e innecesario para el escritor como para el lector. Por lo demás, ni siquiera sería posible hacerlo a menos que yo inventara una buena parte. Estaba demasiado exhausto y desalentado para seguir con mis notas, y nada retiene mi memoria salvo una sensación general de fatigosa futilidad. Nuestra buena suerte se restringió al clima, que era muy templado para la estación. Como Lestrade señaló sarcásticamente, si había que recorrer Whitechapel de noche en busca de alguien que no estaba, no podía desearse un clima más apropiado considerando la época del año.

El plan de Holmes había consistido en atestar toda la zona de policías. Había calculado que el asesino necesitaría por lo menos diez minutos para matar y mutilar a la víctima, y en consecuencia diseñó un sistema de patrullas en que ninguna calle quedaba sin vigilancia por más de ese lapso. La red fue urdida y arrojada sobre Whitechapel. Los tres nos instalamos en la comisaría de la calle Commercial y aguardamos las novedades. No hubo ninguna. Holmes y yo salíamos de vez en cuando para asegurarnos de que las patrullas cumplían con el horario establecido. Ocasionalmente un hombre se retrasaba un par de minutos, pero no encontramos ningún hecho significativo en la trama. Simplemente no había nada que sorprender. A las seis de la mañana del lunes fue evidente que nuestros esfuerzos habían sido en vano. Las patrullas fueron licenciadas y los tres nos congregamos alrededor de un fuego vacilante en la comisaría, aferrando sendas tazas de té tibio. Lestrade era el único que exhibía cierta animación, no exenta de maliciosidad. A medida que las noches transcurrían sin incidentes los alardes y ostentaciones del menudo oficial paulatinamente habían reemplazado la reverente sumisión a que lo había reducido la brillantez de los argumentos de Holmes ese jueves en la calle Baker. Hasta entonces había callado, sin duda temiendo que en el último momento los hechos dieran la razón a su odiado rival. Pero ahora el plazo de Holmes había concluido, y Lestrade se lo hizo notar con vengativo placer.

—¿Qué dice ahora, señor Holmes? ¿Qué fue de esa bendita secuencia donde todo funcionaba hasta el último detalle, como si estuviéramos esperando las mareas y no a un maniaco homicida? ¡Admítalo Holmes, ha fracasado!

La respuesta de Holmes fue apenas audible.

—Al contrario, inspector. He tenido un éxito rotundo.

—¡Jo, jo, ya veo! ¿Ésas son las leyes del juego, verdad? De cualquier forma usted gana y nosotros perdemos. Ojalá mi trabajo fuera tan fácil. Pero no es usted quien tendrá que cargar con las culpas de este fiasco. ¡Usted siempre se cuida de que la prensa no lo mencione! ¡Muy astuto, por cierto! Buena me espera ahora, teniendo que explicar por qué cada agente disponible pasó cuatro noches patrullando Whitechapel.

Le diré, el horario que usted diseñó tenía un solo defecto, señor Holmes. ¡Nadie se lo comunicó al asesino! ¡Ja, ja! ¡Ése fue el error! ¡Nos dijo a nosotros cuándo debía cometerse el próximo asesinato, pero se olvidó de avisarle a él! Debió decírselo a él también, señor Holmes, y tal vez así el hombre nos hubiera honrado con su presencia.

Asombrosamente, Holmes no replicó a estas burlas. Escuchó en silencio, con la cabeza inclinada. Era una actitud insólita en un hombre que normalmente impresionaba a todo el mundo con sus modales dominantes. Pero sin duda el revés que había recibido le había afectado severamente. La falta de réplicas no contuvo a Lestrade, que siguió abrumándolo con amargos e interminables exabruptos. Recordó la autosuficiencia arrogante de Holmes, su presuntuoso desdén por las opiniones ajenas, su desprecio de las técnicas de investigación tradicionales, cuya eficacia hacía tiempo había sido demostrada —¡en la práctica, ténganlo en cuenta, y no en una sala impregnada de humo!— por los agentes designados para custodiar la ley y el orden, entre quienes él tenía el honor, y sí, el placer, de contarse. Cuando finalmente comprendió que mi amigo no reaccionaría, Lestrade sacó el as. Abrió una gaveta del escritorio y extrajo una hoja de papel que a su vez nos entregó a nosotros. Era el original de una carta que unas semanas antes habían publicado los diarios. Decía lo siguiente:

Desde el infierno

Sr. Lusk

Le envió la mita del riñón que le zaque a una muger se lo guardé para usted el otro pedaso lo freí y lo comí estaba muy sabroso si usted espera un poco le puedo mandar el cuchiyo ensangrentado que utilisé.

Firmado Agárreme cuando

pueda

Senior Lusk

Debo añadir que esta transcripción de ningún modo puede hacer justicia a la impresión producida por el original. La carta estaba redactada con trazos violentos y tortuosos, y era extremadamente difícil de descifrar. Era el escrito de aspecto más malévolo que yo haya visto jamás. Holmes le echó una rápida ojeada y luego se lo devolvió a Lestrade sin comentarios. El inspector lo agitó ante nuestros ojos.

—¿Recuerdan las otras dos cartas que recibimos, las que firmaba «Jack el Destapador»? —dijo—. Eran auténticas, pues el autor sabía más de lo conveniente acerca de esos asesinatos. ¡Sin embargo, esta carta también es auténtica!

—¿Cómo puede saberlo? —pregunté, pues Holmes permanecía en silencio.

—¡Buena pregunta, doctor Watson! Me alegra que me la haya formulado. ¿Cómo podemos saberlo? Junto con la carta nos enviaron una parte de un riñón humano, tal como dice el mensaje. El señor Lusk, a cargo de los grupos de vigilancia, lo envió a la policía de la City, y ellos lo enviaron al Hospital de Londres. Allí fue examinado

por el patólogo, quien declara que sin duda alguna pertenece a una de las víctimas, Eddowes. La carta, por tanto, debe ser del asesino. Pero como ustedes pueden comprobar, la escritura es totalmente diferente de la de los otros mensajes, incluido el de la pared de la calle Goulston.

Hizo una pausa significativa. Holmes bostezó y consultó el reloj.

—¿Y qué conclusión saca usted de todo eso? —murmuró.

—¡Caramba, sin duda un hombre inteligente como usted no necesita preguntármelo! —exclamó el detective gesticulando de sorpresa—. La conclusión es bastante obvia, a mi juicio.

—Sin duda, inspector, pero nunca pude determinar cuál es el alcance de ese juicio. De todas maneras, ¿cuál es la conclusión de usted acerca de la diferencia de escrituras?

—¡Sólo puede significar una cosa! ¡Tiene que haber dos asesinos!

El hombrecito con el raído traje de cuadros estaba radiante de triunfo. Los ojos le destellaban de orgullo. Noté, por primer vez, que era muy cejijunto.

Holmes se levantó. Tomó su abrigo y se lo puso.

—Bueno, creo que es hora de irnos. ¿Está listo, Watson? Muchas gracias por su hospitalidad, inspector. Sin duda pronto nos dará la oportunidad de retribuísela.

Lestrade apenas pudo dominar su furia. Bailoteaba ya sobre un pie, ya sobre el otro, esgrimiendo la carta ante Holmes.

—¿Ésa es su respuesta? ¿Eso es todo lo que tiene que decir? ¡Eso es lo que llamo gratitud! ¡Su antojadiza teoría se va al demonio y cuando yo le ofrezco una mano usted no tiene una palabra que decirme!

—Tengo varias, a decir verdad, pero dudo muchísimo que usted quiera oírlas. Buenos días, inspector. ¡Vamos, Watson!

Nos dirigimos resueltamente a la calle Shoreditch, donde encontramos un carruaje para volver a casa. Holmes no dijo nada, y yo estaba demasiado agotado para iniciar una conversación. En cuanto llegamos al 221 B, Holmes se escabulló dentro de su cuarto, encerrándose bajo llave. Por mi parte, me arrellané en el sofá y hojeé los periódicos. A los pocos minutos me dormí, y sólo me desperté cuando la muchacha vino a hacer limpieza.

A la hora del almuerzo, descubrí con tanta sorpresa como deleite que Holmes volvía a estar tan sociable como de costumbre. Envié a Billy a Dolamore's en busca de una botella de vino del Rin, y mientras comíamos y bebíamos se exployó acerca de una serie de temas, desde el arte de los trovadores hasta la posibilidad de emplear la electricidad para las ejecuciones capitales. No mencionó el tema, sin embargo, que más nos obsesionaba a ambos. Cuando los dos nos instalamos ante el fuego con nuestros cigarros, decidí que había llegado el momento de afrontar el mal trago.

—¿Qué fue lo que ocurrió, Holmes? ¿Dónde estuvo el error?

Por un momento creí haber cometido un tropiezo gravísimo. Mi amigo me miró con ojos lastimeros y una expresión que parecía decir «*Et, tu, Brute?*». Pero

enseguida rió, aunque quizá algo forzosamente.

—¿Es usted un Hermano de la Pesca con caña, Watson?

—¿Cómo dice?

—¿Ha pescado alguna vez?

—Ocasionalmente.

—Entonces comprenderá que el momento crítico llega cuando la presa está mordisqueando la carnada. Un tirón muy rápido, y el anzuelo se le escurrirá; muy lento, y el pez escapará con su cena dejándole a usted en ayunas. Estas cuatro noches hemos estado a la pesca de Moriarty. Las desdichadas de Whitechapel eran el señuelo y mis patrullas el anzuelo. Pero actué con demasiada ansiedad. Nuestro trabajo no fue de ninguna manera inútil, pues sin duda impedimos otro asesinato. Pero mi propósito era sorprender al profesor en el instante del crimen, y en eso fracasé.

Miré a Holmes a través de una nube de humo.

—¿Entonces Moriarty estuvo allí?

—Claro que estuvo allí. Estudió la red de patrullas policiales que yo había instituido, notó que no tenía fisuras, y se retiró furibundo.

—¿Entonces usted no fracasó! ¡Lo hemos derrotado!

—No, Watson. Al contrario, quizá lo hemos perdido todo. Si él alterara su método o la secuencia, estaríamos de nuevo sin ninguna pista. ¡Ah, Watson, imagine su furia! ¡Piense hasta dónde deben llegar su frustración y su resentimiento! Me retó a duelo y le gané la partida. Es indudable que de ahora en adelante hará lo posible por eliminarme. Y ésa es la clave de nuestra salvación.

—¡Holmes! ¿Qué está diciendo?

—¡Que a toda costa debemos lograr que se atenga a su secuencia! Le corresponde atacar dentro de dos semanas. De un modo u otro debemos distraerlo hasta entonces. Ahora bien, si puedo alejarlo de Londres y mantenerlo ocupado hasta la semana del jueves, creo que hay muchísimas posibilidades de que llevemos a buen término este asunto.

Yo estaba horrorizado por esta proposición; hice muchas y elocuentes protestas, pero de nada sirvió. Holmes adujo que su vida estaba en peligro de todas maneras, y que en realidad le convenía marcharse de la ciudad.

—Moriarty conoce y emplea esta ciudad como una máquina diseñada para sus propósitos. En el campo estaremos más en igualdad de condiciones. Creo que Wiltshire sería el sitio apropiado. Siempre me ha atraído desde el tren; ésta es una espléndida oportunidad para conocerlo de cerca.

Al ver que mis intentos de disuasión estaban condenados al fracaso, exigí ir con él para compartir los rigores y peligros que pudieran aguardarlo. Pero se negó una vez más, y cuando insistí se permitió algún rudo comentario acerca de mi capacidad física. Tuve que callarme. En cuanto dejé de discutir, Holmes aplicó su bálsamo.

—No se ponga así, viejo amigo. El papel de usted puede parecer menos lucido de lo que desearía, pero es vital. A usted le corresponde cuidar de este frente y mantener

mi base a salvo. Y en caso de que yo no regresara...

—¡Holmes!

—En caso de que no regresara, digo, el día 8 a las nueve de la noche, llame usted a Lestrade y entréguele el sobre de papeles que encontrará en la gaveta «M». Temo que será como poner los cálculos de Newton en manos de un esquimal, pero desde luego haré lo posible para evitar esa situación. ¡No, ni una palabra más! Ahora salgo a atender ciertos asuntos. Después de la cena supongo que desearé ver luces brillantes y multitudes. Una visita al *music hall* creo que me proporcionaría ambas cosas. ¿Puedo contar con su compañía? Siempre es saludable recordarse a uno mismo que por cada hombre que se estremece con *Una voce poco fa* en la versión de la Patti hay diez que prefieren escuchar a Bessi Bellwood cantando *What cheer Ria*.

La sugerencia de Holmes fue una grata sorpresa. Después de algunos de los presuntos entretenimientos que habíamos compartido, era ciertamente placentero poder disfrutar de una velada de auténtica diversión. Fuimos al Oxford<sup>[20]</sup>, y al menos yo lo pasé espléndidamente. Olvidé por completo nuestras recientes tribulaciones en las muchas y variadas atracciones de un programa organizado con habilidad. Mientras un acto seguía al otro me dejé vencer por el hechizo de cada artista, riendo con uno, llorando con otro, y uniéndome al coro de canciones a la vez patrióticas y sentimentales. No recordaba haberlo pasado tan bien; pero todo lo bueno tiene un final, y cuando el espectáculo concluyó advertí con aprensión que Holmes había desaparecido. Busqué por todas partes, pregunté a los camareros, esperé quince minutos afuera, pero al fin tuve que admitir que mi compañero me había abandonado en medio de la velada sin molestarse en decirme adiós. Regresé a la calle Baker bastante enfurruñado. Pero tras reflexionar un poco, no me sentí tan sorprendido, aunque esa conducta impertinente no dejaba de fastidiarme. Sin duda el espectáculo del Oxford había resultado espantosamente vulgar para Holmes. Sus predilecciones, como yo había comprobado para mi pesar, se inclinaban más por esos pomposos cuentos de hadas extranjeros que se prolongan tediosamente durante cinco horas sin ninguna melodía reproducible. Había en su carácter una vena de esnobismo que le incitaba a soslayar por principio los placeres del pueblo. Era uno de esos defectos sin importancia que a uno le recordaban que al fin y al cabo era humano.

Sin embargo, no había rastros de Holmes en el 221 B, y como a la mañana siguiente tampoco apareció, empecé a preguntarme si no estaba equivocado. ¿Acaso la explicación del misterio era más siniestra de lo que yo había creído? Luego, poco antes del almuerzo, llegó un telegrama. Lo habían despachado en Devizes y decía: «Liebre escapó. Sabuesos persiguiéndome. Más encarnizados que nunca. Holmes». Levanté los ojos y escudriñé con la imaginación las desoladas y ventosas tierras altas de la llanura de Salisbury y las colinas de Wiltshire. De inmediato el plan de Holmes me pareció un arma de doble filo. Aunque Moriarty se alejara de sus guaridas y colaboradores, también Holmes quedaba privado de los refugios y recursos de la ciudad que nadie conocía mejor que él. En esos parajes antiguos y despoblados estaba

totalmente solo y podía ser perseguido y cazado como un animal salvaje.

Se dice que la falta de noticias es una buena noticia, pero cuando los días transcurrieron sin que recibiera una palabra de Holmes, el dicho me pareció un consuelo muy magro. Cualquier noticia, por funesta que fuera, al menos habría disipado mis antojadizas conjeturas. Pero pasaron nueve días sin ningún mensaje alentador. Luego, la noche anterior al regreso de Holmes, hice un hallazgo singular y bastante inquietante. Sucedió de este modo. Estaba sentado ante el hogar, tratando en vano de leer un libro y pensando en las medidas que debía tomar la noche siguiente si mi amigo no regresaba. Estos pensamientos me evocaron el fajo de papeles que Holmes me había encomendado entregar a Lestrade. Poco después me puse a especular acerca del contenido de esos papeles. ¿Qué revelaciones no contendrían sobre el carácter y las atrocidades de Moriarty? A nadie podría perjudicar que yo ojeara documentos de naturaleza tan impersonal. Busqué el sobre en la gaveta correspondiente y lo rasgué. El contenido me dejó literalmente pasmado. El documento que debía entregar a la policía si moría Holmes, con todo cuanto se sabía acerca del asesino de Whitechapel, consistía en cinco hojas de papel de oficio absolutamente en blanco.

Por uno o dos minutos consideré la posibilidad de tintas invisibles y procedimientos semejantes, pero pronto tuve que aceptar que toda la historia de esos «papeles importantísimos» y mi «misión vital» no era más que una estratagema para acallar mis protestas. Holmes tenía que saber que toda evidencia que hubiera recogido sería inútil —ininteligible, en verdad— para cualquiera salvo para él. Simplemente había apostado a su habilidad para despistar al profesor y regresar personalmente a concluir el caso que nadie más estaba en condiciones de resolver. Pero ¿si se había equivocado? ¿Si Moriarty se salía con la suya después de todo? ¿Qué haría yo si Holmes no aparecía a las nueve de la noche siguiente? ¿Qué le diría a Lestrade? En principio no sabía nada preciso respecto a Moriarty, pues Holmes había sido decididamente parco en cuanto a los detalles. Había omitido mencionarme la universidad a la que el profesor había renunciado, por ejemplo, o el domicilio de Moriarty en Londres. ¡Ni siquiera conocía las señas personales! Holmes lo había descrito como un sujeto alto y delgado, con ojos profundamente hundidos y hombros encorvados, de aspecto pálido y ascético. Era una caracterización vivida, pero demasiado general para identificar a un desconocido. En pocas palabras, a Holmes obviamente nunca se le había ocurrido pensar en la posibilidad de un fracaso, o en todo caso había rehusado considerarla. Todo cuanto había ganado, y todo cuanto arriesgábamos perder, dependía de la posibilidad de que regresara de Wiltshire a tiempo para enfrentarse a Moriarty en las calles de Whitechapel. Sólo me quedaba rezar para que su confianza no demostrara ser un error.

Pero a la hora de la cena del jueves todavía no había indicios de mi amigo. Apesadumbrado, ordené a la señora Hudson que enviara el asado arriba, y comí frugalmente. No tenía más apetito que un hombre en vísperas de su ejecución.

Cuando el reloj dio las nueve, yo jugueteaba desconsoladamente con mi postre cuando un sonido muy tenue alertó todos mis sentidos. Estaba sentado en mi lugar de costumbre, frente al ventanal, y el ruido que oí sonó a mis espaldas. ¡Había alguien en el cuarto de Holmes! Me levanté de la silla y me volví para enfrentarme al intruso. No sé a quién esperaba ver: tal vez a Moriarty, con las manos manchadas con la sangre de Holmes y los ojos centelleantes. Pero lo que vi fue muy diferente. Recostado contra la jamba, con un elegante traje de noche, estaba el hombre por cuyo destino había temido los últimos diez días.

—Lamento sobresaltarlo, Watson.

—¡Holmes! ¡Creí que no volvería nunca!

—Sí, temo que esta vez exageré mi respeto por la puntualidad. Me proponía verlo antes, pero el pestillo de mi ventana me ofreció una resistencia imprevista.

—Pero ¿no va a comer nada? Debe de estar famélico.

—No, gracias. Almorcé a horas tardías en el club Diógenes. Pero fumaré un cigarro con usted mientras esperamos a Lestrade.

—¡Lestrade! Pero si se ha negado a trabajar de nuevo con usted. ¡Lo dijo apenas la semana pasada!

—Mi amigo se instaló delante del hogar.

—Querido Watson, el inspector Lestrade puede imaginar que es un agente libre, pero en la práctica es un empleado del gobierno y hace exactamente lo que le ordenan los superiores. En esta ocasión le han ordenado que colabore conmigo en lo que yo disponga. Le envié instrucciones a última hora de anoche y espero que el bueno de George se presente aquí al dar las diez.

—¿Anoche? Pero sin duda usted entonces estaba...

—Si usted insiste en el método socrático —dijo Holmes encendiendo un cigarro—, esto nos llevará un tiempo larguísimo. ¿No prefiere una narración lineal, reservando las preguntas para cuando yo termine?

Asentí.

—Supongo que debería empezar disculpándome por mi brusca partida del teatro el lunes a la noche. Honestamente, mi verdadero motivo para ir allí era facilitar mi alejamiento de Londres. Me habría gustado revelarles mi plan, pero no habría funcionado. ¡Usted es incapaz de fingir, mi querido amigo! Es uno de sus principales encantos. Moriarty de inmediato habría oído a gato encerrado, y con semejante pugilista uno no puede darse el gusto de anunciar los golpes. Nos siguió hasta el Oxford, naturalmente, pero pude perderlo entre la multitud, aunque uno de sus agentes debió de localizarme en la puerta. Me fui a las nueve menos cuarto y tomé un coche hasta Paddington, donde llegué justo a tiempo para abordar el último tren al oeste de Inglaterra. Pero Moriarty no es tan fácil de derrotar. De inmediato ordenó un tren especial que fue preparado rápidamente, pues las líneas están despejadas a esa hora. Mi tren no se detuvo más que cuatro o cinco veces, y Moriarty siguió el mismo itinerario, preguntando en cada estación si un hombre con mis señas se había apeado

del tren. Por este simple procedimiento no tardó en descubrir que mi destino había sido Chippenham. Yo le llevaba apenas una hora de ventaja.

»Chippenham no es un lugar tan rico en posibilidades para el viajero fatigado como para que a Moriarty le costara mucho trabajo averiguar en qué posada me alojaba. Pero afortunadamente para mí y los demás habitantes de ese lugar histórico, el posadero no tiene por costumbre recibir huéspedes a horas tardías. A Moriarty sólo le recibieron después de organizar un gran bullicio con la campanilla, y para entonces tanto yo como mis sospechas nos habíamos despertado. Me apresuré a vestirme y salí por el techo. Ese incidente selló el carácter de todos los encuentros que siguieron. Durante ocho días, Watson, jugamos al gato y el ratón en la planicie de Salisbury y el valle de Pewsey. Imagine, si puede, una partida de ajedrez entre dos maestros, de tal modo que cada uno de ellos no sólo debe planear su próximo movimiento, sino realizarlo en persona, y en un tablero del tamaño de un condado inglés. Así fue la partida a que nos dedicamos Moriarty y yo desde que usted me vio por última vez. Ha sido muy estimulante. Por ejemplo, si usted ha estado preguntándose por qué preferí entrar en mi cuarto por la ventana en lugar de ingresar de un modo más convencional, la respuesta es que primero quise cerciorarme de que usted era en verdad el doctor Watson.

Debí mirar a Holmes de un modo extraño, pues torció la cara en una sonrisa.

—No se preocupe, viejo amigo, las tensiones de la semana pasada no me han trastornado el juicio. Pero esa posada de Chippenham no es la única que tuve que abandonar apresuradamente. También sucedió lo mismo cuando usted hizo esa interesante visita a la aldea de West Lavington.

—¡Pero eso es absurdo! —exclamé—. ¡No salí de Londres en toda la semana!

—Por eso es interesante. Me despertaron al alba para comunicarme que el doctor Watson había llegado de Londres con un mensaje urgente de Scotland Yard. Naturalmente despertó mis sospechas, y me ubiqué de tal modo que veía bien las escaleras. El criado bajó, y ¿quién apareció un momento más tarde? ¡Usted! Me sentí asombrado y complacido, y mi impulso inmediato, desde luego, fue salir a su encuentro. Si lo hubiera obedecido, dudo que alguna vez hubiese dejado ese villorrio pintoresco, salvo quizá en un ataúd.

—¡Dios santo!

—Era Moriarty. ¡Pero era la reproducción exacta de usted, Watson! En realidad, yo sin duda me habría reunido ya con mis antepasados si él no hubiera cometido un desliz trivial.

—¿Cuál?

—Su pierna, Watson.

—¡Mi pierna!

—Sí, Watson, si alguna vez vuelve a sentir la tentación de maldecir la bala de *jezail*<sup>[21]</sup> que le astilló el tobillo, dio fin a su carrera militar y tal vez lo incomode seriamente aun en el día de hoy, deténgase a considerar que de no ser por esa herida,

Sherlock Holmes no existiría más.

—Pero no veo cómo...

—No necesitaré que le recuerde que la bala le hirió en el tobillo izquierdo. El Watson que vino a visitarme en esa posada de aldea cojeaba a la perfección, pero de la pierna derecha. Lo advertí justo a tiempo, y le cerré la puerta en la cara. Luego salté por la ventana y me escabullí en el crepúsculo. Comprenderá que después de eso desconfíe un poco de las apariencias.

—¡Demonios, Holmes! Si ese individuo hubiera cumplido con sus cobardes designios, yo habría sido acusado de asesinato.

—Precisamente. El profesor Moriarty por cierto no carece de un macabro sentido del humor, sólo que para gozar de él hay que pagar un precio que incluso rebajado a la mitad a muchas personas les parecería excesivo.

Abajo sonó la campanilla y Holmes se incorporó de un salto. Se precipitó a la puerta e hizo girar la llave en la cerradura.

—¡Coja el revólver, Watson! —susurró con excitación—. Tal vez sea otra de las bromas del profesor.

Apenas extraje el arma de mi escritorio alguien dio un golpe estentóreo en el panel de la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Holmes, haciéndose a un lado.

—El inspector Lestrade.

Al oír la conocida voz nasal, me distendí de inmediato. Holmes, sin embargo, no pareció dispuesto a abrir.

—¿Recuerda el caso de la boda de St. Simon, Lestrade?

Hubo un breve silencio antes de que el oficial respondiera.

—Señor Holmes, no he venido hasta aquí para jugar a...

—¡Vamos, rápido! ¿Lo recuerda o no?

—Claro que lo recuerdo. Fue apenas el mes pasado.

—Entonces recordará que descubrió las ropas de la novia en el Serpentine, y que me informó que estaba dragándolo en busca del cadáver.

—Sí, pero ¿qué diablos...?

—Ahora escúcheme con atención, pues esto es de suma importancia. ¿Recuerda qué le respondí?

De nuevo hubo un breve silencio. Holmes se crispó visiblemente.

—No es fácil olvidar sus chanzas, señor Holmes —repuso opacamente la voz—. Creo que dijo que daría lo mismo dragar la cuenca de la plaza de Trafalgar.

Mi amigo de inmediato avanzó para abrir la puerta.

—Adelante, Lestrade. Discúlpeme por este inconveniente, pero era una precaución necesaria. Muy recientemente ciertos enemigos se han hecho pasar por amigos míos.

—¿Impostores, verdad? —preguntó el policía, entrando con pasos cautelosos—. Parece que necesita protección, Señor Holmes. Si yo fuera usted me pondría en

contacto con la policía.

Holmes sonrió irónicamente.

—Temo que soy totalmente incapaz de concebir una circunstancia en la que usted podría ser yo, inspector. Además, tengo grandes esperanzas de que si esta noche remidamos nuestras operaciones el problema quedará eliminado.

Lestrade arqueó las cejas y también sonrió.

—¿Sigues pensando que el asesino va a aparecer, eh? ¿Regular como el almanaque, eh, señor Holmes?

—Si usted fuera ligeramente menos obtuso podría darse cuenta solo. Esa última carta de él admite explícitamente lo que yo afirmé en su momento: que había estado a punto de perpetrar otra atrocidad cuando nuestras patrullas se lo impidieron. ¿Cuáles fueron sus palabras? «Justo cuando estaba por ensartarle el cuchillo en la preciosa garganta esos malditos polizontes me arruinaron el juego». Hace más de un mes que nuestro hombre no prueba el gusto de la sangre. Esta noche atacará, no le quepa la menor duda. Lo que importa es que estemos listos para recibirlo. ¿Debo entender, Lestrade, que usted tomó todas las precauciones que le encomendé?

—No tendrá ninguna queja en ese sentido. Se hizo todo tal como usted lo dispuso.

—Entonces basta de demoras. ¡En marcha, caballeros! ¡No hagamos esperar a Jack el Destripador!

Era una noche fría y ventosa, y nos arrebujamos en los abrigos mientras el carruaje que había traído Lestrade rodaba hacia el este de la ciudad desierta. El tétrico paisaje parecía completamente acorde con la índole de nuestra misión. Los únicos indicios de actividad, de hecho, los daban las cuadrillas que barrían las calles y les echaban arena para la procesión del Lord Mayor<sup>[22]</sup> a la mañana siguiente. Holmes llamó la atención sobre esos preparativos.

—Hay incluso otra razón para creer que esta noche veremos a nuestro hombre. Habrán reparado ustedes en sus ansias de publicidad. ¿Desperdiciaría la oportunidad de usurparle el primer plano al Lord Mayor con un baño de sangre en Whitechapel? ¡Todos los diarios del mundo dedicarían una edición especial a un episodio semejante!

Lestrade gruñó desdeñosamente.

—Oyéndolo hablar a usted, cualquiera pensaría que el asesino es amigo suyo. Parece conocer sus propósitos mejor que él mismo.

—*Humani nil a me alienum puto* —replicó Holmes sentenciosamente—. Mientras usted continúe pensando, como la mayoría de la gente, que este caso es una mera versión inglesa de *Los asesinatos de la Rue Morgue*, seguirá sin entender. El secreto de mi éxito reside simplemente en que mientras todos perdían el tiempo buscando a un gorila con forma humana, yo estuve buscando a un hombre que, por razones particulares, optó por disfrazarse de gorila.

—¡Su éxito! —exclamó hurañamente el agente de Scotland Yard—. Es el colmo. ¡Otro éxito como el último de usted me costará el puesto! ¡No me hable de su éxito! ¡No quiero oír hablar de su éxito ni de sus gorilas! Ojalá tuviera un pariente en Whitehall para ponerle los puntos sobre las íes a más de un personaje. Entonces vería usted lo que es bueno, señor Holmes, y no me molestaría más con sus gorilas.

Hacia el fin de este discurso el hombrecito casi tartamudeaba de furia. Holmes lo miró glacialmente.

—Que yo sepa, Lestrade, ésa no es manera de dirigirse a un superior —le dijo.

Terminamos el viaje en silencio. Nos apeamos en la misma comisaría de la calle Commercial que una quincena atrás había sido el escenario de nuestras vigiliás. El edificio era de nuevo una colmena de actividad. Un fuego crepitaba en el hogar, y Holmes y yo nos apresuramos a calentarnos después del viaje en ese frío vehículo. Lestrade, en cambio, se alejó ostensiblemente para reunirse con sus colegas en el otro extremo de la habitación. El grupo nos ignoró a los dos desde que entramos, aunque el personal de la comisaría fue bastante amistoso y nos agasajó con tazas de té. Pero el rencor de Lestrade por verse obligado a cooperar con el aborrecido aficionado era obviamente compartido por sus colegas de Scotland Yard. Holmes no se dio por aludido ante sus muestras de despecho.

—Estoy aquí para capturar a un asesino —dijo—, no para confraternizar con una clase de individuos cuya capacidad para el diálogo generalmente empieza y termina con la observación de que todo cuanto uno diga podrá ser usado en su contra.

En una pared de la habitación colgaba un gran mapa del distrito, entrecruzado por una serie de líneas de diferentes colores que representaban los recorridos de las patrullas, y círculos con diversos símbolos correspondientes a los horarios específicos en puntos determinados. Holmes me explicó todo esto mientras estudiábamos el sistema que había diseñado. Yo estaba enormemente impresionado por la exhaustividad y destreza con que se había entretejido esa trama compleja. En realidad, nada parecía librado al azar.

—Con defensas como éstas, al asesino le resultará imposible atacar con impunidad —declaré.

Holmes mostraba un aspecto grave.

—Espero que él no esté de acuerdo con usted.

—¿Qué? ¿No deseará que él tenga éxito?

—De ninguna manera. Pero es esencial que se sienta impulsado a realizar el intento. El principio que rige ese complejo de patrullas es permitirle eso nada más, y pescarlo en el acto. Podría añadir que este proyecto ocupa, entre los ejercicios intelectuales que realicé en mi vida, el tercer puesto en dificultad. Sin la ayuda de Mycroft jamás lo habría terminado a tiempo. Sólo anoche completamos los últimos detalles. Es un complicadísimo ejemplo de matemática aplicada, puedo asegurárselo. Pero en realidad el caso ha sido de un interés excepcional. ¡Es una lástima pensar que a la mañana quizá haya pasado a la historia!

Durante varios segundos estudié el plano en silencio. Luego suspiré profundamente y me asesté un puñetazo en la palma.

—¡Cómo me enerva esta espera! ¡Si al menos pudiéramos hacer algo!

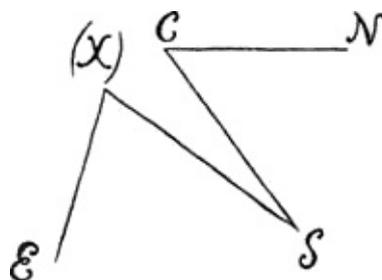
—De hecho, podríamos hacer algo —murmuró Holmes.

—¡Sí, cuando nos anuncien un crimen! Hasta entonces sólo nos queda esperar a gusto del asesino. Podría estar en cualquier parte.

Señalé el mapa de la pared. Holmes tomó una hoja de papel y un lápiz del escritorio.

—Es cierto, sí. Pero yo creo saber dónde está. Fíjese.

Me pasó el papel, donde había dibujado este boceto:



—¿Qué le sugiere? —preguntó Holmes con una sonrisa.

—Parece uno de esos horribles garabatos que teníamos que copiar en la escuela. Un clásico griego utilizado para atormentar a niños inocentes.

—Supongo que usted se refiere a los teoremas de Euclides en geometría plana. La comparación es halagüeña, y por cierto no es desatinada, pero mi pequeño esquema no tiene el rancio olor de las aulas. Es simplemente un diagrama que muestra la ubicación de los últimos cuatro asesinatos de Moriarty. La letra N indica el sitio donde se halló el cadáver de la Nicholls, la C vale de igual modo para Chapman, la S para Stride, y la E para Eddowes.

—Y la X, supongo, vale para la próxima víctima... la que aún desconocemos. ¿Pero cómo puede saber que será allí?

—¡Ah! Permítame mover la figura ligeramente hacia un lado, así. ¿Qué ve ahora?

Por un momento me quedé mirando estúpidamente el papel. Luego, de pronto, comprendí.

—¡Es una letra M!

—Exactamente, Watson. Una M mayúscula. La M de muerte. La M de...

—¡Moriarty! Por Dios, Holmes, está diciéndome que...

—¡Que está inscribiendo su inicial en la faz de Whitechapel, con sangre humana! Usted recordará que se encontró una letra M garrapateada en una carpeta al lado del cuerpo de la Chapman. Su primera idea, sin duda, fue dejar esa pista en la escena de cada homicidio, como un artista que firma una tela. Luego se le ocurrió una idea mejor y más amplia, una idea que ejemplifica a la perfección el humor tortuoso, el

genio bestial y el egotismo absoluto que signan su carácter.

Miré de nuevo el dibujo.

—Es un poco desproporcionada, ¿verdad?

—En efecto, aunque la culpa no es del profesor. En realidad la distorsión de su inicial arroja una nueva luz sobre el mensaje de la pared. También los «judíos» son culpables de esto. La ubicación de los tres primeros asesinatos estaba perfectamente calculada. No cabe la menor duda de que cada crimen fue premeditado fríamente. Usted notará que los tres forman un triángulo equilátero con lados de exactamente un kilómetro. Para completar este diseño, Moriarty necesitaba crear un segundo triángulo idéntico al primero, con un vértice en común: el callejón donde murió la Stride. El resultado habría sido una enorme M con trazos de un kilómetro de largo. El cuarto asesinato por tanto debía llevarse a cabo en la calle Minories, cerca de la línea ferroviaria de Blackwall. Luego un quinto homicidio en la zona de la calle Bruhsfield habría completado la figura, como Moriarty se habría apresurado a señalarle a la prensa. Sin embargo, este proyecto sagaz y ambicioso fue dañado irreparablemente cuando tuvo que adelantar el cuarto asesinato. Como verá usted, no lo hizo nada mal, considerando la situación. La plaza Mitre está casi exactamente a un kilómetro de la calle Berner, pero lamentablemente demasiado al norte para que pueda completar la inicial como deseaba. Tendrá que conformarse con una M resueltamente torcida, aunque todavía reconocible, y para ello tendrá que cometer el quinto asesinato en alguna calle no lejos de aquí, hacia el sur, cerca del mercado nuevo. Allí es donde supongo que atacará, y allí es donde pienso salirle al paso.

—¡No sin mí!

—Amigo mío, si desea acompañarme...

—Lo exijo.

—Me lo imaginaba. Un momento, mientras invento un pretexto adecuado para Lestrade.

—Dígale la verdad.

—¡Oh, nunca lo creería!

Era poco después de medianoche cuando Holmes y yo salimos de la comisaría. En la hora siguiente acompañé a mi amigo por una red de callejas y callejones cuya existencia hasta entonces sólo conocía por escrito. Nuestras incursiones previas habían sido en carruaje y se habían restringido a las arterias principales. Ahora veía por primera vez en detalle y de cerca el medio que Jack el Destripador había escogido para su aborrecible deporte.

En esa época, la impresión popular que se tenía del asesino era la de un hombretón robusto y vestido de negro que recorría calles desiertas y neblinosas hasta encontrar una mujer solitaria y atractiva. El paso de los años ha estampado en esta noción el sello de la autoridad, y hoy día a nadie se le ocurre contradecirla. Como hombre que participó de los hechos, debo consignar que es una desfiguración total de las circunstancias reales, y que asimismo les quita buena parte de su verdadero horror.

Lo que confería a estos crímenes un aura casi sobrenatural era el hecho de que se cometieran en noches de visibilidad perfecta y en calles donde a esas horas había más actividad y más luces que en casi todo el resto de la ciudad. La iluminación procedía principalmente de los albergues. Estos enormes cobertizos de ladrillo, con cientos de camas que se alquilaban por noche, tenían un farol colgado en la entrada principal como señal para guiar los pasos de los clientes, cuyas constantes entradas y salidas a su vez explicaban la relativa actividad de esas calles en comparación con las de distritos más respetables y regulares. Esta marea humana, aunque disminuyera, se desplazaba continuamente toda la noche. Apenas estos personajes dejaban la taberna, se dirigían al albergue, y había una procesión constante de los que eran demasiado pobres para alquilar una cama, los que buscaban los bares abiertos a todas horas, los que estaban demasiado borrachos para orientarse, los que estaban demasiado agotados para preocuparse, los pendencieros, y los rateros o delincuentes aún peores. Y finalmente —y tan imposibles de olvidar como de ignorar— estaban esas mujeres cuyos trabajos empezaban cuando sus hermanas honestas procuraban el descanso, y cuyo oficio se refugiaba en las horas en que la conciencia se adormece y la vergüenza oculta el rostro.

No tengo familiares, de modo que a nadie perjudico si confieso que yo también cometí mis pecados de juventud. La medicina no es tópico que pueda estudiarse desde una torre de marfil. Los hechos de la vida y la muerte desfilan diariamente ante los ojos, y el resultado es para los estudiantes cierta laxitud moral colectiva que, precisamente por ser colectiva, es esencialmente inocente. En una palabra, era cuestión de ir con los demás o ser tildado de afeminado. Además estábamos en Londres, donde todo se consigue por un precio, y en esos días el precio no era en general exorbitante. Lo que quiero destacar, de todos modos, es que algo conocía acerca de la vida en esas callejas cercanas al Haymarket. Pero aun así las escenas que presencié mientras Holmes y yo nos mezclábamos esa noche con las desdichadas de Spitalfields me cogieron completamente desprevenido.

¡Dios sabe que eran criaturas patéticas! En las caras podía vérselas la huella de cada extremo de enfermedad, privación, desesperanza y vicio. Era imposible tratar de adivinarles la edad. Le pregunté a una que parecía más vieja que la ciudad misma. Me dijo que pensaba que tendría unos treinta y dos años, y luego me hizo una oferta tan indescriptiblemente obscena que no puedo ponerla por escrito. Esa noche habría de oír muchas expresiones similares, pero nunca pude habituarme a ellas. Durante mi estancia en Afganistán había oído ocasionalmente, en el comedor del cuartel, charlas acerca de las prácticas abominables de algunas supersticiones paganas, pero nunca en la vida imaginé que oiría tales procacidades de labios de una mujer inglesa, incluso en las circunstancias más restrictivas. Creo, sin embargo, que la mayor parte de las infortunadas de Whitechapel en esa época no eran en realidad inglesas, sino de origen celta o continental.

Mientras Holmes y yo nos internábamos progresivamente en este laberinto del

pecado, empezó a parecerme que nos habíamos trasladado misteriosamente fuera de Londres y ahora recorríamos en espíritu un limbo habitado por seres extraños. Continuamente éramos objeto de proposiciones inmorales, y como a Holmes le parecía importante interrogar y prevenir a las mujeres no podíamos despedirlas con el desprecio que tanto merecían. Teníamos que detenernos, escuchar, mirar. Y mientras mi amigo las interrogaba verbalmente, yo procuraba descifrar el enigma de sus rostros. Desde que tuve noticias por primera vez de los crímenes de Whitechapel yo, como todo el mundo, había imaginado a las víctimas como gentes semejantes a mí. Uno lee un nombre vacío —Annie Chapman, o Elizabeth Stride— y lo llena con los rasgos de las mujeres que ve todos los días. Es un natural engaño de la mente. Pero ahora, cara a cara con las víctimas habituales del Destripador, esa identificación me parecía tan imposible como absurda. Al margen de la opinión que uno tuviera de esas criaturas, había algo absolutamente claro: no eran como las demás mujeres, ni siquiera como las demás personas. Parecían más bien una especie completamente distinta. Para mi asombro y desolación, descubrí que la furia moral que me había inflamado al enterarme de las atrocidades de Moriarty ahora se apagaba notablemente bajo una capa asfixiante de fría indiferencia. Me sorprendí formulándome preguntas terribles e imposibles de responder. ¿Qué importaba? ¿Cuál era la diferencia si el Destripador elegía a ésta, a aquélla, a ninguna o a todas? Nadie las echaría de menos. Nadie —ni siquiera ellas mismas— lamentarían su muerte. Casi todas morían paulatinamente por enfermedad e inanición, y el cuchillo del Destripador sería infinitamente más rápido y misericordioso que los dolores que predecerían a sus muertes naturales.

Tales eran mis pensamientos, y tal el sórdido mensaje que leía en esos rasgos macilentos donde nada vivía salvo el instinto ciego e irracional de seguir viviendo, aunque la vida no significara nada sino dolor.

Eran más de la una cuando regresamos, con frío y cansancio, a la comisaría. La pierna empezaba a molestarme, y fue un alivio sentarme al lado del fuego a beber algo caliente. Holmes se había mostrado cada vez más taciturno mientras patrullábamos. Ahora se sentó al escritorio en actitud huraña, estudiando el mapa pegado a la pared. Finalmente me reuní con él. Una de las cosas que me habían llamado la atención durante nuestro recorrido por Spitalfields era no haber encontrado un solo policía. Traté de interrogar a mi amigo al respecto, pero él simplemente farfulló algo acerca de «la puerta abierta de la trampa». La locuacidad de Lestrade, entretanto, sólo era comparable a la reticencia de Holmes. Parloteaba interminable y vehementemente acerca del derroche de tiempo y dinero que implicaban estas infructuosas patrullas, y opinaba que ése era el resultado inevitable de las intromisiones de ciertos intelectuales en los asuntos de la policía. A todo esto los detectives reunidos añadían gruñidos de asentimiento. De pronto Holmes se incorporó, tomó el abrigo y el sombrero y salió. Me apresuré a seguirlo, pero avanzaba con tal rapidez que ya estábamos en la calle cuando logré alcanzarlo. Para

mi consternación, intentó librarse de mí.

—¡Quédese, Watson! Veo que la pierna le está causando molestias.

—No es nada. Ya estoy acostumbrado.

—Pero realmente no le necesito, amigo mío. ¿Debo ser grosero? Usted no puede ayudarme en nada.

Pero esta vez no me dejé convencer.

—¡Iré con usted, Holmes, no intente disuadirme! Si piensa que yo podría quedarme sentado escuchando a Lestrade y bebiendo té mientras usted sale a enfrentarse...

—Muy bien, de acuerdo. Abríguese. ¡Pero debemos darnos prisa! Moriarty ya está tras su presa. ¡Lo huelo en el aire!

El viento nos abofeteaba la cara con una tenue llovizna. Holmes caminaba con pasos tan vivos que me costaba muchísimo mantenerme a la par. Movía incesantemente los ojos de un lado a otro. Tenía las manos estrechamente enlazadas y todo el cuerpo parecía temblarle de agitación. Luego, imprevistamente, se detuvo de golpe. Escrutó las tinieblas que nos precedían. Yo miré, pero no vi nada digno de mención. Entonces caí en la cuenta de que Holmes estaba absorto en sus reflexiones.

—¡Dos veces, Watson! —dijo con serena perplejidad—. ¡Tiene que matar dos veces en el mismo lugar!

—¿Qué?

—¡Menudo problema! La víctima de esta noche, y la que le impedimos matar la última vez. Pero tendrá que matarlas en el mismo lugar, de lo contrario arruinaría la inicial. ¡Menudo problema, por cierto!

Me detuve a considerar el interrogante, pero mi compañero ya me precedía en varias yardas e iba casi a la carrera. Corrí detrás de él, pero en cuanto lo alcancé se detuvo de nuevo. Habíamos llegado a una esquina. Enfrente había una gran iglesia de estilo clásico, que en este vecindario parecía una triste incongruencia. Los dedos huesudos de Holmes me apresaron la muñeca y me arrastraron hasta el portal de una taberna. Un momento después oí los pasos. El susurro de Holmes fue apenas audible, pero me tambaleé como si me hubiera golpeado.

—¡Es él!

Un instante después una figura pasó apresuradamente ante nuestro escondite. Estaba demasiado oscuro para discernir los rasgos, pero por la misma circunstancia, él no reparó ni en Holmes ni en mí. Cruzó en diagonal y desapareció en la calle de enfrente sin aflojar el paso en ningún momento. En cuanto se perdió de vista, Holmes me aferró los hombros con ansiedad.

—¡No hay tiempo que perder! —murmuró—. Yo me ocupo de seguirlo. Usted vuelva a la comisaría y avise a Lestrade. Él ya tiene órdenes. ¡Pero apúrese, por Dios!

Con esas palabras se despidió. No tengo ninguna certeza acerca de lo que ocurrió después. Los hechos son muy simples: cuando me volví para cumplir con las instrucciones de Holmes el pie se me atascó en, el borde del umbral donde nos

habíamos ocultado, tironeándome del tobillo herido. El dolor, aunque breve, fue intenso. Cuando se calmó partí tan velozmente como pude. Pero en vez de dirigirme a la comisaría, fui detrás de Holmes y Moriarty. Mi decisión de ignorar deliberadamente la orden que me habían impartido fue completamente espontánea, y me costaría muchísimo justificarla o explicarla. Quizá las estratagemas de Holmes me habían engañado con demasiada frecuencia últimamente, aumentando mi suspicacia. En todo caso, ahora sólo pensaba en seguir de cerca a mi amigo, fuera cual fuese su propósito. Moriarty podía ser el diablo encarnado, pero sin duda una bala de revólver le produciría el mismo efecto que a cualquier otro hombre.

A sugerencia de Holmes me había calzado un par de zapatillas de tenis con suela de goma, de manera que avanzaba en silencio por las calles sombrías. Mantenía los ojos fijos en el empedrado. La herida aún me producía agujonazos de dolor, y otro mal paso como el anterior me incapacitaría por lo menos varios minutos. Al llegar a la esquina eché un vistazo sólo para descubrir que Holmes se había perdido de vista. A Moriarty apenas pude distinguirlo cuando pasaba bajo un farol, caminando en línea recta hacia Bishopgate. A mi derecha se alzaban las paredes del mercado. Al mirar a mi izquierda, advertí con asombro que la alta figura de Holmes corría hacia la próxima calle. Mientras lo observaba, dobló en la esquina, de manera que ahora regresaba en la dirección de donde habíamos venido. Completamente desconcertado, me apresuré a seguirlo. Pero cuando llegué a esa calle no vi más que a tres vagabundos de pie en el bordillo, empujando una lata de cerveza. Traté de ordenar mis confusas ideas. Incluso corriendo, Holmes no podría haber ganado la calle Commercial antes de que yo doblara la esquina. Por tanto tenía que haber entrado en una de las casas o los callejones laterales. Pero ¿cuál? ¿Y con qué intenciones?

Mi audaz iniciativa me había puesto en camisa de once varas. Le habíamos perdido el rastro a Moriarty, y ahora también Holmes había desaparecido. Por mi parte, me quedaba la opción de esperar allí con la esperanza de que Holmes reapareciera o bien regresar contritamente a la comisaría y soportar los sarcasmos de Lestrade. Esta última perspectiva bastó para inducirme a no volver. Encontré un portal bastante profundo para esconderme, y me agazapé dentro. Fue un alivio librar a mi pierna del peso de mi cuerpo, y además estaba protegido del viento. Durante un minuto o dos, me quedé allí muy satisfecho. Luego me asaltó un pensamiento harto desagradable. ¿Y si Holmes había advertido que lo seguían? ¿No supondría, como era natural, que el perseguidor era un compinche de Moriarty? ¿No se escabulliría hasta la calle más próxima para entrar en una casa, saltar a la propiedad contigua por encima de la pared y luego ganar sin peligro la otra calle mientras el esbirro del profesor vigilaba una casa vacía? Parecía exactamente lo que haría Holmes, mientras que abandonar la persecución sin motivo alguno era totalmente ajeno a su naturaleza. Prácticamente ya me había convencido de que ésta era la verdadera situación, cuando oí que cerraban una puerta en las cercanías. Me asomé. A tres o cuatro casas de distancia, un hombre había salido a la acera. Me apresuré a ocultar la cabeza cuando

él se volvió hacia mí. Sus blandos pasos se acercaron. Al lado había un albergue, y cuando el individuo pasó frente al mismo recibió la luz del farol en la cara. Inhalé tan profundamente que la partida casi termina allí y entonces. La cara era familiar. El hombre era Holmes.

La cara era familiar y, sin embargo, extraña. Si de algún modo yo no hubiera esperado ver a mi amigo, dudo que lo hubiera reconocido. Claro que era un maestro del disfraz, pero éste, como toda obra maestra, era la sencillez personificada. Se había oscurecido ligeramente la tez y se había añadido un bigote delgado, curvado en las puntas. Su rostro adquiría así un aspecto resueltamente semítico. A eso contribuía la vestimenta, que quizá podría describirse como elegante hasta la suntuosidad. Llevaba un sombrero de fieltro oscuro y un abrigo con bordes de piel bajo el cual entreví el cuello blanco y la corbata negra que formaban parte de su atuendo original. En una mano aferraba un par de guantes de cabritilla y en la otra un maletín, y por la forma de caminar parecía al menos seis pulgadas más bajo. La impresión general era la de un comerciante próspero, «alguien renombrado en la City», cuyos gustos aún olían a los bazares y oficinas de donde provenían sus antepasados. Era una personificación realmente admirable, pues Holmes no había intentado alterarse las facciones a fuerza de maquillaje. Por el contrario, con unos hábiles retoques, había expuesto a un Holmes irreconocible que yo jamás había visto pero que ahora parecía haber estado siempre en ese rostro que, a mi juicio, era tan característico y esencialmente británico.

Tras reconocerlo, me acudió una agudísima duda en cuanto a mi decisión. Mi impulso natural era correr tras Holmes, confesarle mi error y librarme a su misericordia. Sin embargo pronto cambié de idea. Éstas eran aguas profundas y no había la menor certeza de que recibiera mi presencia con simpatía. Por lo demás, ya no podía marcharme y abandonarlo. Tal vez el mensaje que yo debía haber comunicado a Lestrade era una parte vital en los cálculos de mi amigo. Había aludido a estas calles sin patrullar como «la puerta abierta de la trampa». ¿Mi mensaje habría sido la señal para cerrar esa puerta? Empecé a evaluar la miopía de mi insubordinación. ¿Acaso Holmes no había elogiado mi espíritu militar, mi predisposición para acatar órdenes sin cuestionarlas? ¡Qué insidiosa ironía si mi insubordinación en ese aspecto precipitaba el fracaso de sus planes! Pero era muy tarde para arrepentirse. Todo cuanto podía hacer era seguir discretamente a mi amigo y disponerme a ayudarlo si era necesario.

Evidentemente Holmes no tenía ninguna prisa, y pude seguirlo sin ninguna dificultad. Sin embargo al poco tiempo comprendí que mi presencia, aunque lo siguiera de lejos, podía constituir un peligro. Nuestra amistad era bien conocida para Moriarty, y también mi aspecto. Holmes se había disfrazado a la perfección, ¿pero yo? Decidí intentar un camuflaje elemental. Me quité el abrigo, le di la vuelta y me lo puse de nuevo. Luego me atranqué la corbata, la eché dentro del sombrero y arrojé todo por encima de una pared. Así estaba bien, pero necesitaba un último retoque. Me

acerqué al bordillo y simulé resbalar, desplomándome en la alcantarilla. Luego rodé a un lado y al otro, cubriéndome de fango, antes de levantarme con cierta vacilación. Para completar el cuadro me froté la cara con barro. Las carcajadas de los tres borrachos retumbaron en el frío de la noche. Los ignoré y reinicié mi persecución, no sin orgullo por mi habilidad para emular los métodos de Holmes. Ahora, pensé, nadie se detendría a mirarme pensando que me habría levantado demasiado temprano para celebrar la elección del Lord Mayor.

Las ráfagas de lluvia, que soplaron toda la noche, habían vaciado casi todas las calles. Los lúgubres edificios se erguían a ambos lados tan abruptos e imponentes como rocas de basalto. Era como estar perdido en un abismo monstruoso donde el viento arreciaba y aullaba con la fuerza primitiva de un torrente de montaña. Los faroles oscilantes apenas arrojaban la luz necesaria para revelar plenamente la desolación de la escena mientras avanzábamos por las calles que antes habíamos patrullado juntos. Holmes seguía adelante, sin detenerse nunca ni mirar atrás. Yo me mantenía en la acera opuesta y me demoraba en cada esquina, pero obviamente mi amigo no sospechaba que lo estaban siguiendo.

Haría una hora o más que caminábamos cuando encontramos al hombre y la muchacha. A esta altura la herida me estaba doliendo bastante, y aunque el paso de Holmes era moderado no podía seguirlo sin un gran esfuerzo. De hecho estaba preguntándome cuánto tiempo podría seguirlo en este trayecto interminable cuando de golpe la situación sufrió un vuelco imprevisto. Lo primero que noté fue que Holmes se había detenido en una esquina. Un momento después un hombre pasó por la calle transversal. Era algo corpulento y vestía ropas raídas y un sombrero de alas anchas. No le presté especial atención, pues nos habíamos cruzado con muchas personas durante la caminata. Holmes se detuvo un par de minutos en la esquina, y luego dobló a la derecha y desapareció. Me apresuré a llegar a la esquina y desde allí observé una extraña escena. Una mujer joven con falda oscura y chalina se acercaba a Holmes. Era evidentemente una prostituta, aunque algo más joven y atractiva que la mayoría de los especímenes que habíamos encontrado. Parecía más desaliñada por la embriaguez, y caminaba tambaleándose. Cuando estuvo al lado de Holmes observé asombrado que mi amigo le apoyaba la mano en el hombro con familiaridad. Luego hizo algún comentario y los dos se echaron a reír. Todo esto era sin duda sorprendente, pero en ese momento mi atención estaba en otra parte, pues un poco más lejos a lo largo de la calle estaba el hombre que había pasado por allí un minuto antes. Este sujeto de dudoso aspecto se había instalado bajo el farol de un albergue, y desde ese lugar miraba subrepticamente a mi amigo y a la mujer. De pronto la situación empezó a adquirir un tinte decididamente siniestro. ¿Era realmente pura coincidencia que el hombre y la muchacha se hubieran cruzado en ese lugar? ¿Por qué se había quedado el hombre? ¿Por qué, en un distrito donde la indiferencia era una virtud cardinal, demostraba tan vivido interés en un asunto que no le incumbía en absoluto? Mientras estos pensamientos se me agolpaban en el cerebro, Holmes y la

muchacha se alejaron juntos. Cuando pasaron bajo el farol, el observador miró a Holmes de hito en hito, como para cerciorarse de que era su hombre. Luego, cuando la pareja dejó la esquina, él abandonó su puesto para seguirla.

Ya no me quedaba ninguna duda. El hombre y la muchacha eran obviamente cómplices de Moriarty. La tarea de ella debía consistir en conducir a Holmes hacia algún lugar apartado donde el hombre pudiera dar cuenta de él. ¡Qué espantoso sería el éxito de este plan perverso! ¡Cómo deleitaría a Moriarty! ¡Qué brillante signo de admiración para añadir a su sangriento monograma! Pero la partida no estaba perdida aún. El secuaz del profesor no había reparado en mi presencia entre las sombras, y mientras él seguía a Holmes, yo lo perseguía a mi vez. Yo estaba armado y alerta, y mi intervención sería mucho más eficaz por lo imprevista. Así, en solemne procesión, atravesamos los lóbregos corredores de Whitechapel. Al frente iba Holmes con la muchacha, sin saber que a veinte yardas el hombre corpulento le seguía el rastro, mientras éste a su vez ignoraba completamente que el que cuidaba la retaguardia estaba totalmente lúcido —pese a las apariencias— y rozaba con dedos firmes el gatillo de un revólver cargado. De esta manera regresamos a la misma calle desolada desde donde yo había seguido a Holmes en un principio. Él y la muchacha se detuvieron bajo una arcada entre dos edificios. El hombre corpulento también se detuvo. En el otro lado de la calle me oculté en un corredor desde donde veía con toda claridad los acontecimientos. Éstos eran absolutamente insólitos para quien conociera el carácter de Sherlock Holmes. La mujer se reclinó contra la arcada y le interpeló con el tono vulgar y chillón típico de su calaña. Lo que me asombró fue la reacción de mi amigo.

Sus palabras fueron inaudibles, pero vi nítidamente cómo se inclinaba y besaba la cara de la mujer. Continuaron charlando un par de minutos, antes de internarse juntos en el pasaje. De inmediato el hombre corpulento despertó de su letargo y se encaminó resueltamente hacia la arcada. Atisbo dentro del pasaje y luego también se perdió de vista.

¡Llegaba el momento crítico! La muchacha había inducido a Holmes a entrar en un callejón oscuro, donde el hombretón lo asaltaría, sin duda asestándole el primer golpe mientras mi amigo estaba de espaldas. ¡No había un instante que perder! Me dirigí a la arcada tan rápidamente como pude, considerando el estado de mi dolorido tendón de Aquiles. Pero mi relativa lentitud fue afortunada, porque cuando estaba a punto de entrar en el pasaje oí que se acercaba alguien. Acababa de aplastarme contra el portal de la calle adyacente cuando el hombre corpulento reapareció. Echó una rápida ojeada a ambos lados de la calle y luego se dirigió a la pensión de enfrente, bajo cuyo farol volvió a instalarse como antes.

Ahora tenía que revisar mis ideas. Evidentemente el rufián no iba a atentar personalmente contra la vida de Holmes. Su función consistía meramente en vigilar a la espera de la llegada de un tercero. No era una extraordinaria hazaña de deducción concluir que éste sería nada menos que el mismo Moriarty. El profesor vendría en

persona para saldar cuentas con su archienemigo. ¡Por supuesto! ¡Era absurdo pensar que en esta suprema culminación de la más temeraria serie de asesinatos de la historia Moriarty cedería a otro el privilegio de asestar el golpe fatal! ¡Vendría personalmente! ¡Tenía que venir! En tal circunstancia sólo me quedaba ganar la entrada al pasaje para advertir a Holmes del peligro que lo acechaba, y aún podríamos arruinarle el juego a este genio inhumano. Pero ¿cómo burlar al perro guardián? Por un momento pensé en echar mano del revólver y llevar conmigo al hombre en cuestión, pero pronto comprendí que no convenía que Moriarty reparara en la ausencia de su Cerbero. Esto lo pondría sobre aviso, dándole tiempo para escapar. ¿Cómo solucionarlo? Una y otra vez encaré la pregunta sin llegar a ninguna conclusión. Finalmente, el azar me allanó el camino. Un hombre se acercó por la calle y entró en el albergue. En eso reparó en el hombre corpulento, a quien evidentemente conocía. Los dos trabaron conversación, y mi adversario entonces desvió la mirada. Aproveché para escabullirme e internarme en el angosto pasaje abovedado. Una vez dentro, las tinieblas me envolvieron en un manto de invisibilidad.

El pasaje conducía a un callejón formado por dos hileras de casonas lamentables que se enfrentaban separadas por una alcantarilla. Estaba preguntándome en cuál de estos edificios estarían Holmes y la muchacha cuando oí con un respingo la voz de mi amigo, casi a mis espaldas. Entonces advertí por primera vez una puerta ubicada en la pared de mi derecha. De nuevo oí la voz de Holmes, aunque no pude entender lo que decía. Rodeé cautelosamente la esquina de la casa, y pronto descubrí que era posible ver a través de un resquicio en el cortinado que tapaba una de las dos ventanas. Me asomé.

El cuarto era muy pequeño e incómodo, y contenía sólo el mobiliario más elemental. Una vela sobre una mesa, al lado de la ventana, era la única iluminación. En el hogar había una pila de leña y carbón sin encender. Algunas ropas yacían dispersas al pie de la cama, donde la mujer estaba tendida llevándose a los labios una botella de licor.

—¡No lo empines como si fuera aguardiente, mujer!

Era la voz de Holmes. Estaba sentado en la única silla de la habitación, de espaldas a la ventana. La muchacha lo miró un instante, meneando la cabeza entre intrigada y confusa.

—¿Quieres un trago? —preguntó al fin.

Holmes había sacado del bolsillo una caja de rapé, y se estaba echando el polvillo en el dorso de la muñeca. Me sorprendió, pues nunca le había visto tomar rapé. Se llevó el polvillo a las fosas nasales, y luego sacudió la cabeza y rió.

—No, tengo placeres más sutiles. «Soy fuego y aire; doy mis otros elementos a una vida más baja». Sólo quise indicarte que lo que estás bebiendo es un coñac de calidad, no un brebaje cualquiera.

La mujer se encogió de hombros y apoyó la botella sobre la colcha.

—Todo va a parar al mismo lugar, ¿no te parece? —dijo con una risita.

Entonces oí pasos en el empedrado. El corazón me palpitó aceleradamente. ¿Moriarty se nos echaba encima? Esperé tensamente, aplastando la espalda contra la pared. Luego la figura pasó de largo y vi que era una vieja. Desapareció en una de las casonas del callejón. Una falsa alarma, pero había servido para recordarme lo peligroso que era situarme ante la ventana.

Cualquiera que saliera del callejón no dejaría de verme, y el escandaloso resultado podía echarlo todo a perder. O bien tenía que entrar en el cuarto y advenir a Holmes, o bien buscar un escondite y esperar las novedades. Al cabo de un momento de reflexión opté por la segunda posibilidad. Encontré un sitio adecuado en el extremo del callejón. Desde allí tenía una vista favorable de la única puerta del cuarto donde aguardaba Holmes. La llovizna arreciaba de nuevo, pero para un viejo soldado los rigores de la vigilancia eran leves y fáciles de soportar. Me acurriqué con la espalda contra la pared arropándome en mi abrigo, paladeando la satisfacción interior de saber que por primera vez desde que había desobedecido la orden original de Holmes era de nuevo dueño de la situación. Mi amigo no corría peligro inmediato, y mi ubicación era propicia para enfrentarme a cualquier amenaza futura. Me sentí profundamente aliviado de haber llevado la situación a esta resolución feliz.

Me engañaba, por supuesto, pero no es eso lo que me avergüenza. Mis errores eran honestos, y la verdad una abominación inconcebible. No, lo que confieso con rubor es la imperdonable debilidad de dormirme mientras vigilaba. Para esto no hay excusa posible. Aunque mis conjeturas hubieran sido correctas, habría sido una monstruosa falta a mi deber. ¿Y quién diría lo que habría ocurrido si yo hubiera estado despierto para oír la voz que pedía socorro? ¡Pero basta! Lo cierto es que después de yacer acurrucado en el extremo del callejón durante más de una hora, con el cuerpo dolorido y el cerebro exhausto, el sueño me venció.

Desperté, calado hasta los huesos, de lo que al principio pensé que había sido un breve descanso. Al consultar mi reloj descubrí horrorizado que eran cerca de las cinco. Por un momento permanecí incrédulamente sobre los adoquines donde había dormido casi dos horas. Luego, con un estremecimiento de terror mortal, recordé dónde estaba. Las palabras de Holmes de pronto me retumbaron dentro del cráneo: «¡Tiene que matar dos veces en el mismo lugar!». Dos víctimas: ¡Holmes y la muchacha! ¿Qué podía ser más simple o más efectivo? Habría sido una solución perfectamente económica y elegante para el «menudo problema» que mi amigo había mencionado. Moriarty, a la vez que concluía su duelo con Holmes y daba cuenta de un testigo que de lo contrario le estorbaría en el futuro, cumpliría con los requerimientos de su proyecto diabólico.

Me incorporé trabajosamente y me dirigí rápido y en silencio hasta la ventana por donde antes había atisbado la habitación. Lamentablemente las cortinas estaban ahora

cuidadosamente cerradas. Luego oí con asombro que alguien se movía dentro del cuarto. Luché por dominar mi excitación al comprender que aunque quizá era demasiado tarde para salvar a mi amigo, aún podía vengarlo. Mientras me dirigía sigilosamente a la puerta, doblando la esquina, noté que uno de los paneles de la otra ventana estaba roto y toscamente tapado con un paño. Era una oportunidad inmejorable para hacer un reconocimiento antes de lanzar el ataque. Con infinito cuidado descorrí el trozo de tela brillante. Luego introduje la mano y entreabrí las cortinas.

Estaba preparado para algo horroroso, pero para el espectáculo que vi no había preparación posible. A primera vista sugería un pavoroso desastre natural. ¿Era posible, pensé, que una persona estallara? Luego, con dolorosa certidumbre, reconocí en esa confusión de carnes dispersas a la mujer que había visto bebiendo y hablando con Sherlock Holmes pocas horas antes. Él aún estaba con ella, pero no muerto. No, mucho peor que muerto. Estaba vivo. En ropa interior parecía un gigante en ese cuarto diminuto. El fuego crepitaba y la sombra de Holmes se extendía sobre la cama y su carga monstruosa. Las ropas de Holmes estaban prolijamente plegadas y apiladas sobre la silla, a salvo de la sangre que le cubría las manos, las muñecas y los brazos y le salpicaba la ropa interior. Cuando se movió, también se movió su sombra, y la muchacha fue visible con más claridad. Yacía de espaldas en la cama empapada en sangre. El torso estaba completamente cortado y descuartizado. La mesa de noche estaba cubierta de órganos. El brazo de la muchacha había sido cercenado a la altura del hombro, y la mano hurgaba en las profundidades del abdomen mutilado. Era espantoso contemplar la garganta abierta, pero sin duda lo peor era el rostro. Le habían seccionado la nariz y las orejas, y la piel estaba cortada en lonchas, pero una discreción diabólica había perdonado los ojos. Imperturbables, me miraban fijamente desde esa cara destrozada, una mirada tan imposible de eludir como de tolerar.

En cuanto a Holmes, empuñaba su pipa de arcilla y su bisturí, y en ese momento estaba cortando el muslo derecho, arrancando la carne para exponer el fémur. Al cabo de un rato dejó el bisturí, levantó un trozo de carne y lo colgó cuidadosamente del marco de un cuadro. Entretanto canturreaba una alegre melodía. En ese momento no pude identificarla, pero después de haberla oído en circunstancias bastante diferentes puedo revelar, si de algo sirve, que se la conoce como *La donna è mobile*.

## Cuatro

COMO cirujano militar he visto a muchos hombres con lesiones masivas. Los que sufrían las heridas más graves, paradójicamente, eran los más serenos. Los gritos y las contorsiones son características de los casos menos críticos. Los más extremos parecen a salvo de una conciencia plena de sus padecimientos; un trance piadoso les vela los sentidos, y si más tarde se recuperan a menudo son incapaces de recordar con precisión el periodo en que sus vidas parecían desahuciadas. No puedo evitar la sensación de que algo similar debió ocurrirme en el momento que acabo de describir, aunque en mi caso era el espíritu y no la carne el que había recibido el golpe mortal. De todas maneras, me es absolutamente imposible referir en detalle cómo transcurrió para mí ese viernes festivo. Todo cuanto puedo evocar son unas cuantas impresiones vividas que carecen de sentido y coherencia. Mi memoria, como un mensajero idiota, ha olvidado los puntos fundamentales, reteniendo fruslerías faltas de interés e importancia. Así, recuerdo claramente estar sentado en un banco de un cuarto sofocante alumbrado por dos lámparas de aceite tan mugrientas que parecían absorber la luz en lugar de irradiarla. Permanecí allí no sé cuánto tiempo, vaciando una copa tras otra de un líquido que la vieja mujerzuela que atendía el mostrador describió como ginebra, aunque sabía más bien a un brebaje medicinal. No sé qué ocurrió después. ¿Adonde fui? ¿Qué hice? Creo que caí sobre unos rieles de tranvía húmedos y durante varios minutos yací impotente sobre los adoquines. Más tarde, pienso, traté de abordar un coche de alquiler, pero el conductor, sin duda alarmado por mi aspecto, me alejó de un fustazo. Para entonces había multitudes por todas partes, y campanas que tañían, y una procesión con bandas, caballos y hombres vestidos como para una vieja obra, mientras unos rapaces corrían pregonando un horrible asesinato y la gente cuchicheaba con ojos atemorizados. Luego todo es borroso.

Recobré el conocimiento de bruces bajo un rosal. El cielo estaba oscuro y soplaba un viento muy fuerte. Me temblaba el cuerpo, pero me sentía de nuevo dueño de mí mismo. Una hilera de luces indicaba una avenida ancha en las cercanías. Un alto pilar se elevaba en esa turbulenta oscuridad, y volví a oír la sirena quejumbrosa de la barcaza que me había despertado. Reconocí en el pilar a ese obelisco popularmente conocido como la Aguja de Cleopatra. Con cierta dificultad pasé por encima de la baranda y caí a la acera. Me quedé un instante bajo un farol examinándome el aspecto. No era tranquilizador. Descubrirse echado en un parterre de un parque público sin la menor noción de cómo se llegó hasta allí debe ser embarazoso para cualquier persona respetable. La situación no mejora en absoluto cuando uno descubre que le faltan el sombrero, la corbata, el dinero y el reloj, que tiene el abrigo puesto al revés y las otras ropas empapadas y sucias, y que la pechera de la camisa huele inequívocamente a ginebra barata.

Dando la vuelta al abrigo pude ocultar lo más lamentable de mi condición, y cuando pasó un cabriolé minutos más tarde logré ser aceptado como pasajero tras intercambiar unas palabras con el conductor. Cuando me preguntó adonde me dirigía, respondí sin pensar «la calle Baker», y de golpe el recuerdo de lo que había presenciado esa mañana asaltó mi memoria con un aullido. ¿Cómo me enfrentaría a Holmes? Era imposible. Pero no tenía dinero y estaba completamente impresentable. Además, si no me cambiaba rápidamente de ropas corría serio peligro de pescar una neumonía. ¿Qué podía hacer? ¿Iría o no al 221 B? Ésa era la cuestión, y cuando el coche llegó a la calle Baker ya había obtenido una respuesta. Solicité al cochero que siguiera hasta la esquina de la calle King<sup>[23]</sup> y luego regresara a pie para ver si el señor Holmes estaba en casa. Aceptó, alentado por una promesa de dinero. Si Holmes se encontraba allí yo estaba resuelto a afrontar las miradas en el club. Pero tuve suerte. Mi cochero volvió con buenas noticias, por las que fue debidamente recompensado, y a los pocos minutos trataba de apaciguar las expresiones alarmadas de la señora Hudson mientras aceptaba con gratitud su oferta de un baño seguido de algo caliente y nutritivo. Aparentemente ella no había visto al otro inquilino, pero en la mesa del vestíbulo había un telegrama para mí. Leí el cable mientras subía las escaleras. Lo habían despachado esa tarde desde Dover, y decía lo siguiente:

M se nos escabulló en Whitechapel pero le descubrí la pista. Intenta huir al continente pero no se me escapará. Manténgase en su puesto y espere nuevas instrucciones. Holmes.

Si era un alivio saber que la ausencia de Holmes iba a prolongarse por un tiempo, su cable no hacía más que intensificar el misterio. Lo leí una vez más. Era, sin duda alguna, la voz de Holmes que siempre había conocido, un hombre totalmente incapaz de las atrocidades que sin embargo le había visto cometer esa misma mañana. Por un momento me pregunté si no me estaba volviendo loco. En mi cerebro se alojaban dos verdades igualmente poderosas y válidas, pero lamentablemente para el bienestar de ese órgano ambas se contradecían recíprocamente. La primera era que había visto a Holmes mutilando fríamente el cuerpo de una muchacha muerta. La segunda que Holmes era Holmes, y el resto por lo tanto era imposible.

Dejé a un lado el dilema mientras me bañaba, cambiaba y comía la succulenta cena preparada por la señora Hudson. Pero en cuanto hube atendido a mis necesidades inmediatas el interrogante volvió a asediarme con toda su fuerza y no hubo manera de eludirlo. Reconsideré el asunto, inclinándome primero por una posibilidad y luego por la otra. En cuanto me había convencido de que Holmes mismo era el asesino de Whitechapel y su historia acerca del profesor Moriarty una patraña, mis instintos se revelaban y desechaban una noción tan ridícula. Pero luego recordaba ese bárbaro espectáculo y ya no sabía a qué atenerme. ¿Era posible que hubiera soñado todo el episodio? En ese caso, las consecuencias serían muy serias para mí, pues habría

perdido el uso de la razón. Pero ¿acaso era más fácil de admitir que mi mejor amigo, el célebre compañero con quien había compartido la mayor intimidad durante más de siete años, era un maniaco homicida?

Al cabo comprendí que ciertos aspectos de mi experiencia de la mañana podían ser corroborados. Si se había cometido un asesinato, la noticia figuraría en los periódicos. Recogí el gran fajo de papel impreso que Holmes solía traer diariamente a nuestra sala, y me senté para hojearla. No parecía haber ninguna alusión en los diarios de la mañana, y por un momento mi equilibrio mental pareció puesto en entredicho. Pero la razón, por supuesto, decía que el cadáver no se había descubierto hasta horas tardías de la mañana. En las ediciones vespertinas pronto descubrí lo que buscaba. Se pensaba que la víctima era una tal Mary Kelly, de veinticuatro años. El asesinato se había cometido en Miller's Court, un callejón lateral de la calle Dorset. El cuerpo había sido mutilado de una manera que excedía toda descripción. No podía existir la menor duda de que Jack el Destripador había atacado de nuevo, y con una saña y audacia que eclipsaban incluso sus delitos anteriores.

Todavía estaba leyendo esas noticias cuando sonó la campanilla. Eran las once y diez. Holmes decía que después de las once los visitantes son invariablemente criminales o policías. En este caso resultó uno de los últimos. Abrí la puerta y me encontré con el inspector Lestrade, que entró con un aplomo adquirido en años de hacernos visitas oficiales.

—Buenas noches, doctor. Espero que no le moleste que lo visite a estas horas, pero vi la luz encendida. Quería intercambiar unas palabras con el señor Holmes.

No supe qué decirle. ¿La policía ya había descubierto lo que yo todavía no atinaba a creer?

—¿Holmes? Ah, claro, Holmes. ¡Ah, no! No está. Es decir, salió. Del país, diría yo...

Pero Lestrade ya había reparado en el formulario, que recogió y leyó sin escrúpulos.

—Hum. ¿Al continente, verdad? ¡Bien, bien!

Me miró con una sonrisa ligeramente burlona. Decidí borrarla.

—Puede que esté bien de veras, si logra devolver ese demonio a la tierra —declaré sin rodeos—. Al menos nosotros no nos quedamos con las manos totalmente vacías, inspector. ¿Y usted?

—Bien, por cierto que no puedo permitirme el lujo de correr a París cuando las aguas se enturbian, si a eso se refiere usted —gruñó Lestrade—. En cuanto a los preciosos mapas y horarios del señor Holmes, estoy harto de ellos.

Sentí un inmenso alivio. Era el viejo Lestrade, y sin duda no sospechaba nada.

—Vamos —repliqué—, no puede negar que Holmes predijo el ataque del asesino con una precisión total.

El detective sonrió con sorna.

—Sin duda, doctor Watson, sin duda. Lamentablemente lo que nos interesaba no

eran sus profecías sino la captura del Destripador. En eso no tuvimos tanto éxito, ¿verdad? El señor Holmes hizo llenar Whitechapel de policías, toda la zona salvo un pequeño sector de Spitalfields. Y allí fue donde nuestro amigo Jack se nos escabulló, hizo lo suyo y se fue de lo más campante, mientras a todos se nos enfriaban los tobillos en la comisaría. Bueno, por lo menos a mí. En cuanto a ustedes dos, no sé qué fue de ambos.

Eludí la pregunta ofreciéndole a Lestrade un trago que aceptó sin titubeos. Luego, suponiendo que yo ignoraba totalmente lo sucedido, empezó a describirme la escena del crimen.

—Lo más gracioso es que todo pasó en la misma calle donde el señor Holmes tiene su habitación, donde lo mandé llamar la última vez. Bajo sus mismas narices, en la calle Dorset. El asesino se despachó a gusto. Nunca vi nada semejante. Había trabado la puerta de algún modo, y tuvimos que arrancar la ventana para entrar. Y le diré que es una suerte que yo hubiera almorzado antes de ir, pues pasarán unos cuantos días antes de que tenga ganas de comer carne de nuevo. No tiene idea de lo que parecía esa pobre muchacha, doctor, y le aseguro que es una suerte para usted. Es un espectáculo que nadie olvidaría en cien años. Eso es lo que la gente no entiende cuando la toma con la policía. Nadie desea más que nosotros ver encerrado a ese demonio. Sólo Dios sabe lo que se le ocurrirá la próxima vez, pero algo es seguro... seremos nosotros quienes tendremos que presenciar los resultados.

Pasamos un par de minutos en silencio, cada cual sumido en sus reflexiones. Luego, casi inaudiblemente, Lestrade volvió a hablar.

—Eso no es lo peor, sin embargo. Tuvimos que ocultárselo a la prensa, pero a usted puedo confiárselo. Hay algo más horroroso aún.

—¿Qué puede ser más horroroso?

—La muchacha estaba embarazada.

—Dios mío.

—De tres meses, y con el vientre cortado como un bofe.

Un dedo helado me rozó la médula.

—«¡Tiene que matar dos veces en el mismo lugar!».

—¿Cómo dijo?

—Oh, nada importante. Pero dígame, ¿qué rumbos siguen actualmente sus investigaciones?

El detective soltó una risa hueca.

—¿«Rumbos»? ¿Qué rumbos? No hay ningún rumbo. Nadie lo vio llegar, nadie lo vio irse. Una vieja prostituta oyó que alguien gritaba y luego se durmió otra vez. Los alaridos y chillidos de la gente en la calle Dorset son como los gorjeos de los pájaros en Kent. ¿Qué se espera que hagamos? No somos adivinos, sabe usted.

—¿El asesino dejó alguna clave de su identidad?

—Nada. Había una pipa de arcilla, pero podría pertenecer a cualquiera. No creo que la muchacha seleccionara mucho sus compañías, usted me entiende. Aparte de

esto sólo había unas ropas femeninas y los muebles, a menos que el hombre haya quemado algo en el hogar. Un detalle curioso... las cenizas todavía estaban calientes cuando entramos. Debió de haber encendido un gran fuego, y no entiendo por qué. De esa manera podía llamar la atención, y uno piensa que eso es lo último que quería.

Gesticulé lánguidamente, como solía hacerlo Holmes.

—No creo que sea tan difícil de entender, amigo mío. El asesino sin duda prendió el fuego por razones muy comprensibles y nada exóticas. La mañana no era precisamente calurosa, al menos no fuera de la comisaría, y si el homicida se quitó la ropa antes de mutilar el cuerpo, cosa que me parece muy probable, sin duda habrá deseado calentar el cuarto. Además, habría necesitado iluminación extra. Uno no puede llevar a cabo una disección satisfactoria, por muy tosca que sea, a la luz de una vela.

—¿Una vela? —dijo—. ¿Yo mencioné una vela?

Fue un momento difícil.

—¡Bien, mi querido Lestrade! ¡Me parece sensato suponer que una pocilga como la que describen los diarios no tendría instalación de gas! ¿Qué le parece a usted?

El inspector me miró inexpresivamente. Luego meneó la cabeza como para ahuyentar una idea, y se incorporó de la silla.

—Son los gajes de este oficio —se quejó—. ¡Otra palabra más y le tomaré por sospechoso, doctor! ¡Ja, ja!

—¡Ja, ja, ja!

—¡Ja, ja! ¡Oh, qué bueno! Bien, le agradezco muchísimo el trago. No lo distraeré por más tiempo. Envíe mis saludos al señor Holmes y deséele buen viaje de mi parte. De paso, ¿quién es M?

—Oh, es la M de «muerte». Es sólo una clave para el asesino.

—Ah, comprendo. Muy bien, buenas noches.

Permanecí despierto una hora después de que Lestrade se marchó, reflexionando acerca de lo que me había dicho, lo que ya sabía y lo que creía saber, pero sin encontrar ninguna solución a mis interrogantes. Por la mañana renové mis esfuerzos, y al cabo llegué a una conclusión que habría de satisfacerme durante los próximos días. Se basaba en el hecho de que aunque yo había visto cómo Holmes desfiguraba el cadáver de la mujer, en realidad no lo había visto matándola. ¿No era posible que la mutilación, tan espantosa de por sí, fuera en realidad una parte necesaria de un plan de Holmes para capturar al verdadero asesino, el profesor Moriarty? Quizá Holmes no había podido impedir el asesinato de Miller's Court, pero había descubierto un modo de entregar al culpable a la justicia. Quizá eso requería la mutilación del cadáver hasta un punto que ni el profesor hubiera soñado. Llegado el caso, la naturaleza firmemente cerebral de mi amigo no habría titubeado. Habría sopesado el mayor bien contra el menor mal y habría actuado en consecuencia. Evidentemente yo no atinaba a vislumbrar cómo la mutilación de las heridas de la víctima podría incidir en la captura del homicida, pero los designios de Holmes habitualmente superaban en

mucho mi entendimiento. De todas maneras, esta conclusión proporcionaba una clave razonable y característica para una serie de circunstancias de lo contrario inexplicables.

Por unos días, como dije, esta teoría me satisfizo, pero llegó el momento en que tuve que admitir sus puntos débiles. El jueves 15 de noviembre recibí un telegrama de Berna, Suiza, que decía lo siguiente: «M liquidado. Regreso sábado. Holmes». Este mensaje inofensivo me precipitó a una situación rayana en el pánico. ¡Holmes regresaba! ¡Holmes estaría de vuelta en dos días! ¿Pero sería a Holmes a quien vería entrar por la puerta? ¿Sería la mano nudosa de Holmes la que estrecharía, o la garra ensangrentada de Jack el Destripador? ¿Podía sentarme ante el fuego y fumar una pipa y bromear con un hombre que tal vez era el asesino de Whitechapel? ¡No! Era inconcebible. Ya no me bastaba simplemente con dar a mi amigo el beneficio de la duda. Tenía que averiguar la verdad... y pronto.

En 1881, poco después de mudarme al 221 B de la calle Baker, había dedicado un momento de ocio a confeccionar una lista de los rasgos personales de mi nuevo amigo según los entendía entonces, con la esperanza de deducir la línea de trabajo con la que estaba comprometido. Este método prosaico debe ser afín a mi temperamento, pues siete años después recurrí de nuevo a él. Pero mi «pequeña lista» era esta vez una enumeración mucho más siniestra. Trabajé en ella hasta que el atardecer invernal oscureció las calles, y luego encendí la lámpara y seguí adelante. Al final tuve la seguridad de que no había pasado por alto nada importante. Éste era el memorándum que había elaborado:

¿Pudo Sherlock Holmes ser culpable de los asesinatos de Whitechapel?

**PRO:**

1. Holmes estaba en Whitechapel la noche del doble asesinato, y también esta última, y en ambas oportunidades estaba solo en las horas clave.
2. Por otra parte, mientras él estaba ocupado con otros trabajos en octubre, y ese fin de semana, cuando no me separé de él ni un minuto (pese a sus protestas), no se cometieron homicidios.
3. En cuanto a los primeros asesinatos, mi diario muestra que Holmes había salido la noche del 30 al 31 de agosto. No tengo ningún registro de las noches del 6 al 7 y del 7 al 8 de septiembre.
4. Al igual que Holmes, el asesino es sin duda un maestro del disfraz, pues las descripciones de los testigos difieren notablemente.
5. El asesino es capaz de mutilar un cuerpo humano rápida y completamente, trabajando casi a oscuras. Puede localizar hasta órganos tan inaccesibles como el riñón. Esto indica profundos conocimientos de anatomía práctica, que fue una de las materias que Holmes estudió en Bart's.

6. Se conviene en que el asesino debe conocer íntimamente cada calle y callejón de Whitechapel. Nadie conoce éste o cualquier otro distrito de Londres mejor que Holmes.
7. Después del asesinato de la plaza Mitre los rastros conducían por la calle Goulston a la calle Dorset, donde, según ahora sé, se encuentra el refugio de Holmes en Whitechapel.
8. Holmes pudo haber hecho la inscripción de la calle Goulston. La carta falsificada que envió a Lestrade a finales del mes pasado demuestra su dominio de esa letra. (¿Y habrá sido en verdad un riñón de ternera lo que utilizó para manchar de sangre mi tarjeta de visita?)
9. Es un gran misterio la habilidad del asesino para sortear las patrullas policiales. Esto no sería una gran hazaña para Holmes, ya que él mismo planea los horarios.

### **CONTRA:**

1. Holmes es ante todo un gran campeón de la justicia —el gran campeón. Es inconcebible que pudiera participar, y mucho menos ser el principal responsable de una serie de actos criminales tan monstruosos.
2. He vivido siete años con este hombre. Es tan asesino como yo, y no hay más que decir sobre este asunto.

La lectura de esta síntesis fue una llamada de atención. Me asombró descubrir la cantidad de evidencias que sugerían la culpabilidad de Holmes, y aún más comprobar que no había un solo hecho inequívoco que demostrara su inocencia. Las razones para acusarlo eran sin duda puramente circunstanciales, y cualquier elemento aislado podía significar muy poco. Pero el conjunto tenía toda la fuerza de una evidencia irrecusable, y cuando uno añadía lo que yo había presenciado con mis propios ojos esa mañana en Miller's Court, los argumentos en contra eran gravísimos. ¿Y con qué podía responder la defensa? Con nada salvo mi propia declaración como testigo del acusado; mi convicción de que Holmes era simplemente incapaz de tales atrocidades.

Una vez examinado el caso, naturalmente empecé a preguntarme cuáles eran los fundamentos de dicha convicción. No porque deseara socavarla, pero si mi comprensión del carácter de Holmes era todo lo que se interponía entre yo y la posibilidad de que estuviera compartiendo mi casa con Jack el Destripador, necesitaba examinar minuciosamente sus cimientos. De modo que durante el resto de la noche permanecí sentado, examinando tan fría e impersonalmente como pude todo cuanto sabía acerca de Sherlock Holmes. Traté de desechar todas mis entrañables y firmes creencias y examinar a Holmes como si fuera un desconocido. Los resultados de este ejercicio fueron sorprendentes. Al final descubrí que casi todo lo que daba por sentado acerca de Holmes era en el mejor de los casos muy cuestionable y, en el peor,

indudablemente falso.

¿Qué recursos le quedaban a la defensa? El primero de los dos argumentos había sido que Holmes era «ante todo un gran campeón de la justicia —el gran campeón—. Antes, esto siempre había parecido evidente de por sí. Holmes había dedicado la vida a la captura de delincuentes. Ante esa circunstancia, inquirir si era un campeón de la justicia parecía tan absurdo como preguntar si el arzobispo de Canterbury era cristiano. Claro que era verdad que en más de una ocasión, tras descubrir al culpable, se había tomado la atribución de constituirse en juez y jurado, permitiendo a un asesino que muriera en libertad o a un ladrón que escapara del país. Pero eran sólo infracciones triviales —casi podría decirse interpretaciones liberales— de la norma general. La norma en sí era respetada. ¿O no? Cuanto más lo pensaba, más vislumbraba que por tratarse de un campeón de la justicia la manera en que Holmes encaraba su trabajo era por lo menos excéntrica. ¿Cuando se trataba de aceptar o rechazar un caso, escuchaba el pesaroso relato de la víctima con la sensación de que se había cometido un mal y era su deber repararlo? Jamás. El fervor moral era un lujo que Holmes sólo se consentía tras asegurarse de que el problema cumplía con el requisito de ser interesante. Ésa era la vara con que medía todos los posibles casos, y si no le interesaban lo rechazaba sin vacilación. ¿Era ésa la actitud de un campeón de la justicia o la de un intelecto profundamente abstracto que encontraba en la investigación criminal un campo propicio para el ejercicio y despliegue de ciertas habilidades? La respuesta se aclaró en cuanto consideré que para un auténtico campeón de la justicia Utopía sería una tierra donde se desconocían los actos criminales. Para Holmes, una región semejante merecería la inscripción: «Los que entráis abandonad toda esperanza».

En cuanto me acostumbré un poco a verlo bajo esta nueva luz, me pregunté cómo podía haberme equivocado a tal punto acerca de Holmes. Pero la respuesta era bastante obvia. Así como un jugador de ajedrez al principio debe elegir entre las piezas blancas o las negras, Holmes, en su busca de un desafío intelectual, había optado por las fuerzas de la ley. Y como las manipulaba tan bien, todos habíamos terminado por identificar a Holmes con las piezas blancas, como si el destino de ellas significara algo para él fuera de la partida. ¡*La partida!* Ese era su único deleite. Cuando se volvió insípida, cuando ya no hubo oponentes dignos de sus poderes, Holmes no se alegró de la derrota de los contrincantes negros. No, se volvió ansioso e irritable y se sumergió en un mundo de estímulos artificiales. Allí fue, sin duda, en alguna caverna oscura y desolada de la mente, abierta por los hechizos de la cocaína, donde una voz le urgió a pasarse al otro lado del tablero. Yo era el menos indicado para sorprenderme. ¿Cuántas veces le había oído quejarse de la aburrida falta de iniciativa de los delincuentes? ¿Cuántas veces había murmurado sombríamente que era una suerte para la sociedad que él hubiera optado por consagrar sus energías a la captura de villanos y no a emularlos? ¿Cuántas veces yo había escuchado sus especulaciones acerca de lo que haría si se propusiera iniciar un caso en lugar de

esperar ociosamente a que otro lo empezara? En definitiva, parecía inevitable que tarde o temprano Sherlock Holmes se dedicara al crimen.

Todo esto era de por sí muy coherente. Pero sin duda no bastaba para dar cuenta de los horrores de Whitechapel. Si el mismo genio de Holmes se había volcado al crimen, como ahora estaba dispuesto a creer, ¿la humanidad básica del hombre no lo habría incitado a limitar sus operaciones o atentados contra la propiedad? Al menos aquí yo podía disponer de una certidumbre. Toda la urdimbre de insinuaciones y sugerencias debía deshacerse ante la simple declaración que había consignado como segunda objeción a esta acusación monstruosa: Holmes no era un asesino. Podía ser amoral; podía considerarse por encima de la ley; hasta podía convertirse en delincuente, pero no era un asesino. Tal como yo había escrito, no había más que decir sobre el asunto.

Si la situación hubiera sido menos urgente me habría contentado con dejar las cosas así. Pero la noticia del inminente regreso de Holmes era una presión demasiado fuerte. No podía costearme el lujo de la suspensión del juicio. Tenía que decidir si continuaría o no viviendo en la calle Baker, y la decisión era impostergable. Traté de concentrarme de nuevo en mis reflexiones, pero estaba demasiado agotado y ya no podía forzar la atención. Me recosté en mi asiento y encendí un cigarrillo. Habían dado las doce, y era la mañana del viernes 16. Siete días habían transcurrido desde que contemplé petrificado ese cuadro espantoso. La plenitud de su horror volvió a adueñarse de mi alma y como un viento del norte barrió la niebla que había oscurecido mi visión de la verdad. ¡De golpe, abrumadoramente, lo supe! ¡La actitud de Holmes... ésa era la clave! Todos mis sofismas se hicieron añicos en cuanto evocé con escalofriante nitidez no lo que Holmes había hecho, sino cómo lo hacía. ¡Esa serena determinación! ¡Ese aire de maestro contemplando su obra! ¿Sherlock Holmes incapaz de asesinar? ¡Tonterías! El hombre que podía abrir y destripar el cadáver de una mujer embarazada silbando arias de una ópera italiana —aunque fuera por la mejor razón del mundo— era capaz de todo y de cualquier cosa.

Hasta el momento, en este juicio *in camera*, yo había empleado exclusivamente la forma de argumentación que Holmes me había enseñado a denominar inductiva. A partir de los hechos tal como los conocía, había procurado evaluar la probabilidad de que Holmes fuera el asesino. Ahora mi visión de la escena en Miller's Court sugería otro camino. Si mi amigo era capaz de asesinar, ¿qué tipo de asesinato era probable que cometiera? No podía imaginarlo matando a gentes cuya vida tuviera algún valor para la humanidad o fuera fuente de deleite para ellas mismas o los demás. Por tanto escogería sus víctimas entre aquellas personas cuyas vidas fueran brutales, breves y desagradables. Más aún, su legendaria frialdad ante el otro sexo era un detalle marginal que contribuía a la posibilidad de que sus víctimas fueran mujeres. Así, las evidencias sugerían que buscaría sus presas entre las desdichadas del East End. Pero había otra clave suministrada por el carácter de Holmes que prácticamente daba el asunto por concluido. Me refiero a su repulsión casi patológica hacia cualquier

alusión al acto del que esa clase de mujeres es casi una encarnación ambulante. Si iba a matar, pues, es muy probable que matara prostitutas de Whitechapel. Era, después de todo, el asesinato más leve que podía imaginarse, casi a un paso de la eutanasia.

¿Y la mutilación? Ése era, desde luego, un acto necesario una vez que había llegado tan lejos. Pues matar prostitutas de Whitechapel no involucraba ningún desafío para un hombre del calibre de Holmes. Era demasiado fácil. Para que la partida fuera lo bastante difícil y peligrosa como para ser satisfactoria, tenía que sumar desventajas, y la mejor manera era alertar a la prensa, al público y a la policía de sus intenciones. Pero ¿cómo llamar la atención ante todo? Como Lestrade había declarado, Whitechapel era un paraíso criminal. La muerte violenta era allí un hecho cotidiano, y los asesinatos de Holmes, sin características especiales, no habrían despertado el interés público más que el informe de que un perro había mordido a alguien en Westminster. Pero si el mismo perro despedazaba a varias personas en la misma zona, desapareciendo en cada ocasión sin dejar rastro, la prensa aguzaría el oído y se daría por enterada. Así Holmes había descubierto su táctica final. Tras matar a las infortunadas, mutilaría gratuitamente los restos y los abandonaría en la calle para que el próximo peatón tropezara con ellos. El efecto era inmejorable. Qué extraño, pensé, que la solución buscada hubiera consistido en la deformación de los cadáveres. Una de las primeras cosas que el joven Stamford me había contado acerca de Holmes antes de presentarnos, en 1881, era que tenía el hábito de golpear con un bastón a los sujetos de las salas de disección de Bart's. Todo encajaba a la perfección, el círculo se cerraba.

Con esta conclusión caí dormido en mi silla. Cuando desperté mis certezas volvieron a desmoronarse. ¿Sherlock Holmes —mi amigo Holmes— la cara oculta de la máscara del Destripador? A la fría luz del alba mi conclusión parecía totalmente extravagante, y los argumentos que me habían conducido a ella se habían volatilizado. Pero ya no podía demorarme. Empaqueté mis escasas pertenencias en dos baúles y por la mañana me mudé a un hotel. Esa misma noche invité a Mary a cenar conmigo, a solas. Tomamos jerez con la sopa, vino del Rin con la langosta, Beaune con el bistec y champaña con el soufflé. A la hora del café le imploré que accediera a casarse conmigo. Le expliqué con apasionada insistencia que me resultaba imposible dormir serenamente mientras proseguían estos atroces asesinatos, sabiendo como sabía que mi amada vivía en una casa donde no había hombres para defenderla. En vano Mary adujo que las mujeres respetables no eran amenazadas, que el escenario de los crímenes era Whitechapel y no Camberwell y que el riesgo era por tanto insignificante. Deseché estas objeciones. ¿Cómo podía ella saber cuál sería la próxima decisión de un maniaco? Nadie podía deplorar más que yo un apresuramiento indecoroso, pero no podía reprimir mis tiernos sentimientos. Como ella veía, yo me mostraba inusitadamente pálido y tenso. El remedio estaba en sus manos. Mientras la luz de mis días no estuviera a salvo bajo mi propio techo, no recobraría la salud. Finalmente ella claudicó ante mis impertinentes exigencias y nos

despedimos con el acuerdo de que celebraríamos nuestra unión en cuanto pudieran llevarse a cabo los arreglos necesarios.

La mañana siguiente envié una carta al 221 B de la calle Baker. Aunque no podía afrontar la perspectiva de encontrarme de nuevo con Holmes, y mucho menos de compartir una vivienda con él, tenía todas las razones para desear quedar en buenos términos con mi examigo. Por tanto, en lugar de proceder a una separación brusca preferí adecuar la verdad a mis propósitos. La carta era la siguiente:

Querido Holmes:

Lamento muchísimo no poder recibirlo en casa personalmente. Pero tengo una buena excusa, en verdad la mejor del mundo. Mary y yo acabamos de casarnos. Sin duda usted se sorprenderá ante lo repentino de la boda, y en realidad yo mismo comparto esa sorpresa. Lo cierto es que estos horrores de Whitechapel han trastornado los nervios de la pobre Mary. Después de la última atrocidad quedó totalmente abatida. Como usted sabe, no hay en la casa de Forrester ningún hombre que ejerza una influencia tranquilizadora, y ambas mujeres han terminado por convencerse mutuamente de que serán las próximas víctimas del asesino. Desde luego les señalé que las mujeres respetables no corrían peligro y que en todo caso el escenario de los crímenes era invariablemente Whitechapel y no Camberwell. ¡Pero usted sabe cómo son ellas cuando una idea se les ha metido en la cabeza! Sólo la idea de un casamiento inmediato podía consolarla. Accedí, cuando menos para proteger a Mary de la influencia de esta poco saludable morbidez. En cuanto a la señora Forrester, creo que ha resuelto ir a vivir con sus parientes de Yorkshire. Me alegra saber que usted ha logrado poner un adecuado punto final a la carrera del profesor Moriarty. Si de veras puede asegurar que estos horribles asesinatos han llegado a su término, toda Inglaterra le debe las gracias. Naturalmente, ansío escuchar los detalles de los labios de usted. Espero sinceramente que todos los afanes que acarréala iniciación de una nueva vida no me impidan satisfacer este deseo por largo tiempo. Como luna de miel, mi esposa y yo estamos visitando la costa sur, deteniéndonos unos días en cada ciudad. Una carta enviada a mi club llegará a mis manos sin demoras inconvenientes.

Sinceramente suyo, Watson.

Despaché esta carta desde Brighton, donde pasé recluido los cinco días siguientes. Contando con el consentimiento de Mary, había hecho arreglos para que nos casáramos en una pequeña iglesia de Marylebone. Me pareció prudente permanecer entretanto fuera de la ciudad, para evitar la posibilidad de un embarazoso encuentro con Holmes. A finales de la siguiente semana Mary y yo celebramos nuestra boda y esa tarde salimos de Londres rumbo a la costa de Norfolk. Noviembre no es la mejor

época del año en Cromer, pero es muy tranquila. En esa tranquilidad, con Mary a mi lado, encomié las fuerzas para encarar y dominar la escandalosa verdad con que tan ingenuamente había tropezado.

Pronto advertí que aunque mis problemas personales inmediatos estaban resueltos, aún me enfrentaba a un gravísimo dilema moral. Tenía razones para creer que Sherlock Holmes había cometido seis brutales asesinatos y quizá intentaría otros. ¿Qué debía hacer? En circunstancias normales, desde luego me habría limitado a informar a la policía. En realidad ése era mi deber, y al no cumplirlo yo mismo estaba infringiendo la ley. Pero ¿cómo podía entrar en un puesto policial y anunciar que suponía que el asesino de Whitechapel era un hombre célebre en todo el mundo por sus servicios en la lucha contra el crimen? Aun suponiendo que no me enfundaran de inmediato en una camisa de fuerza, ¿qué evidencias podía presentar en respaldo de esa temeraria acusación? Sólo detalles vagos y circunstanciales que no bastarían para condenar ni siquiera a un criminal conocido, además de mi testimonio, no respaldado por nadie, de que había visto a Holmes mutilando el cadáver de Mary Kelly. Y en todo caso, aun cuando por milagro lograra persuadir a la policía de investigar a un hombre que sin duda consideraban tan intachable como el príncipe de Gales, ¿cuál sería el resultado? Todas las objeciones que Holmes había esgrimido cuando yo propuse comentar a Lestrade lo del profesor Moriarty tendrían la misma vigencia en este caso. La policía no podría tomar medidas sin que Holmes las percibiera instantáneamente y las evadiera con suma facilidad. La principal ventaja con que contábamos era que Holmes no tenía razones para suponer que se sospechaba de él. Esta ventaja era importantísima, pues en la práctica anulaba la superioridad natural de nuestro hombre. Mientras no ejercitara sus facultades podía ser derrotado, pero si lo alertábamos no quedaría esperanza alguna. Por tanto había que desechar toda apelación a las autoridades, pues sin duda lo echarían todo a perder.

Pero si yo no podía delegar mis responsabilidades en otros, entonces tendría que afrontarlas por mi cuenta. Fueran cuales fuesen mis sentimientos personales, tendría que cultivar la amistad de Holmes y vigilar de cerca sus actitudes y movimientos. Y si él empuñaba de nuevo el cuchillo yo tendría que estar presente para acudir a la policía y entregar el asesino a la justicia. Por un momento me arrepentí del impulso que me había incitado a abandonar la casa de la calle Baker. Mi vigilancia habría sido mucho más fácil si me hubiera quedado. Pero tan cerca, Holmes habría reparado en mis cambios de actitud y eso habría sido fatal. Además, mi tarea no era en realidad tan ardua como parecía al principio, pues si Holmes se empeñaba en el plan que tanto le había costado meter en el cerebro a Lestrade (¡cómo debió divertirse!, ¡qué broma macabra!), las únicas veces en que sería necesaria una vigilancia estrecha serían alrededor de cada fin de mes y el fin de semana inmediatamente anterior. Podía hacerse y había que hacerlo. Lo que necesitaba, por tanto, era una residencia lo bastante cerca de la calle Baker para que mis «visitas» parecieran naturales, y una práctica médica que me dejara con suficiente libertad para cumplir con un deber más

importante: ¡proteger al público de Jack el Destripador!

Para entonces ya se acercaba el fin de noviembre, y con él la amenaza de otra atrocidad. El 28 regresé a Londres dejando a Mary en Cromer. Mi plan era instalarme en un hotel durante el fin de semana, pero una carta que me esperaba en el club lo alteró abruptamente. En el sobre figuraba mi nombre escrito con trazos familiares, y al abrirlo leí lo siguiente:

23 de noviembre de 1888

Querido Watson:

Leí su carta del 16 del corriente con sumo interés, y lamenté que mis ocupaciones en Suiza me hubieran imposibilitado asistir a la boda de usted. Le ruego acepte mis augurios de felicidad y envíe mis saludos a su esposa.

Temo que su ansiedad por saber más acerca de la desaparición del profesor Moriarty, cuya defunción nadie lamentará, tendrá que ser reprimida aún por un tiempo. La embajada rusa ha anunciado que las autoridades imperiales están dispuestas a darme carta blanca si puedo arrojar alguna luz en el misterioso caso de cierto caballero de Odesa. No sé quién era el señor Trepoff para que los ministros del zar se preocupen por su destino, pero el caso presenta ciertos rasgos de interés que de por sí me indujeron a aceptarlo. Parece que el hombre fue hallado ante el escritorio de su cuarto de hotel frente a un volumen de poemas de Lermontov. No había sangre ni desorden. En realidad, la única anomalía era que al caballero le faltaba la cabeza. Sólo había otro ocupante en el cuarto, el valet de Trepoff, que al parecer está totalmente fuera de sus cabales y es incapaz de emitir ningún sonido salvo una serie continua de graznidos y cloqueos.

Parto esta mañana para Odesa, y sea cual fuere el resultado creo que me mantendré alejado de Londres por algún tiempo. Ahora que Jack el Destripador ha desaparecido la ciudad me parece «marchita, insípida e inútil»<sup>[24]</sup>. Me es realmente imposible interesarme en las mezquinas andanzas de nuestros criminales insulares. Afortunadamente, el villano del continente aún no ha borrado de su profesión todo rastro de imaginación y creatividad, pero si también él me fallara al menos puedo comprar una Baedeker y una carpeta de dibujo y hacerme turista.

Muy sinceramente suyo,

Sherlock Holmes

Al recorrer estas líneas experimenté una sensación casi física de alivio. Cada frase parecía respirar normalidad y hablar del Holmes que yo había conocido y respetado por tanto tiempo, y no del monstruo terrible que me había negado a recibir. Además, me alegraba que se alejara voluntariamente de los escenarios que habían presenciado esos insidiosos estallidos de violencia destructiva. Un período en el exterior podía resultar beneficioso. Esa noche volví a Mary con una serenidad que ignoraba desde hacía muchas semanas, para informarle de que podíamos concluir nuestra luna de

miel sin nuevas interrupciones.

Las manecillas del reloj que marcan el tiempo de mi narración deben girar ahora más rápidamente. Pasaron tres meses. Adquirí una modesta clientela en el distrito de Paddington, y pasé los días serena y fructíferamente, atendiendo las dolencias de mis pacientes y mis responsabilidades como esposo y dueño de casa. Pero no estoy escribiendo una autobiografía, y mi único contacto con Sherlock Holmes durante este período fue a través de dos cartas típicamente vividas que recibí de él y que no intentaré copiar en vano. La primera fue despachada desde Darjeeling, Bengala, el 4 de enero. Decía:

Querido Watson:

Sin duda le ha extrañado mi prolongado silencio, pero últimamente he viajado por regiones que no se caracterizan por la regularidad de los sistemas postales. Tras aclarar el misterio de Odesa descubrí, no con demasiado asombro, que la cordialidad de las autoridades rusas se había disipado resueltamente una vez que descubrí la identidad del «Señor Trepoff». Cuando cuatro robustísimos caballeros visitaron mi cuarto de hotel a primera hora de la mañana empuñando un ataúd, creí llegada la hora de despedirme. Afortunadamente había detectado el olor de cianuro de potasio en el champaña enviado por un admirador anónimo la noche anterior (de ninguna manera me atrae el champán dulce: ¡deberían ser más precisos en esos detalles!) y cuando el cortejo me visitó yo estaba escondido en la chimenea.

Valiéndome de casi todos los medios de transporte conocidos por el hombre, y varios previamente desconocidos por mí, viajé al sur, atravesé Crimea y llegué a Bakú. Luego crucé el Mar Caspio y me interné en el gran desierto de Kara Kum, desde donde llegué, tras un número de incidentes interesantes, a Afganistán. Por supuesto los rusos suponían que me dirigía a los Balcanes, o que pasaría a Turquía cruzando el Mar Negro, pero decidí decepcionarlos. No es exagerado decir que la información que ahora poseo, si se la comunicara a ciertos sectores, podría ocasionar la caída del actual régimen político en Rusia. Sabrá usted cuan poco me interesa un acontecimiento semejante, pero no se puede culpar a los hombres del zar si prefieren contar con una garantía de mi silencio. Por tanto debo mantenerme alejado hasta el mes que viene, porque después el asunto dejará de tener importancia.

Para matar el tiempo, pasé unos pocos días en Lhasa. Uno de los hombres del virrey mencionó por casualidad, en el curso de nuestra conversación, que ningún europeo había penetrado en esta «ciudad prohibida» del Tibet. Naturalmente eso bastó para incitarme. Bien, tal vez sea verdad que ningún europeo estuvo allí, pero un anciano y venerable asceta budista el mes pasado visitó al Lama en *pelèrinage*, y si se hubiera despojado de la magnífica barba y la expresión de sublimidad trascendental, usted quizá habría reparado en su asombrosa semejanza con

el muy sinceramente suyo

Sherlock Holmes

Esta epístola fue seguida unas tres semanas más tarde por otra, no menos singular, escrita en Colombo, isla de Ceilán:

Querido Watson:

Como ve usted, me he desplazado hacia el sur, pero por razones profesionales y no personales. Una terrible tragedia se ha abatido sobre una de las familias principales de esta región, y las autoridades, que están totalmente desconcertadas (*Plus ça change...!*), me han encomendado el caso. Debo admitir que tiene el aspecto de un menudo rompecabezas. Aún no inicié mis investigaciones personalmente, pero por lo que sé los protagonistas fueron dos hermanos, Henry y Edward Atkinson, únicos herederos de una gran plantación de té cerca de Trincomalee, donde viajaré mañana. Parece que Henry estaba jugando a los naipes en el Service Club cuando irrumpió su hermano y le descerrajó seis tiros con toda deliberación, entregándose luego sin oponer resistencia. Un caso semejante, a juzgar por las apariencias, no requeriría mi intervención. Hasta el pobre de Lestrade podría ser disculpado por dar el asunto por concluido. Eso parecía, hasta que el cadáver de Henry sufrió un examen de rutina en la morgue. Entonces se descubrió que el cuerpo no tenía ninguna lesión, mientras que el estómago contenía una dosis de veneno que le había causado la muerte. De modo que al presente tenemos la interesante situación de Edward confesando sin trabas que le disparó al hermano, un hermano que sin embargo no murió a tiros sino envenenado, y para colmo todo ocurrió delante de cien miembros eminentes de lo que aquí pasa por sociedad. Un poco *recherché*, ¿no cree?

Si yo fuera en verdad la máquina calculadora que algunos suponen, bien podría optar por postergar indefinidamente mi regreso a Inglaterra. «¡Al oeste, joven!» puede ser un consejo excelente para los moralmente intachables, pero la crema de los malhechores, sin duda por pura perversidad, parece haberse ido al este. Sin embargo, cada día que pasa añoro más la lúgubre neblina y la tediosa monotonía del escenario londinense. Me defenderé de toda acusación de irracionalidad aduciendo que es muy natural que desee ver con mis propios ojos cómo mi amigo Watson se adapta a los rigores de la felicidad de la vida doméstica. ¿Es necesario que diga cuánto deseo verle de nuevo a usted y a la señora Watson? Temo que su esposa no simpatice del todo conmigo por haber tolerado tanto tiempo su congénita inclinación a la bohemia, pero ya que desempeñé un humilde papel en el primer encuentro de ustedes, quizá ella pese a todo esté dispuesta a dar la bienvenida, cuando regrese de nuestras colonias orientales, al

muy sinceramente suyo  
Sherlock Holmes

Una posdata añadida dos días más tarde decía lo siguiente:

Mis investigaciones en Trincomalee han confirmado mis conjeturas iniciales sobre el caso Atkinson. No creo que me demore aquí mucho tiempo. En realidad, no llegaré mucho después de esta carta, a menos que se presente algún imprevisto. Si alguno de sus piadosos deberes lo condujera de nuevo cerca de nuestra vieja vivienda quizá tenga usted la bondad de subir para cerciorarse de que todo está en orden.

Transcurrieron varios días antes de que tuviera tiempo para cumplir con este requerimiento, y cuando al fin fui a la calle Baker la señora Hudson ya estaba enterada de la inminente llegada de su huésped. La noticia, parecía, había sido traída por un «holandés elegantísimo». De esto inferí que en efecto se había presentado «algún imprevisto», pero la dueña de la casa no pudo arrojar más luz sobre el asunto. Subí los diecisiete escalones que conducían a las habitaciones que habíamos compartido tanto tiempo con una extraña mezcla de sentimientos. El hogar estaba apagado, la atmósfera fría y húmeda, pero en mi imaginación veía las llamas crepitando, y un té servido a la mesa, y a Holmes, la figura alta y enjuta arropada en su vieja bata, explicándome los detalles más sutiles del caso que actualmente trataba de resolver. Allí, de pie en el crepúsculo de una tarde de marzo, Sherlock Holmes parecía más enigmático que nunca. ¿Quién era él? ¿Esa imagen humana y pedante cuyo espíritu aun entonces parecía rondar el cuarto? ¿O el carnicero desalmado que encubierto por un disfraz había añadido otro círculo al infierno de Whitechapel? ¿Cuál de estas imágenes irreconciliables era la verdadera? ¿Lo sabría alguna vez? Pero había una pregunta aún más urgente que exigía una respuesta: ¿quién era Holmes ahora? ¿Quién era el hombre a quien pronto vería por primera vez desde que nos habíamos separado en Spitalfields esa noche fatídica? Las cartas que había escrito parecían augurar mejores pronósticos, pero no podía aceptarlas como prueba concluyente de que Holmes estaba curado. En mi opinión, había sido arrastrado al homicidio por una potente mezcla de aburrimiento y cocaína. Mientras permanecía en el exterior, entre sensaciones desconocidas y retos novedosos, no temía ninguna recaída. Pero en cuanto se viera de nuevo encarcelado en el Londres que él mismo había descrito como un escenario de «tediosa monotonía», la situación podía empeorar abruptamente.

Al final, nuestro encuentro fue casual. Yo regresaba a casa a lo largo de la calle Baker la noche del 20 de marzo, y al echar una ojeada a nuestro cuarto me sorprendí al ver la lámpara encendida, y contra la persiana una silueta que era indudablemente la de mi amigo. Me apresuré a llamar, y fui recibido con muestras de cortesía y tal vez con inconfesada emoción. Acababa de llegar de Holanda, donde lo había demorado unos días un asunto cuyos detalles rehusó exponer. Deduje que se trataba de algún caso delicado relacionado con la familia real de ese país, pero Holmes se negó a explayarse sobre el tema. De sus otras aventuras, sin embargo, habló con toda espontaneidad, narrándome ante todo la historia fascinante de la tragedia de

Trincomalee.

—No me lo habría perdido por nada del mundo —empezó, sentándose ante el fuego de un modo que recordaba gratamente tiempos idos—. En realidad, aunque sólo me quedara de mis viajes ese único caso, me bastaría para considerar que aproveché el tiempo. No porque hubiera algo interesante en el motivo o el método. El primero era sórdido y el último vulgar. No, todo el interés del asunto se concentraba en cómo los planes mejor trazados por los criminales se fueron absolutamente al traste.

—¿Adonde?

—Al traste. Que es lo que ocurre, si hemos de creer a Burns, con los proyectos de los ratones<sup>[25]</sup> y los hombres, o, en este caso, de una mujer y un hombre. La esposa de Henry y su...

—Pero ¿cómo puede un hombre disparar a otro delante de cien testigos y dejarle el cuerpo intacto? —exclamé con impaciencia.

—¡Bien, Watson! Con su habitual e infalible instinto usted acaba de señalar el único rasgo de este complejo enigma que sería obvio hasta para un niño. En el cuerpo de Henry no había heridas por la excelente razón de que en el arma de Edward no había balas. Los cartuchos estaban vacíos.

—¡Vacíos! Pero ¿entonces por qué...?

—Pues, vera usted, Edward no sabía que estaban vacíos. Sin duda pensaba que iba a dispararle al hermano. ¡Sin embargo, también creía que cuando le disparara ya estaría muerto!

—¡Holmes!

—Desconcertante, ¿verdad?

Tras solicitarme que no le interrumpiera, procedió a explicarme que la situación involucraba no a dos sino a tres personas, y la tercera era Elizabeth, la esposa de Henry. Los tres vivían juntos en la mansión familiar de los Atkinson, una enorme villa en los suburbios de Trincomalee. Henry era un individuo brutal y dominante, y violento e imprevisible en sus arrebatos. Sin duda percibía la creciente amistad entre su hermano menor y su esposa, quienes tenían casi la misma edad. Como hija de un oficial naval, Elizabeth se había acostumbrado a cierto grado de independencia. El esposo la trataba de la misma manera que a sus peores nativos. Ella por su parte se volcó cada vez más en Edward en busca de afecto y protección, y entre ellos se forjó un lazo que fue fortificado tanto por la presencia indeseable de Henry como por sus frecuentes y afortunadas ausencias por razones de trabajo. El desenlace era inevitable. Henry regresó un día inesperadamente y sorprendió a Elizabeth y Edward en una situación que, aunque no era en absoluto inmoral, indicaba a las claras que la relación de ambos había franqueado el límite de lo legal y en verdad estaba a punto de despeñarse en lo impuro y lo ilegal. La reacción de Henry fue característica de su temperamento. Envió a Elizabeth a su dormitorio, donde más tarde la azotó con una fusta, y ordenó a Edward que abandonara la casa antes del amanecer.

—En esta crisis, separados y solos, Elizabeth y Edward compartían un pensamiento común de asesinato —continuó Holmes—. Pero aunque el objetivo de ambos era el mismo, sus planes para alcanzarlo eran peculiarmente diferentes. Edward, con la impulsividad ingenua de su sexo, decidió seguir al hermano por las plantaciones al día siguiente, y matarlo a tiros en el momento oportuno. La mente femenina de Elizabeth, por otra parte, concibió la idea más sutil y más perversa de envenenarlo. Más aún, tuvo la astucia de prever la ocurrencia de Edward, y como ella no podía ejecutar su plan inmediatamente, decidió detenerlo. En algún momento de esa noche, por tanto, se las arregló para descargar el revólver de Edward, reemplazando las balas por cartuchos vacíos. Así salvaría a su amante de la horca. A lo sumo habría una escena desagradable entre ambos hermanos, y cuando llegara la noche ella se encargaría de Henry sin riesgo para ninguno de los dos.

»Sucedió que durante todo el día Henry fue acompañado por un capataz nativo, y a Edward le fue imposible intentar el homicidio que planeaba. Elizabeth, entretanto, no había permanecido ociosa. Se había procurado una cantidad de un alcaloide apropiado con el propósito de administrárselo esa noche a su esposo en el Service Club, donde todos los miércoles iban a jugar a los naipes con un médico naval y un capitán. El médico era célebre por sus galanterías con las beldades locales, de las que Elizabeth Atkinson era un magnífico ejemplo. También se rumoreaba que había perdido una enorme suma de dinero jugando a las cartas con Henry Atkinson, cuya probidad en el juego era cuestionable. En pocas palabras, el médico era un buen señuelo para desviar la atención de la policía. Pero no olvidemos a Edward. Ya que no había podido matar al hermano en las plantaciones, decidió rondar la casa con la esperanza de matar a Henry cuando entrara o saliera. Sus planes fueron frustrados de nuevo, y tuvo que seguir al matrimonio a Trincomalee. Mientras los Atkinson y los oficiales navales jugaban a las cartas, Edward acechaba en los matorrales, aferrando un revólver sin saber que estaba cargado con cartuchos vacíos. No sé con qué exactitud anticipaba las intenciones de Elizabeth, pero sin duda observaba muy atentamente a los cuatro jugadores. Tal vez notó que la mujer echaba un polvillo en la bebida de su esposo. Debió ver cómo el primer espasmo de agonía contorsionaba los rasgos brutales de Henry. En ese momento pensó sólo en Elizabeth y en ocultar el delito de ella con el propio. De manera que irrumpió en el club y descargó el arma inofensiva en el cuerpo de Henry. Su hermano se desplomó en el suelo y sus estertores fueron atribuidos a la acción de las balas. Y así terminó un caso que bien podría titularse “La tragedia de los errores”.

Meneé la cabeza con perpleja admiración.

—¡Una justicia poética, por cierto! —murmuré—. Ella trató de salvar a su cómplice en el pecado, y al hacerlo se colgó a sí misma.

Holmes sonrió.

—No, a menos que lo haya hecho después de que yo me fuera —dijo—. Pero Elizabeth Atkinson no me pareció una dama propensa a arrebatos de excesivo

remordimiento.

—Pero el juicio...

—Ah, sí, el juicio. Elizabeth quedó en libertad. A Edward lo acusaron de alterar la paz y el orden y le impusieron una multa de diez libras.

—Pero las averiguaciones de usted...

—Oh, yo sé lo que ocurrió, y les hice saber que lo sabía, y les leí en los ojos que yo tenía razón. Pero no podía probar nada. No había evidencias que vincularan a Elizabeth con el veneno que mató al esposo, y sin eso mi acusación no era más que una inferencia sin fundamento. Por mi parte, sospecho que ella llegó a algún arreglo con su admirador, el médico a quien al mismo tiempo procuraba incriminar. Pero sin duda usted se apresurará a defender tanto a su profesión como al bello sexo, y debo admitir que no son más que conjeturas. Mi mayor problema era con las gentes del lugar. Estaban absolutamente convencidas de que quienquiera que hubiera quitado del medio a Henry Atkinson había hecho una obra de bien al público, y de que las intromisiones de la metrópoli no eran oportunas. Tuve la impresión de que si Elizabeth Atkinson se propone casarse de nuevo en un par de años sin cambiar de nombre, la comunidad se prestará de buena gana a hacer la vista gorda. ¡Y después dicen que el crimen no beneficia a nadie!

Continuamos conversando en esta vena hasta horas avanzadas. Holmes desenredó la complicada madeja de intrigas políticas que rodeaban al asesinato de Odesa, y refirió tantos episodios emocionantes y pintorescos de su viaje a través del Cáucaso y el desierto hasta el Afganistán que si reprodujera sólo la mitad, mi narración se extendería hasta límites intolerables. Nuestro diálogo fue franco y sin trabas. Nos demoramos en cada aspecto de las aventuras de Holmes y de mi nueva condición, salvo en uno. Pues en medio de nosotros, como el espectro en el banquete, se paseaba el fantasma del profesor Moriarty, cuyo nombre resonaba aún más alto por el hecho de que nadie lo mencionara. En vano esperé a que Holmes hiciera una alusión al hombre que hacía menos de seis meses era para él una obsesión permanente. Por fin, cuando empezábamos a bostezar y a mirar subrepticamente el reloj, no pude reprimir por más tiempo mi curiosidad.

—Pero, mi querido Holmes, ya es casi media noche y aún no me ha contado cómo dio cuenta del infame Moriarty.

Holmes miraba la repisa de la chimenea cuando pronuncié esas palabras. Esperé una respuesta, pero él permaneció en completo silencio, como petrificado. Los músculos de la cara se le aflojaron y palidieron, y los ojos parecían mirar con una intensidad hipnótica. Mientras los segundos transcurrían en silencio, empecé a sentirme tremendamente incómodo, como es inevitable cuando un hombre tan racional y dueño de sus facultades se olvida de sí mismo. Ya estaba preguntándome cómo salir de ese atolladero, cuando de golpe se recuperó del trance.

—Le ruego que me disculpe, Watson —dijo imperturbable—. Estaba elaborando algunas reflexiones que se me ocurrieron a raíz de mi último caso. ¿Cómo decía

usted?

—Le preguntaba acerca de su enfrentamiento final con el profesor Moriarty. Desde luego, supongo que los horrores de Whitechapel deben parecerle a usted historia antigua, pero aquí en Londres aún perduran en la memoria del público. ¿Qué fue finalmente de Jack el Destripador? En el telegrama que usted me envió desde Berna me decía que había muerto, pero ¿cómo sucedió?

Las palabras me brotaron precipitadamente y con un temblor que no pude dominar, pero Holmes no pareció reparar en mi agitación.

—Sí, como usted dice, mis experiencias en Oriente me han hecho olvidar ese asunto siniestro. Pero de cualquier modo el público ya no tiene por qué preocuparse de Moriarty. La tiranía de ese hombre siniestro llegó a su fin.

Holmes se habría contentado con esa explicación, pero le presioné. A regañadientes, me informó de que la batalla final se había librado en el Oberland bernalés, donde había localizado al profesor tras perseguirlo por Francia y Alemania.

—Finalmente Moriarty cometió un sencillo desliz que me permitió derrotarlo. Supuso que estaba engañándome cuando en realidad estaba haciéndome el juego. Nuestro encuentro definitivo tuvo lugar en una famosa cascada que yo había inspeccionado como un escenario apto para mis propósitos. En un sendero estrecho cortado en la roca del abismo, nos trabamos en una discusión final acerca de nuestras cuentas pendientes. Sus argumentos demostraron ser los más débiles.

Dijo estas palabras con frialdad y desgana. El contraste con su vivaz cordialidad de hacía unos momentos no podía ser más notorio. Yo estaba ansioso por oír alguna explicación acerca de lo sucedido esa noche después de que nos despedimos en la calle Commercial, pero presionarlo aún más en un tema tan obviamente delicado, comprendí, tal vez le despertara sospechas en cuanto al motivo de mi excesiva curiosidad. Ése era el último de mis deseos. En realidad, considerándolo con detenimiento, llegué a la conclusión de que no estaba mal que Holmes tratara de soslayar el tema. Quizá significara que había resuelto poner todo ese episodio de su vida en cuarentena, por así decirlo, borrarlo de su memoria de forma tan definitiva como declaraba haber destruido al responsable.

Esa noche nos despedimos en los mejores términos, y al cabo de unas semanas volví a colaborar regularmente con Holmes en la investigación de los casos que se amontonaban de nuevo a su puerta, en cuanto se difundió la noticia de su regreso. A.C.D. incluyó relatos de estas aventuras en los cuentos que publicó después de la muerte de Holmes, de modo que me contentaré con mencionarlos. Después del caso de Irene Adler en marzo, investigamos los acontecimientos que culminaron con el asalto a Mawson & William's, y más tarde, en junio, la extraña desaparición de Neville St. Clair. Julio fue un mes muy activo, pues se nos presentaron tres casos: el de mi viejo compañero de estudios *Renacuajo Phelps* y el opúsculo desaparecido, el relacionado con la pérdida de la nave *Sophy Anderson*, y el sutilísimo asunto vinculado con un duelo que se libró en el parque de Windsor. En agosto, según

revelan mis notas, pudimos exonerar a la señora Nancy Barclay del cargo por la muerte de su esposo, mientras que septiembre nos sorprendió resolviendo los enigmas del prometido de Mary Sutherland, el pulgar desaparecido del señor Hatherley, y las semillas de naranja del señor Openshaw. En noviembre Holmes pudo desbaratar un ingenioso plan para robar la piedra Rosetta, y el año terminó con nuestro inesperado hallazgo del diamante de la condesa de Morcar<sup>[26]</sup>. Esta lista demuestra por sí sola que en 1889 seguí muy de cerca a Sherlock Holmes. Mi práctica, que había sido amplia, se redujo a casi nada como consecuencia de mi continua preocupación por los quehaceres de mi amigo, y temo que mi esposa ocasionalmente debió sufrir duras pruebas por culpa de mi aparente irresponsabilidad. Pero fui recompensado, al llegar el nuevo año, por mi confiada convicción de que Holmes se encontraba perfectamente y el acceso que le había eclipsado temporalmente el genio en el otoño del 88 se había disipado sin dejar huella alguna. Como en los viejos tiempos, parecía feliz de encarar cualquier problema que le presentaran, y los casos que investigamos juntos son apenas una fracción de todos los que resolvió en ese año. En pocas palabras, Holmes se parecía más que nunca al hombre vigoroso y entusiasta que yo había conocido en 1881. La transformación era tan completa que fue con más alivio que sorpresa cuando un día de septiembre recibí el frasco de solución de cocaína y la caja marroquí que contenía las agujas.

—Tal vez usted les encuentre alguna utilidad, doctor —declaró Holmes—. Por mi parte, ya no las necesito. Hasta ahora estuve bastante atareado, pero si escaseara el trabajo recurriré a ciertas técnicas respiratorias que aprendí durante mi estancia en Oriente. El efecto es igualmente satisfactorio y no acarrea complicaciones secundarias.

Acepté los instrumentos del mal sin ocultar mi satisfacción. ¡Era un paso importantísimo! Si había llegado a comprender el peligro que representaba la cocaína y estaba decidido a abandonarla, seguramente estaba a punto de recobrarla por completo.

Antes de dejar de lado estos meses en que Sherlock Holmes estaba, sin saberlo, a prueba, debo consignar un incidente que en su momento me preocupó bastante y luego ejercería un profundo efecto en acontecimientos posteriores. Un miércoles por la mañana, a mediados de julio, una mujer llamada Alice McKenzie fue hallada en un callejón lateral de la calle Whitechapel, con la garganta cortada y el abdomen abierto. Me enteré del crimen por el *Telegraph* de ese día, que comentaba que el asesinato era sin duda uno más en la serie que había aterrado a Londres el invierno pasado. Las ediciones posteriores fueron aún más contundentes. Todos convenían en que el responsable de esa atrocidad era Jack el Destripador.

Fue como la explosión de una bomba. Todas las alentadoras certidumbres que me había afanado en elaborar se reducían a jirones raídos. Luego recobré las esperanzas al recordar que Holmes no había estado solo la noche del crimen. Al contrario, había estado en casa conmigo y dos de los investigadores criminales más distinguidos de

Europa: Monsieur Dubuque y Herr von Waldbaum. Celebrábamos con una cena la feliz conclusión del caso que, según mencioné, surgió de un duelo librado en Windsor. Es conveniente que este caso, que involucró a miembros de tres familias reales en situaciones de naturaleza extremadamente comprometedoras, permanezca incluso hoy sin revelar. Me referiré a él como la historia de la segunda lancha. Los que están familiarizados con los acontecimientos en cuestión entenderán de inmediato a qué me refiero<sup>[27]</sup>. La investigación, relacionada como estaba con los intereses de tantas personas encumbradas, había sido emprendida en conjunto por Holmes y los dos agentes extranjeros que acabo de mencionar. Estos caballeros habían encarado el caso de una manera muy diferente a la de Holmes, pero siempre prevaleció un respeto mutuo, y cuando Holmes demostró que tenía razón su primer deseo fue discutir sus métodos y hallazgos con ambos rivales. Así fue como se acordó el gran simposio. Tuve el privilegio de estar presente, y todavía conservo una relación casi textual de las conversaciones.

¡Nunca olvidaré esa velada! Mucho de lo que se dijo excedía en ese momento mi comprensión, pero podía palpase la crispación de la atmósfera ante la energía que irradiaban esas tres inteligencias sutilmente afinadas. Para cada uno de ellos era una oportunidad única de intercambiar las ideas que constituían el mismo hábito de sus vidas con hombres plenamente capaces de comprenderlas. Por una vez, Holmes estuvo libre de la necesidad de hacer concesiones a su audiencia, y el resultado fue una discusión tan brillantemente aguda como jamás espero oír otra.

Dadas las circunstancias la coartada era inmejorable. Pero ¿era una coartada? Yo había tenido que abandonar la reunión poco antes de las once. Por entonces el tema del caso de la segunda lancha ya estaba completamente agotado, pero la conversación se había encauzado hacia los aspectos más generales de la labor detectivesca y aún estaba en pleno apogeo cuando me marché. Como la McKenzie había sido asesinada entre la medianoche y la una, lo que tenía que averiguar con urgencia era cuánto tiempo había permanecido Holmes con los dos detectives europeos.

Monsieur Dubuque ya había regresado a París, pero afortunadamente pude abordar a Herr von Waldbaum en su hotel. Inventé la torpe historia de que deseaba saber si mi hermano había ido a buscarme alrededor de la medianoche. El alemán me respondió que no podía brindarme ninguna ayuda, pues había salido de la casa de Holmes antes de esa hora. Dubuque, sin embargo, había permanecido más tiempo y tal vez pudiera serme de mayor utilidad... aunque lo más sencillo, *natürlich*, sería preguntarle al mismo Herr Holmes. Caramba, murmuré, no era posible. Estaba de por medio el honor de la familia. Von Waldbaum asintió gravemente.

Salí del hotel presa de la mayor ansiedad. Por un momento pensé en cablegrafiar a Dubuque, pero pronto comprendí que el asunto era muy delicado para expresarlo adecuadamente en jerga telegráfica. Ante todo, tenía que deslizar alguna sugerencia, igual que con el alemán, que impidiera a Dubuque comentar a Holmes mis averiguaciones. Hay una sola manera de asegurarse de que alguien ha captado una

sugerencia —especialmente cuando una barrera lingüística nos separa— y es leyéndole los ojos. En consecuencia me apresuré a volver a casa, empaqueté algunos enseres, le di a mi esposa un pretexto falso, y tomé el expreso nocturno a París. A la mañana siguiente sostuve una pequeña entrevista con Monsieur Dubuque en la Sureté. Con el francés me pareció más conveniente modificar la historia. Tras un prolongado intercambio de cumplidos le pregunté, con un tono de discreta complicidad, si Holmes había recibido la visita imprevista de una dama entre las doce y la una de la noche en cuestión. A Dubuque le sorprendió muchísimo la idea de que el gran detective inglés, célebre por su misoginia, estuviera enredado en algo semejante, pero pudo asegurarme que él y Holmes se habían dedicado a *bavarder* hasta la una y que ninguna cita clandestina se había intentado durante ese intervalo. Pero un hombre delicado y discreto como Monsieur Holmes sin duda habría convenido alguna señal con su *belle inconnue*. Admití que tenía razón, pero mi alivio al enterarme de que Holmes no había cometido el asesinato y todo seguía bien fue tan evidente que Dubuque de inmediato supuso que Holmes y yo rivalizábamos por las atenciones de la dama en cuestión. Le imploré que no comentara nada de esto a Holmes; le pareció ofensivo que yo creyera necesario pedirle algo semejante. Citó a La Rochefoucauld; resistí la tentación de abrazarlo a la manera latina, me despedí, me metí en el primer café que encontré y consumí una pinta de champán.

Fuera por el vino o las buenas noticias, lamentablemente olvidé quitar las etiquetas de mi equipaje al regresar esa noche a Londres. Mary al principio se resistió a aceptar mi explicación por la presencia de un marbete que decía «París vía Dover» en una maleta que presuntamente me había acompañado a Midhurst, Sussex, donde presuntamente había colaborado con Holmes para resolver el misterio del cadáver en la playa. Ella alegó, entre otras cosas, que en Midhurst no había playa. Ése, respondí vagamente, era el misterio. Así terminó el episodio del primer regreso de Jack el Destripador, que tuvo un comienzo altamente dramático, estuvo a punto de transformarse en tragedia, y concluyó peligrosamente cerca de la farsa. Al cabo quedé más convencido que nunca —con esa complacencia irracional que resulta naturalmente de una falsa alarma— de que Holmes podía ser abandonado ahora a sus propios medios.

Mi trabajo en Paddington, mientras tanto, estaba condenado. La mala fama acarreada por mi constante apego a Holmes se había agudizado demasiado para erradicarla, y la resultante atmósfera de pesadumbre y fracaso que impregnaba mi consultorio fue un obstáculo insuperable para la llegada de nuevos pacientes. Tras algunas deliberaciones decidí venderlo y mudarme a otro distrito donde pudiera comenzar de nuevo. Parecía un buen momento para una iniciativa de esa índole. La nueva década también prometía un nuevo comienzo. Yo había cumplido mi deber con la sociedad. Los asesinatos de Whitechapel evidentemente habían llegado a su fin, y Holmes ya no era un peligro público. Había llegado la hora de emprender un cambio. A fines de enero de 1890 encontré un lugar adecuado en Kensington. Ahora por fin

podía iniciar una vida matrimonial en serio, sin las trabas de las responsabilidades que me habían quedado de la soltería. Una nueva era parecía llamarme, y una nueva vida como padre de familia y médico de éxito con una consulta floreciente en una zona respetable y adecuadamente alejada de la calle Baker. Ya no podía estar a disposición de Holmes. De ahora en adelante mis pacientes y mi hogar tendrían importancia prioritaria.

El esfuerzo financiero que me impuso la mudanza fue considerable. Vendí la consulta de Paddington quizá por más de lo que valía, pero no obstante mi esposa tuvo que vender otra de las fabulosas perlas que había recibido del arrepentido Thaddeus Sholto. En verdad, el caso Sholto nos ayudó en más de un sentido, pues inspiró el segundo relato de A.C.D. basado en el trabajo de Holmes y fue escrito por esta época. Me sorprendió un poco verlo regresar a una fórmula que aparentemente había desechado para siempre, pero resultó que *Estudio en Escarlata* había gozado de un gran éxito en Estados Unidos, y una revista norteamericana encargó a A.C.D. una continuación. Desde luego tuve que consultar a Holmes, y recordando sus exabruptos tras la lectura del caso de Jefferson Hope realizada por A.C.D. lo hice con cierto temor. Pero para mi gran sorpresa Holmes accedió de inmediato. Parecía divertirse gratamente que a los norteamericanos les hubiera gustado tanto *Estudio en Escarlata*. Pero ¿qué caso se proponía ahora trivializar mi amigo? Sugerí que tal vez el caso Sholto fuera adecuado para un tratamiento ficticio.

—¡Ah, sí! —sonrió complacido Holmes—. ¡El señor Thaddeus y el hermano Bartholomew! ¡Jonathan Small y Tonga!

—Y Mary Morstan.

—Claro. Sí, tiene sin duda todos los ingredientes para una *novelette* de éxito. Naturalmente, entiendo que su colega no comprenderá sino los trazos menos sutiles de mi método. Pero al menos el caso posee bastantes elementos románticos y aventureros como para satisfacer a los lectores, lo que le ahorrará la necesidad de interpolar melodramas marginales de su propia cosecha.

Cuando *El Signo de los Cuatro*, o «El Problema de los Sholto» se publicó en febrero, hacía seis semanas que no veía a Holmes. Mi determinación de cambiar de vida fue tan firme, en efecto, que en 1890 apenas nos vimos cuatro veces, a lo sumo cinco. Sólo dos veces colaboré con él en una investigación, contra doce del año anterior. En junio viajamos a Herefordshire para investigar el asesinato de Charles McCarthy, y en octubre lo acompañé en el caso del banco de Saxe-Coburg Square<sup>[28]</sup>. Sin duda fue un error por mi parte distanciarme de Holmes de forma tan abrupta. Sin duda debí haberme alejado gradualmente, regresando más a menudo para cerciorarme de que todo seguía bien. Pero, para ser honesto, temo que si hubiera percibido algún indicio de perversidad en el 221 B de la calle Baker simplemente habría desviado los ojos. Tras haberme enfrentado a semejante monstruo y verlo muerto y enterrado, costaba admitir que el suelo se cuarteaba y estremecía sobre la tumba.

Sin embargo, el dilema ni siquiera se presentó. No advertí ningún cambio en

Holmes. En realidad, prácticamente había dejado de pensar en él. Mi vida parecía tan soleada y tranquila como nunca. La Navidad vino y se fue, y estábamos en 1891. Yo era un médico respetado con una práctica próspera y era el amo satisfecho de un hogar ordenado. Jack el Destripador ya parecía un fantasma del pasado, encerrado entre las páginas de diarios amarillentos como los cadáveres que había mutilado sin escrúpulos. Pero Jack no había muerto. Sólo descansaba, y ese descanso terminaría pronto.

## Cinco

FRANCES Coles, una prostituta de Whitechapel de la más baja ralea, fue asesinada poco después de las dos de la mañana del viernes 13 de febrero de 1891. El cadáver fue hallado por un policía en un callejón, bajo una de las arcadas del puente ferroviario, entre las calles Chamber y Royal Mint. Tenía un tajo horrible en la garganta. Los diarios vespertinos dedicaron varias columnas al asunto y nadie manifestó la menor duda de que el asesinato era obra de Jack el Destripador. Se censuró severamente a la policía por haber descuidado la vigilancia; la opinión pública se disponía a enfrentarse a una nueva oleada de terror.

Leí los informes con una sonrisa irónica y una grata sensación de superioridad. Para mí no había duda de que este asesinato no tenía ninguna relación con los anteriores. Yo sabía quién era el responsable de esas atrocidades, y tras ponerme en ridículo a causa de la última hazaña del Destripador no tenía la menor intención de caer en la celada cada vez que degollaban a una prostituta de Whitechapel y la prensa atribuía el crimen a Jack el Destripador para vender mil ejemplares extra. Días más tarde un marinero fue arrestado por el asesinato, y aunque luego lo pusieron en libertad deduje que las autoridades estaban convencidas de que en efecto él había matado no sólo a Coles sino también a Alice McKenzie.

En esa época Holmes partió al continente, aparentemente contratado por el gobierno francés para resolver un caso de suprema importancia. Recibí dos cartas de él. La primera era una nota meramente convencional, cuya única singularidad residía en que Holmes no tenía por costumbre escribir notas convencionales. La segunda, en cambio, era tan peculiar que será mejor que la reproduzca tal como la recibí:

Nimes, 1º de abril

Querido Watson:

Estoy seguro de que usted no ha olvidado a la señorita Gloria Scott, de quien tanto le hablé en relación con los Trevor de Donnithorpe. Sin duda ignora que ahora ella se encuentra aquí, oficiando de intérprete para los ingleses pobres en desgracia. Nos encontramos anoche, y ella me comentó acerca del «eminente científico, el profesor Nemo». Aparentemente sigue con vida. Yo tenía entendido que lo habían matado mientras trabajaba en el desarrollo de los recursos industriales de Francia (carbón, hierro, etcétera). En principio, me he comprometido para continuar con sus investigaciones. Los rastros del hombre son claros. El puesto de mi viejo profesor en Montpellier está vacante. Ciertas tareas son infructuosas si alguien las observa. «¡Cuénteme más, Holmes!», dirá usted. Pero aún no es el momento. Recuerde lo que él escribió: «La verdad correrá, pero no se esconderá, ni se escapará secretamente de

mí». La lengua es pobre, sin duda, pero el sentido es atinadísimo.

Suyo,  
Holmes

Me alarmó sobremanera el desequilibrio mental que revelaba esta carta. Era verdad que un buque llamado *Gloria Scott* había figurado en uno de los primeros casos de Holmes, pues él me lo había contado, pero nunca una dama con ese nombre. En cuanto al profesor Nemo, no sólo nunca había oído hablar de él sino que dudaba mucho que una persona con ese nombre existiera fuera de las páginas de la ficción. Pero lo que me pareció más perturbador fue la desintegración del estilo de Holmes, normalmente impecable, desde la relativa coherencia de las primeras líneas a la jadeante jerigonza de las últimas. En conjunto, la carta evocaba los garabatos de un maniaco drogadicto.

Unas tres semanas después de recibir este extraño mensaje, yo estaba despierto una noche en mi consultorio. Hojeaba las últimas ediciones de las publicaciones médicas especializadas cuando de pronto la puerta se abrió y en el umbral apareció una figura espigada en la que reconocí, al cabo de un momento, a Sherlock Holmes. Aún lo miraba mudo y estupefacto cuando él cayó sobre las manos y las rodillas y gateó con gran velocidad hacia la ventana. Incorporándose, cerró los postigos y les echó el cerrojo.

—¡Holmes! —exclamé—. ¿Qué ha ocurrido? ¡Su aspecto es alarmante!

En verdad nunca había visto a mi amigo tan pálido y demacrado. Tenía la cara entrecruzada de surcos y arrugas y parecía prematuramente envejecido, mientras que el temblor de sus labios era una muestra elocuente de su agotamiento. Dio una vuelta alrededor de mi escritorio, inspeccionando el cuarto minuciosamente. Al final se desplomó en una silla, protegiéndose los ojos de la luz de mi lámpara.

—¿Qué sucede, Holmes? ¿Tiene miedo de algo?

—De alguien.

—Pero ¿de quién?

Me clavó unos ojos borrosos.

—¿No recibió mi carta? ¿Entonces la interceptaron?

Le miré fijamente.

—¿Su carta?

—De Nimes.

—Claro que la recibí. Pero temo que no recuerdo a ninguna de las personas que usted nombraba. ¿Son ellas quienes le persiguen?

Holmes suspiró. Extrajo un cigarrillo, lo estudió un momento y luego me miró de soslayo.

—Ya veo. Desde luego lo sospeché. ¿Tendrá usted un fósforo? Debo disculparme por visitarlo a estas horas. Unos peniques bastarán para reparar la ventana de la despensa, y luego yo le haría poner rejas antes que algún ratero también decida

aprovechar esa comodidad. ¿Está la señora Watson en casa?

—Mi esposa salió de visita.

—¿De veras? ¿Entonces está solo? Sí, por supuesto, el perchero. Debe perdonar mi torpeza. No dormí más que unos minutos en los últimos catorce días. No puedo descansar. Si descanso me ganará de mano. Pero pierdo rapidez, Watson, y eso puede ser fatal.

—Mire Holmes, no sé de qué me está hablando, pero sé reconocer un caso de extremo agotamiento. No puede continuar derrochando energías sin permitir que el organismo se recupere. Su voluntad puede llevarlo más lejos que otros hombres, pero usted sigue siendo humano. Duerma aquí esta noche. Estaremos solos, y yo velaré por usted para asegurarme de que nadie le hará daño.

Holmes sacudió la cabeza tristemente.

—Su oferta es muy generosa, Watson, pero debo rechazarla. Si usted conociera la naturaleza de la amenaza que represento no sería tan liberal con su hospitalidad. ¡Estoy maldito, Watson! La casa donde duermo recibe por la noche la visita del mal. Pero usted podría ayudarme mañana. ¿No me acompañaría al continente por unos días?

—¿Al continente? Pero ¿adonde va?

Gesticuló vagamente.

—¿Adonde voy? A ninguna parte. Estoy huyendo, Watson... ¡para salvar mi vida! Debemos ir donde no nos encuentre. ¡Bah! ¡Nos encontrará dondequiera que vayamos!

Me incliné hacia adelante.

—Pero ¿de quién está hablando, Holmes?

Se sobresaltó.

—¿Eh? ¡Caramba, del profesor Moriarty, naturalmente!

—¿Qué? ¡Pero Moriarty está muerto!

—¿Ah, sí? ¿Muerto? —chilló Holmes en un arrebato de furia—. ¡Muy bien! ¡Como guste! ¡Por supuesto, sería necesario que usted defina de nuevo lo que entiende por muerto, si aplica el término a gente capaz de disparar escopetas, blandir cuchillos, asesinar desdichadas y llevar al mejor agente criminal de Europa al borde de una crisis nerviosa!

Mi desconcierto era total.

—Pero Holmes, usted me dijo que estaba muerto, ¿o no?

—Yo le dije que me había equivocado, que había sobrevivido y estaba otra vez al acecho.

—¿Usted me dijo? Pero ¿cuándo? ¿Dónde?

—¡En mi carta, hombre! En una clave tan elemental que creí que hasta usted podría comprenderla. ¡El caso del *Gloria Scott*, Watson! ¿No sabe leer entre líneas? Oh, no tiene importancia. El hecho es que Moriarty ha regresado de entre los muertos y está suelto por las calles de Londres. Fue él quien mató a esa mujer, Coles, y habría

ido más lejos si yo no se lo hubiera impedido. Una y otra vez luchó por romper el cerco, pero yo me interpose en cada oportunidad. Le aseguro, amigo mío, que si pudiera escribirse una narración detallada de lo sucedido en estas ocho semanas quedaría como el más brillante ejemplo de persecuciones y elusiones en la historia detectivesca. Nos transformó a los dos en hombres desesperados y exhaustos. Ya no hay contención ni juego limpio. Sólo existe el instinto de destruir frente a un contrincante implacable, y el primero de nosotros que ceda una pulgada es hombre muerto. ¡Es él o yo, Watson, y sin reparar en los medios!

Permaneció un buen rato en silencio, con la cabeza fatigosamente apoyada entre las manos. Luego se incorporó y me dirigió una mirada implorante.

—Por eso estoy aquí. Dios sabe que no deseo traer un peligro a su hogar, pero no me ha quedado más alternativa. ¡Necesito su ayuda, Watson, y la necesito desesperadamente! Moriarty y yo estamos tan en pie de igualdad que la situación es insuperable. La intervención de usted quizá vuelque las cosas a mi favor. ¡Una semana, Watson! Nada más que una semana. ¿Vendrá? Será como en los viejos tiempos. ¡Diga que vendrá!

Con lágrimas en los ojos, y con un torbellino de emociones encontradas en el pecho, repliqué fervorosamente:

—Viejo amigo, ¿acaso puede dudar?

Sonrió, y se tendió en la silla. Pocos minutos más tarde cerró los ojos, dejó caer el cigarrillo apagado de entre los dedos y se durmió. Fui a mi gabinete y preparé una solución soporífera liviana que luego inyecté en el brazo de Holmes. Lo que más me preocupaba era asegurarle un descanso ininterrumpido. Con la ayuda de mi cocinera —una formidable irlandesa— llevé arriba al inconsciente Holmes y lo tendí en una cama de la habitación libre. Tras cerciorarme de que estaba cómodo, cerré la puerta con llave y volví abajo. Luego me serví una generosa medida de *whisky* y traté de reflexionar qué demonios haría.

No me hacía ilusiones en cuanto a la gravedad de la situación. Quizá no había entendido la clave de la carta de Holmes, pero comprendía perfectamente el mensaje en código de su conversación. Sabía a quién se refería cuando mencionaba a Moriarty, y entendía perfectamente la índole del combate que libraban él y el profesor. Si Holmes estaba loco, se trataba, como era de esperar, de una locura metódica. Su gran mente estaba en ruinas, pero en esas ruinas la vida persistía. ¿Sabía lo que había hecho? ¿En alguna zona intacta de su cordura advertía en qué se había transformado? Parecía que sí, y como la locura le había resultado demasiado difícil de dominar, había luchado con ella en las tinieblas de su alma y la había arrojado fuera, llamándola Moriarty. Todo cuanto hacía y decía no sólo debía ser observado sino interpretado tal como se interpreta una charada. Sus palabras, que parecían una pesadilla delirante si se las entendía literalmente, adquirirían una límpida transparencia en cuanto uno comprendía que la lucha a que él se refería se estaba librando dentro de los límites de su propio cerebro.

En lo más íntimo, sin duda supe desde siempre que este momento tenía que llegar. De lo contrario, ¿cómo me habría encontrado tan lúcido, tan poco sorprendido —casi tan aliviado—, ahora que la tormenta había estallado al fin? Había sido un sofocante y bochornoso interludio plagado de racionalizaciones y cobardías. Yo siempre había sabido lo que correspondía hacer. Todas mis dudas y evasiones eran sólo tentativas para negar esa sombría verdad. Sabía que horrores como los que había presenciado en Miller's Court no se curan con aire libre y ejercicios. Hay que destruirlos. Lo que había sabido desde el 9 de noviembre de 1888, pero había anhelado que no fuese necesario. ¡Cómo había ansiado librarme de esa odiosa responsabilidad! Y ahora otra mujer yacía asesinada, y su sangre pesaba sobre mi cabeza como si yo mismo la hubiese matado. Mi conducta me pareció absolutamente despreciable y la rechacé con repulsión. No podía enmendarla, pero al menos podía poner punto final a mis titubeos y por una vez actuar con firmeza.

Confío en que el lector que hasta ahora me ha seguido pacientemente no se burlará de mí cuando confiese que incluso en estas circunstancias extremas no atinaba a convencerme totalmente de la culpa de Holmes. Si fuera uno de nuestros novelistas psicológicos tal vez tendría esperanzas de comunicar los sutiles matices de reserva y desconfianza que constelaban la casi sólida certeza de mi mente. Siendo quien soy, sólo puedo decir que pese a todo necesitaba aún una evidencia más, alguna chispa final que hiciera arder todo el material que tan laboriosamente había juntado. Pues se acercaba el momento en que debería afrontar a Holmes, mirarlo a los ojos y decirle lo que sabía. Era tal el dominio que el hombre ejercía desde hacía tiempo sobre mí que me espantaba echar todo a perder en el último momento. Si iba a librarme para siempre de su influencia, necesitaba alguna prueba irrefutable y definitiva de su transformación, para luego proceder con entera frialdad a hacer lo que correspondía.

Tomé el abrigo y el sombrero, le eché un vistazo a Holmes, que estaba profundamente dormido, y luego salí de la casa. En High Street tomé un carruaje que en quince minutos me dejó frente al 221 de la calle Baker. Antes de irme le había quitado a Holmes el llavero, y un minuto después estaba de pie en la sala que me era tan familiar. Todo parecía igual, salvo que el desorden era aún mayor del que recordaba. El suelo era prácticamente intransitable, cubierto de montículos de periódicos. Las gavetas estaban abiertas y rebosantes, y cada superficie horizontal estaba atiborrada de conjuntos de objetos caprichosamente yuxtapuestos. Permanecí cinco minutos contemplando esa escena con el corazón deshecho, y luego me quité el abrigo y puse manos a la obra. Me llevó casi cuatro horas completar la búsqueda, pero para entonces había palpado y examinado cada artículo de la casa sin encontrar nada que uno no pudiera esperar en la vivienda de un caballero de gustos excéntricos. Por cierto no había hallado esa prueba definitiva y condenatoria que ansiaba y temía. Me desplomé, desalentado, en el sillón de terciopelo de Holmes y encendí un cigarrillo. Eran las cuatro de la mañana. En pocas horas Holmes despertaría. ¿Qué

ocurriría entonces? ¿Podía dejarlo ir, sabiendo lo que sabía? ¿Podía actuar de otro modo, sin saber más? Sin darme cuenta me había levantado del sillón y recorría el cuarto de un lado a otro, como Holmes cuando trataba de descubrir un enigma. Finalmente, harto de abrirme paso a través de los montículos de papel impreso, me detuve frente a las altas ventanas que daban al desolado cañón de la calle Baker y contemplé el cielo oscuro donde pronto despuntaría la primera luz del alba.

Vislumbré la verdad de golpe. En un momento estaba mirando por la ventana sin ningún propósito y al siguiente estaba hurgando furiosamente en el escritorio de Holmes. Pronto encontré el maletín de cuero que buscaba. Ocultándolo bajo el abrigo, dejé la casa sigilosamente, caminé hasta la esquina y tomé por la calle Blanford. Eché un vistazo alrededor para asegurarme de que nadie me observaba antes de deslizarme dentro de la guarida. Pasé de largo la primera casa y me detuve frente al portón de madera que daba al fondo de la segunda. Estaba sin llave. Entré. Las ventanas de la propiedad estaban oscuras y no tenían cortinas. La puerta trasera estaba cerrada con llave. Extraje el maletín, que contenía las herramientas de Holmes para forzar puertas y ventanas. Había estudiado los métodos de mi amigo en varias ocasiones, cuando él creía necesario entrar en un edificio sin consentimiento del propietario, y aunque desconocía las reglas más sutiles de ese arte podía forzar una puerta tan bien como cualquiera. Poco después estaba de pie en un corredor desnudo, cuyo papel desconchado y olor a humedad delataban un prolongado período de descuido y abandono. Encendí la linterna sorda, otro de los implementos del maletín, y me puse a buscar.

La casa era en todos sus aspectos lo contrario del número 221, al que se enfrentaba a través de la calle Baker. Esto también se extendía al estado de los cuartos, que estaban —salvo uno— completamente desnudos y vacíos. La única excepción era el dormitorio del primer piso. Éste estaba total y sencillamente amueblado: una cama, un ropero, un lavabo, una cómoda. Como el cuarto de Holmes en el 221 B, con el cual se correspondía, también tenía un cofre de estaño atiborrado de papeles y recuerdos. Los papeles eran de dos tipos. Primero, había recortes de los informes periodísticos acerca de los asesinatos de Whitechapel apilados dentro de cajas de cartón. Los textos estaban muy subrayados en ciertas partes, y salpicados de comentarios marginales y signos de admiración. También había varios fajos de papeles manuscritos que tenían el mismo aspecto de los registros de casos resueltos que Holmes guardaba en el cofre de su cuarto. Pero éstos eran de una especie muy diferente: relatos exhaustivos, gráficos y complacientes de cada uno de los asesinatos de Whitechapel, redactados por el homicida. Más tarde quemé esos papeles, pues no eran una lectura recomendable, pero conservé una página que servirá para ilustrar el tono del conjunto. Era una especie de índice escrito en el estilo tosco y descarado cuyos trazos habían popularizado el nombre de Jack el Destripador, y decía así:

## CURRÍCULUM MORTIS



como los que se usan en hospitales para conservar órganos y examinarlos. Estaban llenos de un líquido incoloro y sellados con cera. Los dos primeros que observé contenían varios órganos abdominales. Entre ellos reconocí parte de un hígado, una sección de duodeno, un riñón, y un largo tramo de uretra. El último recipiente...

(Aquí me interrumpí con la esperanza de omitir ese último detalle obsceno. Pero estoy seguro de que sin ese detalle no se comprendería del todo mi comportamiento posterior).

El último recipiente contenía porciones de útero, además de un feto de unas doce o catorce semanas. Pegada al vidrio había una etiqueta de papel con seis líneas manuscritas:

En la regia ciudad de Victoria  
había un pesebre en medio de la escoria  
donde una madre recibió a un extraño  
que la trató de modo muy hurraño:  
Kelly era la madre que se dijo  
en este recipiente está su hijo.

No sería nada exagerado afirmar que esas seis líneas sellaron el destino de Holmes. Yo ansiaba una prueba tan evidente e irrefutable que carcomiera nuestra amistad como un ácido, dejándome en libertad para destruir a un extraño y un asesino. Aquí estaba esa prueba, y el efecto que me produjo no sólo cumplió sino que excedió ese requerimiento. En rigor pude librarme del asunto allí y entonces. No tenía más que llamar a Lestrade y mostrarle mi hallazgo, y luego llevarlo a casa y entregarle a Holmes. Pero era demasiado tarde para lavarme las manos de ese modo. Si sólo hubiera descubierto los papeles y los recipientes, sin esos versos burlescos, quizá me habría contentado con hacer de Judas. Pero ahora estaba personalmente comprometido. La abominación en que se había transformado Holmes amenazaba todo cuanto venero y me ha guiado en la vida. Lo último que deseaba era que semejante suciedad empañara para siempre la imagen de un hombre a quienes otros además de mí habían llegado a considerar uno de los mejores y más sabios de Inglaterra. Habría sido un golpe terrible e irreparable para la fibra moral de toda la nación que Sherlock Holmes fuera identificado públicamente como el autor de esos versos. Mi deber legal cedió ante mi obligación ante mi país y el gran ideal de racionalismo personificado por el mismo Holmes. Si los acontecimientos de los diez días siguientes revelaron a un Watson cuya existencia nadie —y yo menos que nadie— había sospechado previamente, la causa hay que buscarla directamente en la jerga demoníaca de ese párrafo.

Poco antes de las cinco salí de la casa que hacía mucho tiempo Holmes me había señalado como guarida de Moriarty. Me sentía extrañamente calmo y decidido, pero también cansado. El aire de la mañana parecía proceder directamente de la cumbre de

una montaña. Lo inhalé con gratitud mientras me bamboleaba en el coche que me llevó de regreso por la ciudad somnolienta. ¡Qué curioso, pensé, que el tedioso, estólido y rutinario John Watson hubiera sido elegido como instrumento del destino!

Lo primero que hice al llegar a casa fue devolverle las llaves a Holmes. Aún dormía, y aproveché la oportunidad para registrarle las ropas en busca de armas y drogas. No encontré nada. Sus únicas pertenencias, además del llavero, eran un poco de dinero, cigarrillos, un emparedado de jamón envuelto en papel, y una pequeña caja de rapé, de cuerno. Una vez satisfecho en este aspecto, volví a cerrar el dormitorio con llave y bajé a mi consultorio, donde escribí dos cartas. La primera era una breve esquela personal para mi esposa, donde le informé sobre la verdad hasta donde creí conveniente que supiera. La otra era un mensaje detallado dirigido al inspector Lestrade. Aunque estaba dispuesto a saldar cuentas con Holmes por mis propios medios, no era tan ciego para suponer que necesariamente tendría éxito. Arriesgaría la vida, sí, pero no podía permitir que Holmes quedara libre si yo fracasaba. De modo que puse a Lestrade al tanto de los hechos, de mis descubrimientos y de lo que intentaría, sugiriéndole sin tapujos que si en las próximas semanas yo moría en algún accidente valdría la pena examinar el caso. Dirigí esta carta, dentro de un sobre lacrado, al gerente de mi banco, solicitándole que la entregara al destinatario el 8 de mayo. Cuando la asistenta vino a encender el fuego, le di la carta ordenándole que esa mañana la despachara sin falta. Luego la envié a guardarme algunas prendas en un maletín.

La falta de sueño ya empezaba a producirme sus efectos, y al considerar la perspectiva que me aguardaba comprendí que sería un problema permanente. La escena que Holmes me había descrito la noche anterior, dos hombres exhaustos empeñándose en permanecer cada cual más alerta que su adversario, ahora cobraba una significación más inmediata. Obviamente no podía descuidar a Holmes ni siquiera unos minutos. Sus actos eran literalmente imprevisibles, y aunque sólo se me escurriera con el pretexto de huir de enemigos imaginarios, eso pondría fin a todas mis esperanzas de dar una solución decente a este asunto horriblemente indecente. Si quería conservar mis ventajas obviamente tendría que valerme de algún estímulo artificial del que Holmes carecía. Me había cerciorado de que él no tenía agujas ni frascos, pero ¿qué haría yo? No tenía nada adecuado a mi alcance, y para la hora en que abrieran las droguerías Holmes ya estaría levantado. De pronto recordé las agujas hipodérmicas y la solución de cocaína que Holmes me había regalado. La cocaína no era en absoluto el medio ideal, pero su acción estimula el sistema nervioso central y si la usaba juiciosamente sin duda serviría a mis propósitos. Encontré la pequeña botella parda en una de las gavetas de mi escritorio, vertí el contenido en un recipiente más grande con la etiqueta «Jarabe», y lo diluí por completo. Luego me inyecté una pequeña dosis en el brazo. El efecto fue inmediato y notable. La cabeza se me despejó, se me levantó el ánimo, un torrente de energía me inundó el cuerpo. ¡Sí, serviría! Guardé el frasco y el maletín con las agujas y subí para ver cómo estaba

mi huésped.

Al abrir noté que la cama estaba vacía. En ese preciso instante Holmes brincó desde detrás de la puerta y trató de partirme la cabeza con una barra de hierro. La hipersensibilidad producida por la droga me salvó la vida. Advertí el ataque justo a tiempo y la barra sólo me rozó de costado, aunque bastó para aturdirme momentáneamente. Me desplomé en el suelo y Holmes se inclinó sobre mí. Me rodeó con los brazos y me miró temblando de ansiedad.

—¿No está herido, Watson? —exclamó—. ¡Por Dios, dígame que no está herido! Me levanté trabajosamente.

—No es nada.

—¡Ah, ese demonio! ¡Usted ve hasta dónde llega su astucia! ¡Casi me hace matar a mi único amigo! Supo que después de ver a ese hombre en el jardín yo supondría que él se había librado de usted y subía a acabar conmigo.

—¿En el jardín? ¿Qué hombre?

Me aferró la manga y me condujo hasta la ventana.

—¡No, atrás! Así, desde la penumbra. ¿Lo ve?

—¿William? Viene todos los sábados para podar el jardín.

—¡Ja! Sin duda Moriarty previo la necesidad de tener un agente que tuviera acceso a su casa. Quizá también haya sobornado a la servidumbre. Nunca debí quedarme aquí, Watson. Fue una locura. Hasta ahora hemos tenido mucha suerte, pero el profesor puede atacar en cualquier momento. Partamos de inmediato. Cada segundo es precioso.

—Mi equipaje está listo.

Holmes soltó una exclamación de disgusto.

—¡Sin equipaje, hombre! Sería como avisarle a qué estación nos dirigimos y ahorrarle el inconveniente de averiguarlo. Iremos como estamos, y viviremos de los productos de las zonas por donde viajemos. Pero primero tenemos que elaborar una *beau stratageme* para salir con vida de esta casa.

Mientras Holmes se paseaba de un lado a otro cavilando sobre este problema imaginario, yo trataba de responder a la cuestión más vital de cómo llevar la cocaína y la jeringa sin que lo notara, ya que viajaríamos sin equipaje. Al pensar en la droga tuve una idea.

—¡Escuche, Holmes! ¿Qué le parece si me visto como para visitar a un paciente? Usted sabe... mi traje de mañana y mi maletín negro. El profesor no sospecharía nada.

Holmes me lanzó una mirada aprobatoria.

—¡Excelente, Watson! Veo que hoy está en forma. Tuve la misma idea hace un par de minutos. Lo que me tenía a mal traer era cómo saldría yo. Pero también acabo de resolverlo.

No dijo nada más, sino que me indicó que fuera a cambiarme. Cuando me llamara la asistente, yo debería bajar directamente y meterme en el carruaje que esperaba

fuera. Evidentemente Holmes había caído en uno de esos accesos persecutorios que yo conocía tan bien. Me pareció mejor contentarlo, así que fui a mi cuarto a ponerme mi atuendo profesional. En cuanto terminé de prepararme el maletín —más pesado que de costumbre, con la cocaína, la caja de agujas, una bolsa de monedas de oro y mi revólver reglamentario— la asistenta llamó para anunciarme que mi coche estaba esperando. Corrí escaleras abajo.

Un cabriolé me aguardaba frente al bordillo. Subí sin decir palabra y el cochero fustigó al caballo. Marchamos precipitadamente por las calles residenciales del distrito y doblamos en Cromwell Road. Íbamos tan rápido que pronto dejamos atrás a quienes nos precedían. Al pasar frente a la gran fachada del museo nuevo, alcanzamos a un carruaje desocupado. Oí que mi cochero le gritaba a su compañero de oficio.

—¿Estas libre, amigo? —exclamó—. Necesitan un coche en Alfred Place West<sup>[31]</sup>. Cerca de la estación ferroviaria. ¡Vengo de allí!

El otro agradeció con un gesto y dobló a la derecha. En la siguiente esquina aceleramos de nuevo. Nos lanzamos calle abajo, doblamos la esquina en una sola rueda, fuimos a toda carrera hasta el fondo y entramos en la estación Metropolitan. Mi cochero saltó del pescante y sujetó las riendas al poste de un farol.

—¡Vamos, Watson! ¡No hay tiempo que perder! —gritó Sherlock Holmes.

En realidad unas pocas palabras con la asistenta me habían preparado para esta revelación, pero mi falta de asombro pasó desapercibida mientras Holmes me conducía apresuradamente hacia el edificio. En vez de bajar las escaleras que conducían a los andenes, siguió a grandes zancadas a lo largo de la arcada baja. Precipitándose hacia el otro lado, cruzó la avenida y se metió en el cabriolé que acababa de detenerse. Subí detrás de él. Holmes golpeó el techo y en un segundo nos pusimos de nuevo en marcha.

—¿Puedo pedirle un cigarro, doctor? —preguntó Holmes guiñándome el ojo—. Tanto aire fresco cae algo pesado.

Entonces tuve que oír cómo le había dicho a Jane que corriera a la parada de coches de High Street y enviara a mi domicilio al cochero más alto y delgado, donde el hombre, mediante una suma de dinero, fue inducido a cambiar de ropas con Holmes y a desprenderse del carruaje durante media hora, al cabo de la cual debía tomar un tren hasta la estación de South Kensington para recuperarlo. Moriarty desde luego supondría, al vernos entrar en la estación, que habíamos tomado el tren subterráneo, en cuyas negras profundidades descendería mientras nosotros huíamos sin peligro, etcétera, etcétera. Asentí con los correspondientes jadeos y exclamaciones. ¿Qué importaba? Que Holmes se divirtiera. Podía eludir a Moriarty, pero a mí no se me escaparía.

Aún faltaban dos horas para la salida del tren de Dover. Matamos el tiempo con un prolongado paseo, cruzando el río hasta Peckham, donde desayunamos generosamente en un establecimiento frecuentado casi exclusivamente por

conductores de ómnibus. Poco antes de las once llegamos a las puertas de la estación Victoria. Permanecí en el coche mientras Holmes compraba los pasajes. A una señal me uní a él, y entonces los dos nos abrimos paso entre la numerosa multitud y abordamos el tren ya en movimiento. Es necesario añadir que esta conducta, además de la excentricidad de nuestras vestimentas, llamó un poco la atención. Pero no fue esto lo que incitó a Holmes a lanzar un juramento cuando echó un vistazo al andén que dejábamos atrás.

—¡Maldita sea! ¡Moriarty!

Me asomé para verlo, pero otro tren que salía dificultó la visión. Holmes, frustrado y colérico, dio un puñetazo en la pared del compartimento.

—¡Ese demonio! Debió apostar a que nos dirigíamos al continente. Cuando lo despistamos simplemente se dirigió a Victoria y se sentó a esperar. Es lo mismo que yo hubiera hecho en esas circunstancias. ¡Hicimos bien en no correr riesgos en la estación! Pero temo que estamos de nuevo en un brete, amigo Watson.

Esta continua pantomima ya empezaba a exasperarme, y me costó evitar que la voz me traicionara.

—No veo de qué puede servirle saber que tomamos este tren. Es un expreso, y el horario del barco está sincronizado. Aunque el profesor contrate un tren especial llegaría demasiado tarde.

Holmes condescendió a sonreír compasivamente.

—Querido Watson, sin duda usted no me comprendió cuando dije que podía considerar a este hombre en el mismo nivel intelectual que yo. Sus planes están listos desde hace meses, y puede usted estar seguro de que no pasó por alto la posibilidad de que en Londres yo me escabullera. Nuestro tren puede viajar a sesenta millas por hora, pero los impulsos de esos alambres —señaló fuera de la ventanilla— viajan a la velocidad del pensamiento. Aunque rompamos todos los récords los esbirros de Moriarty en Dover tendrán más de una hora para prepararnos la bienvenida, y cuando bajemos de este vagón podemos darnos por muertos.

Me encogí de hombros.

—En tal caso —murmuré—, es mejor que recemos nuestras oraciones. El tren no tiene paradas, y no hay forma de salir de este compartimento.

Holmes tomó una buena pizca de rapé y se acurrucó en el rincón sin decir palabra. El tren aceleraba librándose de los tentáculos del Londres suburbano e internándose en la campiña primaveral de Kent. Afuera, la vida bullía fresca, vigorosa y renovada, mientras en el aire fétido de nuestros compartimentos flotaba un olor enfermizo que deformaba cuanto tocaba. Ya me sentía de nuevo exhausto. El simple acto de entrar y salir del mundo de Holmes a cada momento, abandonando el mío en cada oportunidad, era de por sí un esfuerzo que no había previsto. ¡Gracias a Dios tenía la cocaína para ayudarme! Pero su efecto estaba disipándose y necesitaba estar a solas para renovar la dosis. Encendí un cigarro y aspiré ansiosamente el humo. ¡Qué peligrosamente desalentador era volverse de esos graneros apiñados a este

hombre capaz de asesinar sin piedad a una madre joven, vaciarle el vientre grávido y luego celebrar la infamia con una diabólica parodia de nuestros mejores himnos navideños!

Atravesamos Chatham y Sittingbourne, y Holmes aún no decía una palabra. Cuando pasamos por Faversham finalmente se levantó, salió del compartimento y trató de abrir la puerta. Estaba cerrada con llave. Holmes extrajo su llavero y abrió un pequeño instrumento que llevaba sujeto. Lo introdujo en la cerradura y trabajó en ella unos minutos. Luego se incorporó y tiró del cordel de emergencia.

—Suba al estribo, Watson. Cuando yo grite, saltamos.

Abrió la puerta. Los frenos chillaban lastimeramente, pero el tren aún avanzaba muy rápido.

—Después de usted, Holmes.

Encogiéndose de hombros, montó en el estribo. Titubeando, lo imité, apoyándome en la tabla angosta mientras procuraba agarrarme a las manijas de bronce. Ahora el tren disminuía perceptiblemente la velocidad aunque abajo el suelo era aún una franja cenicienta. Me costaba sostener el maletín mientras me aferraba al vagón bamboleante, pero estaba preguntándome cuánto resistiría cuando Holmes saltó con un grito. Cerré los ojos y brinqué al vacío. La caída fue dolorosa, pero pronto me incorporé y corrí hacia Holmes, quien me hacía señas desde el pilar de un puente, a unas cincuenta yardas. En la dirección contraria el tren frenaba con un chirrido cuando me uní a mi compañero. Trepamos juntos el barranco, nos deslizamos a través de un matorral y luego avanzamos por un pequeño sendero campestre. Tras una breve caminata llegamos a la aldea de Chatham, donde nos alojamos en la posada. Después de un tranquilo almuerzo reelaboramos nuestros planes consultando la guía ferroviaria. Dejando a Holmes unos minutos solo a la mesa pude restaurar mi fuerza y mi confianza vacilante, y el día terminó sin mayores novedades cuando abordamos el vapor nocturno en Newhaven.

No me propongo aburrir a mis lectores con un relato detallado de nuestras peregrinaciones por Francia y Alemania. El viaje de Londres a la costa fue el modelo que signó todas nuestras travesías posteriores, y si tuviera ánimo y tiempo podría confeccionar un catálogo de huidas a la luz de la luna, identidades fingidas, enemigos invisibles, proyectos continuamente revisados, y la infracción de muchas y diversas leyes. Pero semejante tarea sería fatigosa e inútil. Lo que importa es que en esos cinco días no perdí de vista a Holmes en ningún momento, y que en ningún momento pude propiciar la confrontación decisiva que buscaba. Las cosas por cierto serían más difíciles de lo que había imaginado. El nuevo mes nos vio salir de Ginebra rumbo a Valais, y a mí me encontró frente a un problema que bien podría ser descrito como insoluble: cómo renovar mi provisión cada vez más escasa de cocaína. Sólo tenía que ir a la droguería y comprar una cantidad de clorhidrato, que luego podía diluir a gusto. Pero como he dicho, en ningún momento durante esos cinco días perdí de vista a Sherlock Holmes, y en consecuencia él tampoco me perdió de vista a mí. Urdí

varias estratagemas para obtener la droga en secreto, pero todas fracasaron. Mientras tanto tenía que inyectarme dosis cada vez mayores de la solución para mantener ese estado de alerta que era tan esencial, pues mientras continuara privando a mi cuerpo del descanso que necesitaba aumentaría el interés que me exigía por mi deuda cada vez mayor.

Si un observador olímpico hubiera seguido todas nuestras andanzas, sin duda habría reído estentóreamente ante el contraste entre mis expectativas de esa mañana en la calle Baker y la realidad a la que ahora enfrentaba. Me había imaginado a mí mismo —fuerte, justo, decidido— conduciendo al confundido y desesperado Holmes a un lugar desierto donde, hombre a hombre, habríamos aclarado las cosas. En cambio, un Holmes que cada mañana se levantaba más ágil y lúcido que el día anterior estaba arrastrando por Europa a su compañero cada vez más débil y obnubilado, en un itinerario que rehusaba discutir y hacia una meta que rehusaba revelar. En pocas palabras, a cada día que pasaba nos parecíamos cada vez más al Holmes y al Watson de otros tiempos. La crisis sobrevino cuando nuestra partida de Ginebra —a las tres de la mañana, en un carro lleno de tarros de leche vacíos— me dejó sin posibilidades de renovar mi provisión de cocaína. Me quedaban reservas sólo para tres días. A las pocas horas de no inyectar una dosis en mi sangre sufriría un colapso nervioso, y por dos o tres días ya no podría cuidar de mí mismo y mucho menos de Holmes. Así supe que el *dénouement* a lo sumo podría postergarse hasta el 4 de mayo.

El sábado 2 fuimos de Leuk a Kandersteg atravesando a pie el paso de Gemmi. Dicen que esa ruta es espectacular. El estado de mis nervios, por no decir nada de mi tobillo, me impidió formarme una opinión al respecto. Holmes compensaba absolutamente mi estado depresivo, sin embargo, desplegando una vitalidad y una exuberancia casi excesivas. Todo el trayecto fuimos acompañados por un guía, y cualquier iniciativa por mi parte fue por tanto imposible. Recuerdo los airados comentarios de Holmes acerca de unas rocas que se despeñaron muy cerca de nuestro camino. Evidentemente el episodio le parecía un nuevo atentado contra su vida, y en vano el guía insistió en que esos accidentes eran comunes en esa estación. Tras pernoctar en Kandersteg, descendimos a la mañana siguiente a Spiez, donde Holmes anunció que podíamos darnos el lujo de un transporte público por el resto del día. De modo que tomamos el vapor a Brienz y a la noche continuamos por tren a Meiringen, donde finalmente nos instalamos en la Englischer Hof.

Durante mi vigilia en la larga noche alpina, supe que al día siguiente inevitablemente presenciaría el triunfo o el fracaso de mi empresa. Afortunadamente para mí, el propietario de la posada, un tal Peter Steiler, había trabajado un tiempo en el hotel Grosvenor y su dominio del inglés era excelente. Por la mañana temprano, mientras Holmes aún dormía, encontré a Steiler saludando el amanecer desde el porche del hotel, canturreando mientras bostezaba. Trabé conversación con él acerca de los espléndidos paisajes de la localidad, y como conclusión pude sugerir a Holmes,

durante el desayuno, que ese día atravesáramos las montañas hasta Rosenloui, pasando por la famosa catarata de Reichenbach. Como de costumbre, Holmes replicó que ésa había sido en efecto su intención. Me excusé, y a solas en nuestro cuarto extraje los últimos restos de la solución de cocaína de la botella y me los inyecté en el antebrazo moteado de cicatrices. Una vez más saboreé el torrente de vigor, lucidez y determinación. Todo estaba bien. La suerte estaba echada. Me vengaría.

Para mi desconsuelo y consternación, sin embargo, Holmes se negó absolutamente a iniciar la expedición hasta después del almuerzo. Hacía nueve días que avanzábamos sin descanso, recalco, y una mañana de reposo nos haría bien a los dos. El trayecto hasta Rosenloui no llevaba más de unas horas. Disfrutaríamos de un agradable almuerzo en la Englischer Hof y partiríamos alrededor de las dos. Me enfurecí. Este capricho de Holmes amenazaba seriamente el éxito de mis esfuerzos, pues me impedía precipitar la conclusión mientras los efectos estimulantes de la droga estaban en el punto máximo. Discutí, protesté, supliqué, reñí, pero todo en vano. Pinté cuadros de picnics encantadores en prados alpinos, una botella de Neuchatel enfriándose en un manantial cercano, pero mis descripciones no conmovieron a Holmes. Había decidido pasar la mañana en Meiringen y eso era todo. Y así tuve que malgastar mi preciosa energía en actividades tan importantes como admirar la colección de tallas en madera del posadero y escuchar las peroratas de Holmes acerca del efecto del clima en la formación del carácter de las naciones.

Cuando por fin partimos eran más de las dos. Yo guardaba silencio, ahorrando mis fuerzas para la ordalía que me esperaba. Mi compañero, por el contrario, estaba de lo más lúcido y vivaz. Pese a mi aire consternado, se empeñaba en señalarme las muchas bellezas del paisaje circundante. Pero yo sólo percibía la creciente languidez de mi ánimo, y el agotamiento y el delirio que acechaban en los lindes de mi mente como una manada de lobos.

Habíamos recorrido casi la mitad de la distancia hasta Reichenbach cuando descubrí con fastidio que había olvidado el reloj en la posada. Totalmente al margen de su valor real, la pieza tenía para mí un interés sentimental porque había pertenecido a mi difunto padre. No me sentiría en paz, le dije a Holmes, hasta que lo tuviera de nuevo en el bolsillo. Pero siempre es tedioso volver sobre los propios pasos, y no era necesario que él regresara conmigo a Meiringen. Sugerí, pues, que continuara solo hasta la cascada, donde lo alcanzaría cuanto antes. Holmes accedió de inmediato y nos despedimos. Corrí ladera abajo con la esperanza de no haber cometido un error al perder de vista a Holmes. Pero no veía otra manera de encarar el asunto. Llegué a Meiringen en poco menos de media hora. Cuando llegué, Steiler vagabundeaba en el porche de la posada.

—Supongo que no habrá empeorado —exclamé.

—¿Empeorado?

—¡La inglesa enferma! ¡Vamos, hombre, condúzcame a ella!

El desconcierto de Steiler degeneró en una confusión total.

—¡Aquí no hay ninguna inglesa! —exclamó—. ¿De qué me está hablando?

Por toda respuesta, le metí una carta bajo las narices. Estaba escrita en una hoja con membrete de la Englischer Hof y explicaba que poco después de que Holmes y yo hubiéramos partido rumbo a la catarata había llegado una dama inglesa en las últimas etapas de la consunción. Nada podía endulzar tanto sus horas finales como la presencia de un médico inglés, y si yo tuviera la bondad de regresar, etcétera, etcétera. La carta estaba firmada «Peter Steiler». El hombre en cuestión evidentemente la leía ahora por primera vez.

—Un mozalbete suizo nos alcanzó corriendo con este mensaje —expliqué—. Desde luego yo no podía negarme ante semejante solicitud. Pero ahora me dice usted...

La situación resultó excesiva para el inglés cuidadosamente cultivado del honesto posadero suizo.

—¡Esta no es mi letra! —barbotó—. ¡Ésta no es mi firma! Mi papel, sí, pero eso no significa nada. Debería usted...

Pero no me quedé a escuchar las sugerencias del posadero. Tenía algo urgente que hacer en otra parte, y además conocía perfectamente al autor de la carta. Desanduve el camino que conducía a la catarata de Reichenbach. Mi reloj, que aparentemente había estado todo el tiempo a salvo en mi faltriquera, daba ahora las tres y veinte. Habían transcurrido ocho horas desde que me había inyectado prematuramente la última dosis de cocaína, y era un milagro que aún conservara el equilibrio. Sin duda era el aire de la zona lo que me salvaba. Bajo los cielos nubosos de Inglaterra habría sucumbido, pero esa atmósfera alpina, tan penetrantemente pura y fresca, parecía reavivarme cada vez que la respiraba. El paisaje también me ayudaba a concentrarme. Estar en esas alturas rarificadas es lo mismo que encontrarse en la luna, pues uno pierde todo sentido de las presiones de la civilización. Mi mente, debilitada por su prolongada dependencia de la droga, ya era víctima de vagas alucinaciones, pero extrañamente también ellas servían a mi propósito. A veces me parecía estar escalando por las tablas pintadas de un escenario teatral, como la abstracción de una vieja obra alegórica; ya no era «el bueno de Watson», sino la Venganza con su daga.

Vertidas en frías letras de molde, estas ideas sin duda parecerán antojadizas. Sólo puedo decir que me sostuvieron durante mi fatigosa marcha cuesta arriba desde Meiringen hasta la catarata de Reichenbach. Cuando llegué a destino, por fin, mi único temor era que Holmes se me hubiera escapado. No pude disiparlo de inmediato, pues a primera vista no encontré rastros de mi compañero. Luego observé la senda que han tallado en medio de la pared rocosa para que el panorama se aprecie mejor. El hombre con los nervios mejor templados lo hubiera pensado dos veces antes de aventurarse en esa vereda angosta. En mi estado, con la cabeza que no cesaba de darme vueltas, era un tormento indescriptible. Pero todos mis afanes parecieron recompensados cuando, al llegar frente a la cascada, vi a Sherlock Holmes, de espaldas a la roca y cruzado de brazos, contemplando las aguas que se arremolinaban

allá abajo. Una yarda más, y el sendero terminaba abruptamente. Con turbia satisfacción advertí que era dueño de la única salida donde Holmes había tenido la gentileza de colocarse.

Me acerqué, recostándome contra la pared de la montaña. La roca estaba húmeda y resbaladiza a causa de la espuma arrojada por las aguas que se despeñaban en el abismo. El fragor era espantoso. Estaba a unos seis pies de Holmes cuando de algún modo él intuyó mi presencia y volvió la cabeza. En cuanto clavó sus ojos en los míos sentí que mi fortaleza se desvanecía. Había evaluado todo menos esa mirada terrible. ¡Qué inmenso error había cometido al pensar que sería posible sorprender a Sherlock Holmes! Más fácil habría sido burlar a la Esfinge. De pronto el tobillo se me aflojó y me ladeé hacia el borde del precipicio. Recuperé el equilibrio en el preciso instante en que Holmes se acercaba extendiendo la mano para ayudarme. De inmediato extraje el revólver y le encañoné el rostro.

—¡Atrás! ¡Atrás digo! ¡Otro paso y disparo! ¡Hablo en serio, Holmes! Manténgase alejado. ¡Si se acerca haré fuego sin dilación! Se lo advierto de veras. Estoy dispuesto a todo. ¡Quédese exactamente donde está!

—Muy bien, doctor. Creo que ha sido usted bastante claro.

Ambos teníamos que gritar para poder oírnos por encima de ese infierno líquido. Holmes se detuvo y sonrió con sorna. Trató de meter la mano en el abrigo.

—Ya que simplemente vamos a quedarnos aquí, no le molestará que me sirva una pizca de rapé.

—¡Déjelo! ¡No se toque!

Apenas podía empuñar el arma. La roca a mis pies parecía atraer el metal con una fuerza magnética contra la que tenía que luchar constantemente. Mi razón estaba completamente confundida, y mis sentidos eran presa de espejismos cada vez más poderosos. Creía oír voces humanas llamándome desde el abismo. Hice un esfuerzo por recobrar la compostura.

—¡Es el fin, Holmes! Estuve en la casa abandonada. Lo sé todo.

La voz se me había angostado en un susurro. Holmes se llevó la mano a la oreja.

—¿Cómo ha dicho?

—¡Dije que lo sé todo!

Sonrió con indulgencia.

—¡Vamos, amigo mío, nadie sabe nada! Ni siquiera yo.

Los dos lados de la cascada ahora se habían separado. Oscilaban en direcciones diferentes, como si las paredes rocosas fueran dos huesos y el agua una loncha de cartílago que las unía. Voces espectrales me llamaban desde el abismo, tratando de comunicarme un mensaje vital que no podía comprender, pues lo emitían al revés.

—Es inútil, Holmes, encontré las pruebas. ¡Los recipientes de vidrio! ¡Los papeles! Sé que usted es el asesino.

—¿De quién? ¿De los recipientes? ¿O de los papeles? ¿O quizá de ambos?

Mientras observaba ese semblante sereno e imperturbable, sentí que la

comprensión de la realidad se me escurría por completo. ¿Era posible? ¿El hombre que tenía delante podía ser Jack el Destripador? ¿Qué espantoso error había cometido? ¿En qué me había equivocado? ¿Acaso Moriarty nos estaba observando en ese preciso instante desde el otro lado de la cascada, riendo sardónicamente? De inmediato una risa sardónica vibró en el aire. Pero parecía proceder de Holmes. ¡Por supuesto, pues Holmes *era* Moriarty!

—¿Le molestaría hablar más alto, doctor? Apenas le oigo. Sería una lástima que sus apotegmas se pierdan en el vacío.

Me barrió una oleada de delirio. En pocos momentos me dominaría totalmente. Desesperado, elevé la voz.

—¿Se obstina en negarlo? ¿De qué le valdrá? Le digo que lo sé. ¡Lo sé! ¡Lo sé! Vi cómo usted descuartizaba a Mary Kelly y he leído sus infames versos al respecto. ¡La partida terminó! ¡Compréndalo! ¡Es usted un maniaco homicida! ¡Un loco asesino!

Para mi horror, estas palabras parecieron divertir a Holmes. Soltó una carcajada larga y estentórea.

—¡Ah! Perdóneme —gritó al fin—. ¡Es de veras muy gracioso para expresarlo en palabras! Póngase un momento en mi lugar. Desde que salimos de Londres, mi compañero ha estado inyectándose tres veces por día dosis cada vez mayores de cocaína. Hoy inventa una excusa absolutamente grosera para regresar a Meiringen y así procurarse una coartada. Al volver me acorrala en una senda peligrosa, saca un arma y amenaza con dispararme. Finalmente, con los ojos desencajados, histérico, murmurando para sí mismo, con todos los síntomas de un drogadicto privado de su dosis, se tambalea delante de mí blandiendo la pistola y me acusa de ser un loco asesino. ¿Mi razón está totalmente confundida o esta escena tiene incongruencias fundamentales?

—¡Cállese, Holmes! ¡Cállese! ¡Le digo que se calle! ¡Palabras, palabras, palabras! No crea que se librará de esto con sus parloteos. Sé lo que sé. Y usted también, ¿verdad?

Holmes meneó la cabeza compasivamente.

—¡Dígalo, Holmes! ¡Quiero oírlo de sus propios labios!

—¿Qué quiere que le diga?

—¡Dígalo! ¡Usted las mató!

—Usted las mató.

—¡En treinta segundos lo mataré! Está apunto de morir. Confiese, hombre, y muestre al menos un poco de arrepentimiento. ¿No siente remordimiento alguno? ¡Esas pobres mujeres indefensas! ¿Quiere pasar a la eternidad escuchando sus quejidos y aullidos en el abismo? ¿Y yo? ¿Nunca sabré la verdad? ¡Tenga un poco de misericordia, Holmes, en nombre del cielo!

Cruzó los brazos sobre el pecho.

—Usted está loco, doctor, y su cháchara me fastidia. ¡Apriete el gatillo y váyase

al infierno!

Creo que al final sólo fui capaz porque él me lo ordenó. Disparé. No le acerté. Afiné la puntería, pero la segunda bala tampoco dio en el blanco. Disparé de nuevo. Esta vez estaba seguro de que el arma estaba bien apuntada, pero el proyectil no lo alcanzó. Me pregunté si el cañón estaría bloqueado. Avancé un paso hacia esa figura increíblemente invulnerable y disparé dos veces más. ¡En vano! Se me erizaron los cabellos. ¿Qué brujería era ésta? Desde el espantoso abismo se elevó un vapor pegajoso, y con él los alaridos de los réprobos. En ese escenario cercado por muros de sonido, yo estaba solo e impotente frente a un asesino burlón. Con un grito desesperado me lancé hacia adelante, le hundí el cañón del revólver en el cuerpo y apreté el gatillo reiteradamente. El arma disparó por última vez y calló. Me zambullí en un pozo de negro agotamiento.

—¿Rapé?

Yacía de costado en un charco de barro. Holmes estaba de pie ante mí, ofreciéndome la cajita de cuerno. Le miré aturdido. Él inhaló profundamente y emitió un gruñido de satisfacción.

—Bien, ahora que usted ya dijo su parte podemos ir al grano. Dígame, ¿cuándo mató a Watson?

Seguí mirando a Holmes como un idiota. Por unos instantes, como a una deidad oriental, le brotaron una multitud de brazos y piernas, pero eso no duró demasiado. Horas más tarde, me pareció, una pregunta se formó en mi cerebro en ruinas.

—¿Por qué no está muerto?

—Ah, le llama la atención, ¿verdad? Veamos si podemos arrojar un poco de luz en ese misterio. Tratándose de dos de las mentes más brillantes de Europa, me asombraría que no podamos resolverlo entre ambos. *Prima facie* parecen existir sólo tres explicaciones posibles: usted erró, yo soy sobrehumano, no había balas. Usted convendrá en que la primera puede ser desechada de inmediato. Ni el peor tirador del mundo, aun con la cabeza tan trastornada como usted, podría haber fallado en esa última tentativa. La segunda, ¡ay!, también debe ser descartada. La conclusión inevitable, pues, es que alguien debió reemplazarle las balas por cartuchos vacíos. Con toda honestidad, yo sospecharía seriamente de mí. ¿De acuerdo? Bien. Volvamos a lo nuestro. Repito. ¿Cuándo mató al doctor Watson?

Ahora había indudablemente dos Holmes. Uno estaba de pie ante mí, hablándome en el sendero, mientras el otro revoloteaba en silencio sobre la espuma de la cascada.

—Mire, Moriarty, terminemos de una vez. Nadie admira más que yo sus habilidades, pero no es el lugar ni el momento apropiado. Su personificación de mi amigo es excelente, de acuerdo. Los escenarios del West End lo recibirán con beneplácito, siempre que logre salir con vida de aquí. No obstante, pese a sus virtudes, su trabajo no fue perfecto. Admito que la tarea era formidable. Conocí muy bien a Watson, y la labor de usted, aunque llena de talento, no era del todo convincente en un último análisis. Exteriormente la caracterización es inmejorable, e

incluso esta vez logró cojear de la pierna correcta, pero ¿dónde estaba el espíritu? ¡En ninguna parte! ¿Dónde estaba ese aire de devoción canina tan típico de mi querido amigo? ¿Dónde su obediente bondad, su ánimo predispuesto, su generosa emoción, sus bienintencionadas aunque torpes iniciativas? En cuanto podía ser medido y calculado, profesor, usted sobresalió como el gran matemático que es. Pero no es usted un artista, y no logró captar en absoluto el alma de su personaje. Por mucho que encubriera sus rasgos, no podía encubrir esa percepción del propio destino, esa confianza en el propio deber que caracteriza cada uno de sus actos. Las dificultades que afrontaba usted eran quizá mayores de lo que imaginó. ¡Cuánto más fácil es para un idiota imitar los ornatos del genio que para un hombre brillante representar con éxito la mediocridad!

El coro infernal repetía ahora cada palabra que decía Holmes. En vano sacudí la cabeza y me golpeé las sienes. La voz inexorable proseguía.

—A decir verdad, sospeché de usted desde el principio, cuando lo sorprendí devolviéndome sigilosamente el llavero esa mañana en Kensington. ¿Para qué iba a necesitar Watson mis llaves? Y en ese caso, ¿por qué no iba a pedírmelas? A partir de entonces me puse en guardia. Cuando le pedí a la asistenta que fuera en busca de un carruaje ella mencionó una carta que usted le había dado para despachar. Me adueñé del sobre ¡e imagínese mi diversión al descubrir un mensaje a la policía donde me acusaba de los asesinatos de Whitechapel! No creo que esas acusaciones absurdas y esas pruebas falsas sean escuchadas en Scotland Yard, pero para ahorrarme molestias innecesarias simplemente traje la carta conmigo.

Extrajo del bolsillo un sobre largo y delgado. Con un grito de total desesperación comprendí hasta dónde había llegado mi fracaso.

—¡Qué lástima, verdad! —convino Holmes—. Pero qué típico de usted, Moriarty, duplicar las apuestas. Aunque lo derrotara personalmente, contaba usted con una venganza póstuma.

Con un gesto desmañado arrojó el sobre al vacío.

—Poco después —continuó— descubrí su frasco de cocaína, y finalmente, en Bruselas, pude observarlo mientras se inyectaba la droga en el brazo. Desde entonces, por supuesto, ya no tuve más dudas. Si hay algo absolutamente seguro en esta vida, es que el doctor Watson es tan incapaz de adoptar semejante hábito como el profesor Moriarty de dejarlo. Con esa información, usted estuvo completamente en mi poder desde ese momento. Sólo tenía que impedirle renovar sus reservas de droga, que usted no podía comprar abiertamente sin revelar su verdadera identidad, y a la larga, como ocurrió esta mañana, las exigencias de su adicción le pondrían en un atolladero. Sabiendo cuándo asestaría el golpe, tomé precauciones para eludirlo con eficacia. Incidentalmente, quizá le interese saber que el rapé de esta caja deriva sus virtudes de la *Erythroxylon coca* y no de la *Nicotana tabacum*; una pizca por día, como dice el refrán, mantiene alejado al doctor<sup>[32]</sup>. ¿Cuántas horas hace que usted no ingiere su medicina, Moriarty? Espero no molestarle si le digo que le noto algo decaído.

Era como si la sangre se me hubiera empiojado<sup>[33]</sup> en las venas, y su palpitante trayecto por mi cuerpo me provocara un escozor en la piel. La voz, entretanto, seguía asediándome desde todas partes.

—Lo único que no sé con certeza es cuándo eliminó a mi fiel Watson. Supongo que fue esa noche, cuando en un momento de debilidad criminal me permití ceder ante mi agotamiento, y cuando él, pobre inocente, me llevó a la cama en lugar de echarme de su casa sin miramientos, como debía. ¿Fue ésa la ocasión, Moriarty? No habría tenido dificultad en entrar en la casa, y Watson habría sido arcilla en sus manos. También pudo despacharme a mí mientras dormía, pero eso no habría satisfecho a su genio mórbido y perverso. En cambio, después de matar a mi amigo, usted tuvo la brillante idea de sustituirlo. ¡Cómo debió de reírse ante mis intentos de esquivar a un hombre que constantemente estaba sentado a mi lado! Claro que sí, debió de reírse a más no poder. Pero en cuanto estuve seguro de quién era usted, también yo me divertí. Ha sido un placer, le aseguro, arrastrarlo fuera de la cama en medio de la noche, empujarlo por la ventana y arrancarlo de los trenes. Habrá sido enloquecedor para usted, sabiendo que era una farsa. Y además debió comprender paulatinamente que seguíamos la misma ruta que en 1888, cuando era yo quien lo perseguía a usted. ¡Pero tampoco podía mencionarlo! ¡Qué frustración! ¡Y ahora este *bouleversementen* la cúspide de su proyecto! Temo que no ha sido su semana de suerte, profesor. ¿Pero no tiene nada más que decir, ahora que puede hablar libremente? ¿Aún este silencio insólito? ¡Como prefiera! Pronto estará totalmente callado. Callado como una tumba. ¡Oh, sí, esta vez no podrá regresar de entre los muertos! En esta ocasión, si usted me lo permite, pienso imitar un poco al mismísimo maestro.

Holmes metió la mano en el abrigo y extrajo un delgado envoltorio de hule. Lo deshizo y entreabrió la tela. Un jadeo de terror mortal se me escapó de los labios cuando lo vi empuñar un cuchillo de disección de seis pulgadas.

—¿Lo reconoce, verdad? Me tomé la libertad de visitar su pequeña guarida en la calle Baker antes de visitar a Watson. Me traje este recuerdo oculto en el forro de la chaqueta. Ya que al fin ha de hacerse justicia, nada impide que sea poética.

—¡Pero Holmes! Usted...

Su voz aplastó mis balbuceos como un latigazo.

—Señor Holmes, por favor. Comportémonos con propiedad.

—¡Pero soy yo, Holmes! ¡Watson! ¡Soy Watson!

—Se niega a desistir, ¿verdad? Un rasgo admirable en circunstancias normales, desde luego, pero de dudoso gusto cuando está a pocos segundos de encontrarse con su Hacedor.

Blandiendo esa arma horrible, avanzó hacia mí. Era imposible pensar en defenderme. Incluso en condiciones normales Holmes era para mí un adversario formidable. En mi condición actual ni siquiera podría resistirme. En pocos momentos yacería en el fondo de la cascada con la garganta abierta, y Jack el Destripador estaría

libre para reiniciar su carrera truncada.

—¡Holmes, soy Watson! ¡Soy su amigo Watson! Sólo he tratado de rescatarle de usted mismo y de las indignidades de la ley. ¡Sólo he pensado en salvarlo!

La bota de Holmes me tumbó de espaldas. Se arrodilló a mi lado, aferrándose con una mano y alzando el cuchillo con la otra. Chillé mis últimas palabras por encima del fragor de la cascada:

—¡Le ha burlado, Holmes! ¡Se ha transformado usted en el pelele de Moriarty! ¡Él le hizo pensar que yo soy él, y ahora usted le completará el trabajo! ¡Qué victoria! ¡Engañar al gran Sherlock Holmes al punto de incitarlo a asesinar a su único y leal amigo! ¡Qué triunfo! ¡Él ha vencido! Máteme, pues Moriarty ha vencido. ¡Ha vencido!

Cerré los ojos esperando el súbito dolor, la oscuridad y la desesperación.

Nada sucedió. Cuando abrí de nuevo los ojos Holmes aún estaba de rodillas a mi lado, pero había bajado el cuchillo. Estaba mirándome con una expresión de infinita tristeza. Era como si de golpe hubiera tenido una visión de la verdad universal y le pareciera indescriptiblemente triste. No puedo decir por cuánto tiempo permanecimos allí, ni qué mensajes silenciosos nos intercambiamos. Al fin Holmes suspiró gravemente y se puso de pie. Le echó una ojeada al cuchillo. Inexpresivamente, lo dejó caer en el abismo a sus espaldas. Luego me miró una vez más.

—No tema, viejo amigo —murmuró—. No sufrirá usted ningún daño. No consentiré que él lo dañe.

Con estas palabras dio un paso atrás y se precipitó en el vacío. Me arrastré hasta el borde de ese abismo formidable y me asomé a tiempo para ver cómo el cuerpo de Holmes se estrellaba contra un saliente. Luego me desvanecí.

## Conclusión

DESPERTÉ dos días más tarde en una cama de la Englischer Hof, donde me había trasladado una partida de cazadores de Meiringen. Habían descubierto mi cuerpo inconsciente en el mismísimo borde del sendero de la cascada, de modo que el más ligero movimiento me habría arrojado de inmediato a esas profundidades insondables. El jueves por la mañana fui interrogado por la policía suiza. Aceptaron sin reservas que mi postración había sido causada por la impresión ante la muerte de mi amigo, pero demostraron mucho más escepticismo frente a mis historias de inglesas desaparecidas y genios criminales. Finalmente se me ocurrió la idea de comunicarme con Lestrade para que confirmara mi *bonafides*, y con la llegada del telegrama de Scotland Yard la actitud de los agentes locales cambió de una discreta suspicacia a una respetuosa condolencia.

Al regresar a Londres una semana más tarde saqué los papeles y los recipientes de vidrio de la casa desocupada de la calle Baker. Llevé los recipientes a Bart's y allí dispuse de sus odiosos contenidos. Quemé los papeles. Después de tomar estas medidas me sentí razonablemente seguro de que nadie tendría jamás razones para sospechar la verdad acerca de los últimos años de Sherlock Holmes. Pero quería hacer algo más por mi viejo amigo: quería perpetuar el bien que había en él antes de que las tinieblas lo oscurecieran. Ante todo quería imprimir en la opinión pública una imagen de la honrosa vida y la noble muerte de Holmes; una imagen tan atractiva e indeleble que si algún investigador tropezaba con la verdad (pues no podía estar seguro de que hubiera más evidencias condenatorias) sus acusaciones fueran recibidas con un desdén y un silencio gélido que las desechara por inconsistentes y absurdas.

Por suerte, el escultor perfecto de mi monumento estaba a mano. Para no interrumpir el curso de mi narración, omití mencionar que A.C.D. se me había acercado a principios de 1891 con la intención de obtener más material de mis notas acerca de los casos de Holmes. Según parecía, su segunda incursión en el género había logrado tanto éxito como para inducirlo a continuar con el experimento, pero con una diferencia. Lo que ahora se proponía era escribir una serie de cuentos cortos, cada cual destinado a uno de los triunfos de Holmes. Como antes mencioné, en esa época estaba distanciado de Holmes, pero en vista de su pronta aprobación en la ocasión anterior, no titubeé en seleccionar doce casos que en mi opinión ilustraban diversos aspectos del genio de mi amigo y pasárselos a A.C.D. En el furor de los acontecimientos que sobrevinieron poco después olvidé por completo esta nueva aventura literaria.

Los cuentos de A.C.D. empezaron a publicarse en el *Strand* de julio. Tuvieron un éxito inmediato, y a cada mes que pasaba la revista se vendía más. La reacción de

A.C.D. ante este triunfo fue típicamente ambigua. Por una parte no podía dejar de sentirse complacido ante la popularidad de su obra; por otra temía que el mismo éxito de sus cuentos lo distrajera de tentativas más serias y dignas. La noticia de la muerte de Sherlock Holmes le ofreció una solución a este dilema. A principios de 1892 vino a verme y me pidió que le proporcionara material para una nueva serie de doce cuentos, el último de los cuales sería un relato de los acontecimientos que culminaron con la muerte de Holmes en la catarata de Reichenbach. Éste sería el fin definitivo de la serie y liberaría a A.C.D. de la tentación de proseguir con una tarea que ahora consideraba una fruslería indigna aunque lucrativa.

La sugerencia no pudo encajar mejor en mis propios designios, y puse manos a la obra con gran entusiasmo. Once de esos doce casos eran muy fáciles de preparar, pues no tenía más que seleccionar y transcribir en letra legible mis notas ya existentes. Pero cuando llegué al episodio de la muerte de Holmes me enfrenté con el singular problema de inventar una serie plausible de sucesos que no contradijeran los hechos conocidos pero que no revelaran nada acerca de la terrible verdad que encubrían. Temo que no atiné a preparar una pantalla de humo muy convincente. En efecto, una lectura atenta del cuento concluido —que A.C.D. tituló, con una exactitud que él no sospechaba, «El Problema Final»— revelará que está plagado de incoherencias. Pero es parte del oficio de un buen escritor impedir a la audiencia que lea minuciosamente si esto no se ajusta a sus propósitos, y cuando el relato finalmente se publicó todos sus defectos pasaron desapercibidos ante la consternación general que provocó la noticia de la muerte de Holmes y del final de la serie. ¡Nunca se había producido un escándalo semejante! Los lectores de A.C.D. habían terminado por considerar a Sherlock Holmes un amigo valioso y fiable. Mis deseos no podían haberse realizado más plenamente.

Más tarde, desde luego, A.C.D. creyó conveniente empezar a escribir de nuevo cuentos detectivescos, y como los héroes muertos no despiertan ecos en el público tuvo que resucitar a Holmes en otra aventura apócrifa, que a mi juicio tiene la distinción de ser aún menos probable que la que yo pergeñé. Pero para entonces Holmes había dejado de ser recordado como una figura real, salvo por un pequeño círculo de conocidos. Se había convertido en un personaje de ficción. No tengo ninguna queja ante este giro de los acontecimientos. Al fin y al cabo fue el mismo Holmes quien mediante sus infamias se excluyó del resto de la humanidad. Luego estaba predestinado a transformarse en un mito o en un monstruo. Afortunadamente pude propiciar la primera de ambas alternativas. De hecho, quizá el mito que contribuí a crear se ha adueñado con tal fuerza de la imaginación del público que los hechos, una vez revelados, no merezcan el menor crédito. ¡Así sea! Prefiero ser acusado de embustero a que los muchos que tomaron a Sherlock Holmes como ejemplo y paradigma sufran de pesadumbre y amargura al saber la horrenda verdad acerca del hombre que idolatraban.

Para mí, el precio no fue bajo. Regresé de Suiza con la salud arruinada y una

adicción a la cocaína que tardé más de dos años en erradicar. Para entonces mi práctica médica era de nuevo un desastre, y aunque el testamento de Holmes me benefició muchísimo, mi esposa y yo sufrimos por un tiempo apuros económicos. Pero recientemente otros han realizado sacrificios mucho mayores por nuestro país, y sería injusto quejarme de mi suerte.

Y así mi relato llega finalmente a su conclusión. Desde la muerte de Holmes mi existencia ha sido serena e insípida. Pero a veces, cuando al anochecer me siento junto al fuego y el viento gime en la chimenea, mis pensamientos vuelan hacia la gran catarata de Reichenbach y las últimas palabras de Holmes son un exquisito consuelo, y vuelvo a verle en los ojos la luz del entendimiento, cuando en esos instantes finales me pareció de nuevo el hombre mejor y más sabio que jamás conocí.

Todo intento por recobrar los cuerpos fue absolutamente inútil, y allí, en las profundidades de ese espantoso caldero de aguas arremolinadas y espuma hirviente, yacerán para siempre el criminal más peligroso y el principal campeón de la justicia de una generación.

*Sir Arthur Conan Doyle*

«El Problema Final».

## Epílogo

«AGREGÓ al concepto del Hijo, que parecía agotado, las complejidades del mal y del infortunio», escribe Borges de Nils Runeberg, el teólogo sueco que sostuvo que nuestro Salvador no era Jesucristo sino Judas Iscariote («Tres versiones de Judas», en *Ficciones*). Algunos discípulos del Maestro sin duda me acusarán de una herejía análoga. Pero al menos tendría que ser obvio que la mía, como la de Runeberg, es la blasfemia del verdadero creyente.

Quien desea componer variaciones sobre el Canon antes tiene que decidir qué autoridades seguirá en cuestiones de cronología. Mi guía en ese aspecto ha sido D. Martin Dakin, cuyas conclusiones están respaldadas por argumentos contundentes y lúcidos en su libro *A Sherlock Holmes Commentary* (David & Charles, 1972). Mi epígrafe está tomado de la introducción de James Edward Holroyd a *Seventeen Steps to 221 B* (Allen & Unwin, 1967), donde ha seleccionado varios ensayos tan amenos como informativos. Sería imposible no mencionar mi gran deuda con *The Annotated Sherlock Holmes* (John Murray, 1968), preparado por William S. Baring-Gould, cuyos dos volúmenes constituyen una espléndida y lujosa fuente de hallazgos para cualquiera cuyo interés en los relatos trascienda el simple deseo de saber quién los escribió.

Consulté varias fuentes de información respecto a los asesinatos de Whitechapel, pero encontré pocos datos importantes que no estén incluidos en *The Complete Jack the Ripper* (W. H. Allen, 1975). Donald Rumbelow escruta todas las evidencias y teorías existentes con una imparcialidad virtualmente única en un campo dominado por escritores que han descubierto La Respuesta.

No quisiera despedirme sin mencionar al difunto J. L. Stonier, pues sin él este libro no se habría escrito. Él también admiraba los relatos de Holmes, y quiero pensar que habría admitido que el *pastiche* que contribuyó a fraguar no está «enteramente desprovisto de ciertos rasgos de interés».

M.J.D.

*Chiswick*

*Diciembre de 1977*

## Trama para una historia de Sherlock Holmes

*Esta trama para un cuento jamás escrito de Sherlock Holmes fue descubierta por Hesketh Pearson, que lo incluyó en su biografía de Conan Doyle.*

UNA joven visita a Sherlock Holmes, presa de una gran angustia. Se ha cometido un asesinato en su pueblo: su tío ha sido encontrado muerto de un balazo en su dormitorio, y todo hace pensar que le dispararon a través de la ventana. Su novio ha sido arrestado. Se sospecha de él por diferentes motivos:

- Había tenido una discusión violenta con el anciano, que había amenazado con cambiar su testamento —a favor de la joven—, si volvía a hablar alguna vez con él.
- Se encontró un revólver en casa del novio con sus iniciales grabadas en la culata, y con una bala de menos. La bala extraída del cadáver del anciano encaja con dicho revólver.
- Posee una escalera ligera, la única que hay en el pueblo, y las huellas de las patas de la escalera se ven en la tierra que hay debajo de la ventana del dormitorio, mientras que una tierra similar (fresca) aparece en los extremos de la escalera.

Su única respuesta es que jamás ha poseído un revólver, y que había sido descubierto en el cajón del sombrerero de su recibidor, donde a cualquiera le habría resultado fácil dejarlo. En cuanto a la tierra de la escalera (que él no ha usado en un mes) carece de explicación.

Sin embargo, y sin hacer caso de estas pruebas incriminatorias, la muchacha insiste en creer que su novio es inocente, al tiempo que sospecha de otro hombre que también ha intentado seducirla, aunque no tiene ninguna prueba en su contra, excepto que la intuición le dice que es un villano que no se detendría ante nada.

En compañía del detective a cargo del caso, Sherlock Holmes y Watson se dirigen al pueblo a inspeccionar el lugar del crimen. Las marcas de la escalera atraen de forma especial la atención de Holmes. Medita —mira a su alrededor— y pregunta si hay algún sitio donde se podría ocultar algo grande. Lo hay: un pozo de agua en desuso, y que no ha sido inspeccionado porque en apariencia no falta nada. No obstante, Holmes insiste en que se inspeccione el pozo. Un niño del pueblo se presta a bajar con una vela. Antes de descender Holmes le susurra algo al oído... el chico se muestra sorprendido. Entonces lo bajan y, a una señal, lo vuelven a subir. ¡Trae a la superficie *una pareja de zancos!*

—¡Santo cielo! —exclama el detective—. ¿Quién habría esperado esto?

—Yo —replica Holmes.

—Pero ¿por qué?

—Porque las marcas en la tierra del jardín<sup>[34]</sup> fueron hechas por dos palos perpendiculares... Las patas de una escalera, que se halla inclinada, habrían producido unas depresiones más pronunciadas hacia la pared.

El descubrimiento eliminaba el peso de la prueba de la escalera, aunque aún quedaban las otras.

El siguiente paso, de ser posible, era rastrear a la persona que había utilizado los zancos. Pero ésta se había conducido de forma muy cauta y en dos días de búsqueda no fue posible descubrir nada.

En la vista preliminar el jurado encuentra culpable al joven... pero Holmes sigue convencido de su inocencia. En tales circunstancias, y como última esperanza, decide emplear una estratagema extraordinaria.

Holmes se marcha a Londres y regresa la noche anterior al día del entierro del anciano. Watson, el detective y Holmes se dirigen a la cabaña del individuo del que sospecha la muchacha, y llevan con ellos a un hombre que Holmes ha traído de Londres, el cual ha adoptado un disfraz que le convierte en la viva imagen del viejo asesinado: cuerpo marchito, cara arrugada y cenicienta, gorro y todo lo demás. También va provisto de la pareja de zancos.

Al llegar a la cabaña el hombre disfrazado se monta en los zancos y se dirige hacia la ventana abierta del dormitorio del otro, al tiempo que grita su nombre con voz espantosamente sepulcral. El individuo, que ya está medio loco por los terrores de la culpabilidad, corre a la ventana y contempla bajo la luz de la luna el terrorífico espectáculo de su víctima que avanza hacia él. Retrocede lanzando un aullido al tiempo que la aparición, que se acerca a la ventana, dice con la misma voz sobrenatural:

—¡Tal como tú viniste a matarme, ahora vengo yo por ti!

Cuando el grupo corre escaleras arriba, hacia su cuarto, el tipo se lanza a sus brazos, aferrándose a ellos, jadeando y señalando hacia la ventana, donde la cabeza del muerto mira con ojos coléricos, y entonces grita:

—¡Sálvenme! ¡Dios mío! Ha venido a matarme tal como yo lo maté a él...

Se derrumba después de esta escena dramática y realiza una confesión total. Él talló la culata del revólver y lo ocultó en el lugar donde lo encontraron... También fue él quien manchó las patas de la escalera con tierra del jardín del viejo. Su objetivo era quitar de en medio a su rival con la esperanza de conseguir a la muchacha y entrar en posesión de su herencia.

# Notas

[1] William Clark Russell (1844 - 1911) fue un prolífico y popular escritor de narraciones de aventuras con fondo marítimo. Aparentemente era uno de los autores favoritos del doctor Watson. Swinburne lo calificó de «el mayor maestro del mar, vivo o muerto», pero su reputación no ha sobrevivido. (*Nota del Editor*). <<

[2] Sin embargo, el caso de la señorita Helen Stoner y su padrastro, el doctor Grimesby Roylott, iba a hacerse público cuatro años después en «La Aventura de la Banda de Lunares». (*Nota del Editor*). <<

[3] V.R.: Victoria Regina. (*Nota del Traductor*). <<

[4] La dosis estándar de una solución de cocaína para inyección hipodérmica fue determinada en un 10 por ciento en la Farmacopea Británica de 1898. De acuerdo con *El Signo de los Cuatro*, Holmes empleaba una solución del 7 por ciento. (*Nota del Editor*). <<

[5] Para más detalles acerca del caso Cushing, véase «La Aventura de la Caja de Cartón» de Conan Doyle. (*Nota del Editor*). <<

[6] William Burke y William Hare asesinaron por lo menos a quince personas en Edimburgo en 1828, vendiendo los cadáveres a un cirujano local en precios que oscilaban entre las 8 y las 14 libras. (*Nota del Editor*). <<

[7] Tonga, el isleño de Andamán e íntimo compañero de Jonathan Small, desempeña un papel importante en *El Signo de los Cuatro*. (Nota del Editor). <<

[8] «On His Blindness», de John Milton. (*Nota del Traductor*). <<

[9] El «comisionado» a quien se alude es el teniente coronel sir Henry Smith, entonces comisionado de la policía londinense a cargo de la City. (*Nota del Editor*). <<

[10] Sir Charles Warren fue comisionado de la Policía Metropolitana. Su drástica actitud ante una procesión y manifestación de sectores progresistas y socialistas el año anterior había provocado los tumultos de la Plaza de Trafalgar (13 de noviembre de 1887) y recibió muchas críticas adversas. (*Nota del Editor*). <<

[11] Los establos de King's Pyland en Dartmoor fueron el escenario de la desaparición de Silver Blaze. (*Nota del Editor*). <<

[12] Los depredadores de cloacas, o *toshers*, se ganaban la vida introduciéndose en el sistema de cloacas de Londres y buscando en el agua objetos de valor. Los que sobrevivían a las mareas y las ratas podían obtener tanto como 2 libras semanales. (*Nota del Editor*). <<

[13] El Lyceum —«tercera columna a la izquierda»— fue el lugar donde Mary Morstan debió encontrar al representante de Thaddeus Sholto, y donde se inició la serie de acontecimientos que luego conducirían al compromiso de Watson. (*Nota del Editor*). <<

[14] Ahora la estación Great Portland Street, en las líneas Metropolitan y Circle. (*Nota del Editor*). <<

[15] William Palmer (1825 - 56), médico y envenenador, y Charles Peace (1832 - 79), ladrón y homicida. (*Nota del Editor*). <<

[16] El mariscal de campo Gebhard Leberecht von Blücher (1742 - 1819). Se cuenta que hizo esa observación durante una visita a Londres en 1814. (*Nota del Editor*). <<

[17] El inspector Abberline estaba al mando de los detectives que investigaban los asesinatos de Whitechapel, de modo que en ese momento era el superior inmediato de Lestrade. (*Nota del Editor*). <<

[18] La Policía Montada del Noroeste se transformó en la más familiar Real Policía Montada del Canadá en 1904. (*Nota del Editor*). <<

[19] *Non conformist*. Específicamente, alguien que disiente con las prácticas de la iglesia anglicana. (*Nota del Traductor*). <<

[20] Demolido hacía tiempo, el teatro Oxford padeció cuatro encarnaciones diferentes en la calle Oxford 26 - 32. Holmes y Watson habrán visitado la tercera versión, que duró de 1873 a 1892. (*Nota del Editor*). <<

[21] Un mosquete afgano. (*Nota del Traductor*). <<

[22] El alcalde de Londres. (*Nota del Traductor*). <<

[23] Ahora parte de la calle Blanford. (*Nota del Editor*). <<

[24] *stale, flat and unprofitable*, cf. *Hamlet*, 1, 2. (Nota del Traductor). <<

[25] *The best-laid schemes o'mice and men / Gang aft a'gley.* Roben Burns, «To a Mouse». (Nota del Traductor). <<

[26] Todos estos casos, salvo tres, figuran en los cuentos de Conan Doyle. Las excepciones son el caso de noviembre y los dos últimos de los tres de julio. Para mayores detalles acerca de los casos de julio véase la nota siguiente. (*Nota del Editor*). <<

[27] Este caso no figura entre los relatados por Conan Doyle. Sin embargo, en «El Tratado Naval» encontramos este pasaje: «El mes de julio inmediatamente posterior a mi boda fue memorable por tres casos (...). Los encuentro registrados en mis notas bajo los encabezamientos de “La Aventura de la Segunda Mancha”, “La Aventura del Tratado Naval”, y “La Aventura del Capitán Cansado”». Si identificamos el último par con los dos primeros casos de Watson en julio de 1889 (ver nota anterior), por un proceso de eliminación la “Historia de la Segunda Lancha” de Watson y “La Aventura de la Segunda Mancha”, de Conan Doyle tienen que ser una y la misma. (Por lo demás, el cuento que Conan Doyle tituló “La Aventura de la Segunda Mancha” y terminó incluyéndose en *La reaparición de Sherlock Holmes* trata de un caso diferente y no se relaciona con el aquí mencionado por Watson). (Nota del Editor). <<

[28] Para mayores detalles acerca de estos casos, véase «El Misterio del Valle de Boscombe» y «La Liga de los Pelirrojos», respectivamente. (*Nota del Editor*). <<

[29] La taberna en cuestión es probablemente The Roebuck («El Corzo»), que aún existe en la esquina de las calles Brady y Durward. El retruécano procede de que la calle Durward se llamaba originalmente Buck's Row («Callejón del Gamo»); se perdió cuando el nombre fue alterado a petición de los vecinos después del asesinato de Mary Ann Nicholls. (*Nota del Editor*). <<

[30] *Look on my works, ye Mighty, and despair!*, del poema «Ozimandias», de P. B. Shelley. (Nota del Traductor). <<

[31] Ahora la calle Thurloe. El «museo nuevo» al que alude Watson es evidentemente el Museo de Historia Natural, terminado en 1880. (*Nota del Editor*). <<

[32] El proverbio inglés dice en realidad: «Una manzana por día mantiene alejado al doctor». (*Nota del Traductor*). <<

[33] Sic. (*Nota del Editor*). <<

[34] La tierra era una franja junto a un sendero de gravilla, sobre el que los zancos no dejaron ninguna impresión. <<